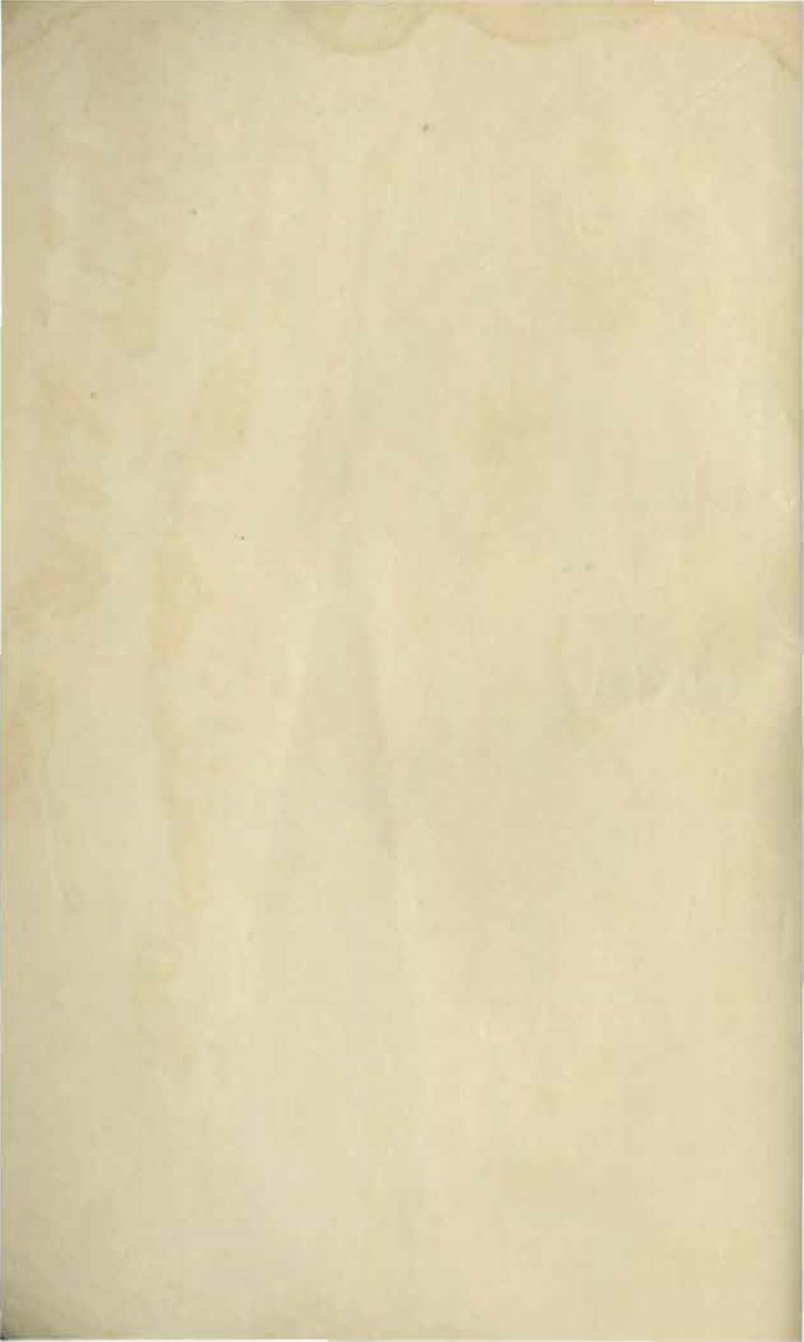
FRANCISCO MORALES PADRÓN

FISONOMÍA DE LA CONQUISTA INDIANA







FISONOMIA DE LA CONQUISTA INDIANA

PUBLICACIONES DE LA

ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

DE SEVILLA



XCIII

(N.º general)

SEMINARIO DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Colección «Mar Adentro»

DIRIGIDA POR

Jesús Arellano y Francisco Elías de Tejada

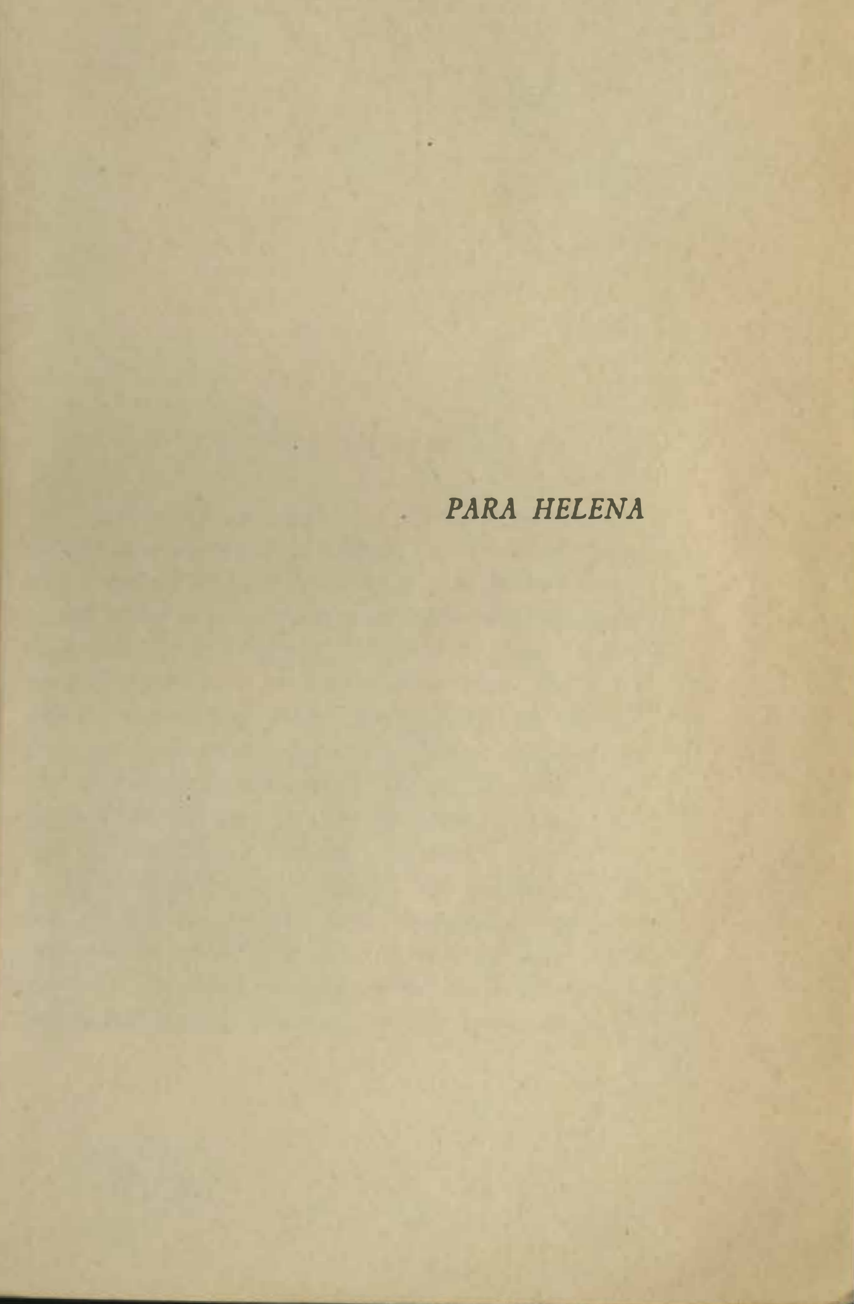
7

FRANCISCO MORALES PADRON

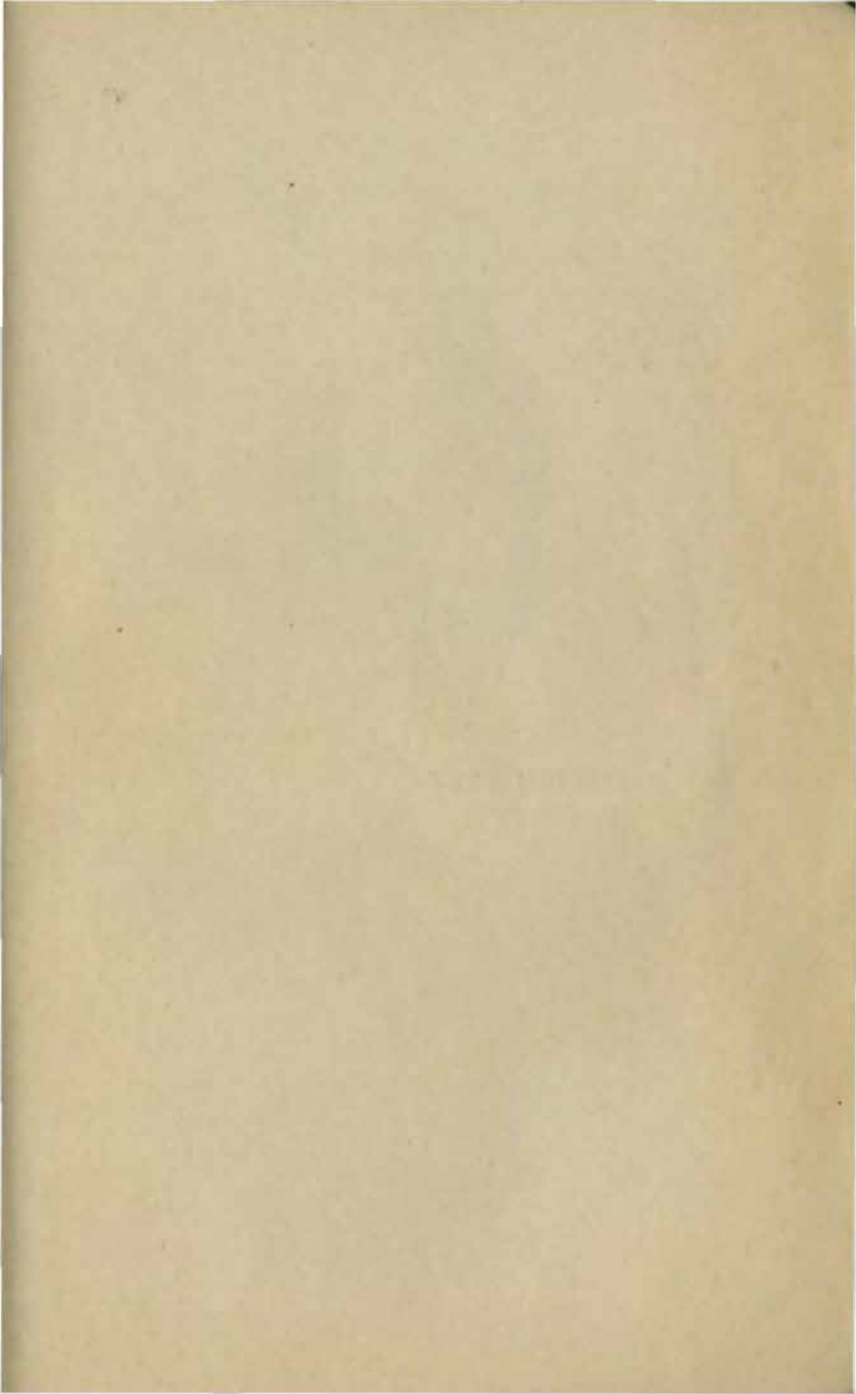
F I S O N O M I A DE LA CONQUISTA I N D I A N A

SEVILLA
1 9 5 5

G. E. H. A. - ALFONSO XII, 12. - SEVILLA



PARA HELENA



ADVERTENCIA

Una aclaración previa: los capítulos que integran esta monografía no son de polémica ni de interpretación. Son, simplemente, de síntesis objetiva. Sin grandes pretensiones, recaemos en un asunto machacado de bibliografía expositiva e interpretativa. No obstante, queda mucho por andar y bastante por abondar en el tema. Tanto, que casi nos atreveríamos a decir que la fuente de mayores sorpresas —el Archivo General de Indias de Sevilla— está por indagar en este aspecto. Lo que los documentos guardan enmendarán a más de una página redactada del siglo XVI al XX por cronistas y exégetas.

El origen de nuestros capítulos hay que buscarlo en unas clases dadas, primero, en la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, y luego, en la de Sevilla. Hoy, ampliados sin agobio, con la debida vestimenta bibliografica, aparecen impresos con la única fi-

nalidad de seguir sirviendo a los alumnos de Historia de América. Presente su destino, hemos podado el texto de todas las notas dables. Y hemos preferido en esta poda suprimir las continuas referencias a capítulos y libros de antiguos cronistas. Ello por dos motivos: para no recargar nuestro contenido y para obligar un tanto al lector a que saboree personalmente las viejas historias donde, con toda seguridad, hallará jugosas páginas cargadas de humanidad y más testimonios que respalden nuestros asertos. Mencionamos, por el contrario, la referencia bibliográfica de trabajos modernos donde se pueden encontrar datos y ampliaciones de los aspectos mencionados.

De seguro que de nuestra lectura pueden extraerse diversas opiniones. Nuestro deseo, sin embargo, ha sido el de la objetividad. Vale por ella un trozo de El Quijote: «A fé —dijo Don Quijote— que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio lo pinta, ni tan prudente Ulises como lo describe Homero. Así es, replicó Sansón, pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador, el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar la verdad a cosa alguna». Tal nuestro criterio. Hacemos constancia de las cosas sin paliarlas, aunque le añadamos una vaga belleza a la exposición para hacerlas más amenas. Quede, por eso, aclarado nuestro intento y nuestro criterio. Sólo hemos pretendido presentar sintetizadas y con objetividad diversas facetas de la Conquista Indiana. Al profundizar en ella hemos sacado la conclusión de que, sin ocultar lo

que se dió de negativo, fué una gigantesca obra positiva y una auténtica afirmación de hombría.

Cegadas siempre por lo heroico, las Historias han reducido a mera crónica bélica el desarrollo conquistador, olvidando que en él se dieron cita otros ingredientes como el social, el económico, el político, el cultural, etc., pues para algo un ejército es una sociedad. Además, la Conquista no es únicamente pura empresa guerrera. Es, también, incorporación espiritual, teniendo esta última tanta o más importancia que la primera ya que si la espiritual fué imposible sin la bélica, ésta tampoco se hubiera consolidado sin la espiritual. Del campamento soldadesco partieron las huestes guerreras, pero, como dice la crónica dominicana de Juan Meléndez, de los «cuarteles sagrados» «donde templaron el alma y el cuerpo los soldados de Cristo», partieron los frailes y sacerdotes que ganaron las Indias del Cielo.

Más de uno hablará de obscurantismo, de cerrilismo intelectual, de crueldad, de intransigencia religiosa, etc. Lo sabemos, es la misma corriente enemiga puesta en marcha ya en el siglo XVI por una Europa que ebullía al son de las diferencias político-religiosas sostenidas por España.

¿Qué la Conquista fué una empresa moderna con moldes medievales? Exacto. ¿Qué hubo desmanes y afanes crematísticos? De acuerdo. ¿Qué —en palabras de fray Tomás de Mercado (Suma de Tratos y Contratos)*— «con sangre y cólera se evangelizaron las Indias»? También de acuerdo. Que razonar es limitar, medir y concluir. Cierto. Y que el español no razona y por ello se lanza a lo infinito, a lo que no tiene límites... Tal vez sea exacto*

a veces. Pero no menos exacto es lo que alguien dijo: «el error más peligroso es creer que se sirve a la patria calumniando a los que la han fundado... Los verdaderos hombres de progreso son aquellos que tienen por punto de partida un profundo respeto al pasado».

En el tremendo contraste de luz y sombras que es la Conquista, no hemos de poner en la platina sólo lo negativo. Hay en ella mucho de luz y de positivo, de amor. Por eso, y sólo por eso, su obra perdura. Insensato y necio es alzarse a negar lo que de «demasiado humano» se dió en las Indias, pero más absurdo resulta examinar lo sucedido desde nuestra atalaya histórico-cultural y con unos supuestos de fobia a todo lo hispano. Para juzgar y comprender al quehacer de los conquistadores, hemos de saltar a otro horizonte histórico —principios del XVI—, encajarnos las mentalidades de aquella época, mirar en derredor lo que hacían otros pueblos y entonces, sólo entonces, valorar la marcha y resultados de la Conquista de América por España. «Cada tiempo, cada país, cada muchedumbre viviente tiene su propio horizonte histórico», enunció Spengler. No perdiendo de vista tal afirmación nos adentraríamos mejor en la obra de España en Indias. Veríamos que la Conquista no se reduce a la novela de heroicas hazañas. Es algo más que eso. Tampoco se concreta en Cortés y Pizarro. Hay alguien más que ellos. No fué una tarea incontrolada, no. Existieron unos organismos estatales vigilantes y unos métodos de control eficaces, que canalizaron y encauzaron el esfuerzo. La Conquista constituyó una complejidad harto variada, heterogénea, difícil de englobar en una generalización. Y los conquis-

tadores fueron diferentes tipos humanos que, aunque representantes de una generación, ofrecen diversas fisonomías, y brotaron de la médula de España, del pueblo o «común».

La Conquista fué deseo de mejora económica, anhelo de ganar honra y fama, celo misionero, preocupación de ascender socialmente, afán de aventura, «lucha por la justicia», proyección de una plenitud cultural, etc., etc. Fué, especialmente, la base de un edificio que hoy se yergue lleno de esperanzas.

Tenacidad y amor constituyeron las dos pilastras de la obra española allende el mar. Por tenacidad llegaron, desembarcaron y comenzaron a hacer geografía sin desmayo. Tercos en fijarse al suelo anduvieron de un lado a otro y mudaron sus ciudades vagabundas —Piura, Guatemala, Buenos Aires— hasta dar con el sitio ideal. Ni la miseria, ni el fracaso, les amilanó. Al principio fué desalentador el quehacer. Una leyenda recogida por Las Casas testimonia estas malas horas de los inicios. Cuenta que cuando se despobló la Isabela, primera ciudad hispana en Indias, las almas de los conquistadores quedaron vagando por entre sus ruinas. Un español, que entró en la fantasmal ciudad, se encontro con una doble hilera de caballeros envueltos en sus capas, quienes, al contestar al saludo del intruso quitándose el sombrero, se arrancaron las calaveras y desaparecieron...»

Lúgubre, pero bella leyenda. Todo un símbolo. Porque tal como ellos, el alma de España sigue vagando por América por obra y gracia de la Conquista.

España no descoyuntó a América. Primero porque América, como tal, no existía. Era una atomización que

se ignoraba, o se conocía por el aluvión de sangre de las guerras, y el tam-tam aterrador de los tambores. Segundo, porque España lo que hizo fué darle unidad y sentido a aquel mundo integrándolo a la Cristiandad.

CAPITULO I

LITERATURA DE LA CONQUISTA

Los Historiadores

"...EN acabándose la conquista de los moros, que había durado más de ochocientos años, se comenzó la de los indios para que siempre peleasen los españoles con infieles.» De esto hace ya casi quinientos años. Contra los indios no se luchó tanto como Francisco López de Gómara nos dice que se peleó contra los sarracenos, pero su sometimiento reportó a España espiritualmente tanto como el final de la Reconquista. Constituyó el último episodio de las Cruzadas; la conversión de la historia nacional de España en historia universal, al mismo tiempo que una vida que estaba oculta se incorporaba el ritmo

histórico de Occidente y pasaba a formar parte de la Cristiandad.

«Nunca, vuelve Gómara, nación alguna extendió tanto como la española sus costumbres, su lenguaje y armas, ni caminó tan lejos por el mar y tierra, las armas a cuesta». Fué España, con las armas y con la Cristiandad a cuesta, según dijo Jiménez de Quesada, quien anduvo tanto para ofrecer al mundo el mayor momento de su grandeza histórica al ganar un inédito escenario de expansión, donde trasplantar la cultura latina, y todo un nuevo mundo para la fe católica.

Sin tener sentido del tiempo, ni del espacio, España se lanzó a Indias obrando por la doble vía del heroísmo y de la santidad. Bernal Díaz, el Inca Garcilaso, López de Gómara, el Padre Aguado, etc., nos están tendiendo trozos de sus escritos para apoyar el aserto, pero va bien agobiado de referencias nuestro texto para que comencemos multiplicándolas pesadamente. Insistimos en ellas por las razones ya expuestas; y por la belleza y expresividad —creemos— de las que mencionamos; aparte de una necesidad que estimamos conveniente, cual es la de sentar con firmeza nuestra posición.

Pese a la grandeza épica de la gesta indiana, no ha tenido ésta una literatura que la realce a su medida. No hay una *Iliada*, ni una *Odisea* de la Conquista. Ni siquiera un romancero. Obras como *La Araucana, El Arauco Domado, El Purén Indó-*

mito, las *Elegías de Varones Ilustres* o la *Argentina*, etcétera, carecen de la grandeza heroica de lo que cantan. Si la lírica no fué dadivosa con ella, sí lo fué la prosa. La prosa histórica se encargó de inmortalizarla en lenguaje ora culto, ora plebeyo. Una legión de hombres que eran puros historiadores, frailes, o soldados, creyéronse en el deber de consignar «los hechos de los castellanos» y las costumbres e instituciones indígenas. [1] Abundaron, sobre todo, los que hoy llamaríamos «repórter de guerra»; es decir, testigos presenciales y actores a veces que, en los momentos de descanso o después, se ponían a redactar lo que iban haciendo o vieron. «Muchas veces, cuenta Cieza de León, cuando los otros soldados descansaban, cansaba yo escribiendo. Más ni esto, ni las asperezas de tierras, montañas y ríos ya dichos, intolerables hambres y necesidades, nunca bastaban para estorbar mis dos oficios de escribir y seguir a mi bandera y capitán, sin hacer falta». Era un empeño particular, personal, el de estos seres que, en las noches de campamento, escribían sobre las diarias vivencias. Cristóbal Colón, con

---

(1) Remitimos al lector a las siguientes obras si desea un panorama general, clasificado por regiones, materias y autores, de la historiografía sobre la Conquista:

Sánchez Alonso, Benito: *Historia de la Historiografía Española*. Madrid, 1950, 3 vols.

Wilgus, A. Curtis: *Histories and Historians of Hispanic America*. New York, 1942. (Clasifica por siglos y regiones).

Ezquerra, Ramón: *La Cultura*. 3. Historiografía y Etnología. Apud. «El Legado de España a América» Vol. I, pp. 246-272. Madrid, 1954.

desgarbo y en español, abrió la puerta a tales *Diarios*.

El Estado prestó su cuidado, favoreciendo el movimiento historiográfico espontáneo de soldados y frailes. En cierta ocasión se le suplica al Rey por las Cortes que mande «personas dotas» a componer las historias que perpetúen los hechos. Hacia el año 1532 se legisla ya que se ha de enviar a la metrópoli información sobre la historia y demás cosas relativas a Indias con el fin de darlas a Gonzalo Fernández de Oviedo que compone una Historia sobre ellas. Oviedo forma parte del círculo de los grandes y generales cronistas: Pedro Mártir de Anglería, Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara, el P. José Acosta y Antonio de Herrera. Para éstos el continente, o lo que de él se conoce, es una unidad no fraccionada. Detrás —no en el tiempo— vendrán los Cronistas Particulares, los que hacen el relato de una conquista determinada o hablan de una región concreta. Son los más y los hubo en todas las acciones bélicas, abundando en Perú. Unos y otros con sus noticias nos permiten trazar esta fisonomía de la Conquista. Su labor, ya lo dijimos, fué iniciativa privada. Existió, además y como hoy, una «historia oficial». Los historiadores que redactaron sus obras por encargo de la Corona lo hacían cumpliendo con su oficio de «Cronista Mayor», [1] Al igual que se hacía en

(1) Carbia, Rómulo D.: *La Crónica Oficial de las Indias Occidentales*. Buenos Aires 1934.

Castilla, se puso en práctica en Indias que un señor narrase lo que sucedía. De este modo brotó, en 1526, el cargo de Cronista Mayor. El primero, fray Antonio de Guevara, no hizo nada. El segundo sí: fué Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de una monumental *Historia Natural y Moral de las Indias.* Antonio de Herrera, con su *Historia General de las Indias Occidentales o de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano,* fué otro de ellos. En el siglo XVIII —1736— el cargo pasó a la Academia de la Historia. Las dos obras que hemos mencionado son las más importantes que se produjeron tratando de la Conquista a iniciativa del Estado.

Hay, aún, que añadir más fuentes. En primer lugar, al margen de Pedro Mártir, Las Casas, Gómara, Acosta, Castellanos ... y los Cronistas Particulares, tenemos las cartas y relaciones que algunos conquistadores escribieron: Cortés, Alvarado, Valdivia, Hernando Pizarro, Coronado ... Luego, las historias de los clérigos. Finalmente, los *Anales* indígenas y la casi inexplorada documentación del Archivo General de Indias en Sevilla (Capitulaciones, Intrucciones, Cédulas, Relaciones de Méritos y Servicios, Descripciones, Crónicas, etc). [1]

Carecemos de un estudio metódico y crítico sobre la historiografía general de la Conquista.

---

(1) En la Sección Patronato, entre los legajos 20 y 30 es posible hallar cerca de cincuenta documentos relativos a Capitulaciones, Probanzas, Relaciones, Instrucciones diversas. Igualmente en la Sección Indiferente General, en los legajos 415 a 420. Vid. la nota 3 del cap. V.

B. Sánchez Alonso y Curtis A. Wilgus son los únicos que han hecho una incursión total abarcando el campo.

Las grandes historias generales cuentan con modernas ediciones donde se incluyen excelentes Introducciones que analizan al autor y a su obra, situándolos en su momento, y relacionándolos con otros escritores. [1]

Los Cronistas Particulares poseen, igualmente, excelentes estudios, que, un prurito de no pecar por pesado, nos impide mencionar con largueza. [2]

---

(1) Rios, Amador de los: *Juicio sobre la Historia General y Natural de las Indias*, por Fernández Oviedo. Madrid, 1851.

Torres Asensio, Joaquín: *Estudio preliminar a las Décadas del Nuevo Mundo de Pedro Mártir de Anglería*.—Buenos Aires, 1944.

Hanke, Lewis: *Las Casas Historiador*.—México-Buenos Aires, 1951. Introducción a la «Historia de las Indias», de fray Bartolomé de Las Casas, publicada por el Fondo de Cultura Económica. 3 tomos.

O'Gorman, Edmundo: *Estudio preliminar a la Historia Natural y Moral de las Indias*, del P. José de Acosta. México, 1940.

Ballesteros; Antonio: *Prólogo y notas a la Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, de Antonio de Herrera. Madrid, 1934-53. 12 tomos.

(2) Ballesteros Beretta, Antonio: *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América*. Tomo IV de la Historia de América dirigida por...
Barcelona, 1945. Analiza las fuentes generales, útiles para la Conquista en las pp. 1-97.

México: Iglesias, Ramón: *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*. El ciclo de Hernán Cortés. México, 1942.

Ballesteros Beretta, Antonio: *Las Fuentes de la Conquista de México*.

Introducción al tomo VII de la Historia de América dirigida por el mismo titulado «Historia de la Conquista de México», por Angel Altolaguirre. Barcelona, 1954.

América Central: Diaz Vasconcelos, Luis Antonio: *Apuntes para la Historia de la Literatura Guatemalteca*. Epocas Indígena y Colonial.—Guatemala, 1942.

Vela, David: *Literatura Guatemalteca*.—Guatemala, 1934-5. 2 tomos.

Colombia y Venezuela: Posada Mejía, Germán: *La Historiografía en e*

Podemos —siguiendo a Porras Barrenechea— ofrecer algunas notas que parte de tales fuentes poseen. [1]

Las Crónicas

La crónica es un género nativo que brota de la tierra y de la historia. Cuando llega a Indias cuenta ya con una larga tradición. En España había surgido como una derivación de la épica, de los cantares de gestas. Es lo que hizo Alfonso el Sabio al prosificar en sus historias los cantares épicos del pueblo. Esta crónica castellana tenía como caracterísca una tendencia ascética y moralizadora. Cierto que se escribe para alabar a los

---

Nuevo Reino de Granada. (1540-1810). «Boletín de Historia y Antigüedades». Números 452-454. Volúmen XXXIX. Bogotá, julio-agosto, 1952.

Rebollo, P. M.: *Historiadores del Nuevo Reino de Granada*, por «Boletín de Historia y Antigüedades». Año XIV, núm. 161-62, febrero 1923.

Perú: Porras Barrenechea, Raúl: *Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú*. París, 1937.

Riva Agüero, José de la: *La Historia en el Perú*. Lima, 1910.

Sánchez, Luis Alberto: *La Literatura Peruana*. Tomo II. Asunción del Paraguay, 1950.

Santisteban Ochoa, Julián: *Los cronistas del Perú*. Cuzco, 1946.

Chile: Esteve Barba, Francisco: *Descubrimiento y conquista de Chile*. Barcelona, 1946. Tomo XI de la Historia de América dirigida por Antonio Ballesteros Beretta. Analiza las fuentes en las pp. 1-44.

Vega, Miguel Angel: *Literatura chilena de la conquista y de la colonia*. «Atenea». Revista de la Universidad de Concepción (Chile), año XXXI. Tomo CXV. núms. 346-7, abril, 1954. Aprovechable sólo en cuanto a exámen literario. Erróneo y parcial, por no decir tendencioso, en sus juicios históricos. Inválido totalmente cuando expone las características del conquistador.

Argentina: Carbia, Rómulo D.: *Historia Crítica de la Historiografía Argentina (desde sus orígenes en el siglo XVI)*. La Plata, 1939.

(1) Porras Barrenechea, Raúl. *Mito, tradición e Historia del Perú*. Lima, 1951.

príncipes o a los Reyes, pero al mismo tiempo se nota sus advertencias y su deseo de ser espejo de verdad y ejemplo. «El oficio de cronista —escribe Fernández de Oviedo— es de evangelista y conviene que esté en persona que tema a Dios». Esta crónica medieval fué mera narración objetiva, sin reflexión ni opinión. Ni juzga, ni busca una idea general, ni intenta explicarse las causas de los hechos. Tienen una cronología y geografía deficiente, y posee toda la indecisión de las tradiciones populares. La crónica, que en España se escribe en loor de los príncipes, al trasplantarse a Indias se populariza y, por boca de Bernal, sabremos que en ella debe mencionarse a toda la hueste y no al capitán sólo «... que los capitanes y soldados que lo ganamos quedamos en blanco, sin haber memoria de nuestras personas ni conquistas...». Por eso se pone a escribir historia: para que quede constancia de alguien más que Cortés.

La crónica española injertada en Indias, con nuevas características, se produce espontáneamente o por mandato real. Las ordenanzas sobre descubrimientos y conquistas preceptúan que las mesnadas lleven consigo un Veedor que haga la «discrición de la tierra», y dejen constancia de sus riquezas y de las costumbres de sus pobladores. De esta orden y de la voluntad personal de los soldados, surgen inmediatamente relaciones, cartas, crónicas y coplas. La crónica indiana

se caracteriza generalmente por su sobriedad, rudeza y ascetismo guerrero. Más notas pertinentes a ella:

1) La crónica no es historia. La primera condición del cronista es su *valor testifical*, cosa que no ocurre con el historiador. El cronista por lo general es testigo de los hechos que narra. El valor de una crónica, para Porras, radica en esa cercanía del cronista a los hechos, en eso que Hegel ha llamado la historia inmediata. En la crónica de Pedro Pizarro asienta: «todo lo escrito antes digo de oídas y desde acá vista». En los cronistas de oídas hay, sin embargo, a veces, una versión directa de los sucesos, porque lo oyen contar inmediatamente después.

Nótase un afán por patentizar que lo que cuentan fué vivido personalmente. Góngora Marmolejo, cronista de la conquista chilena, expresa en este sentido: «Comenzó a jugar la artillería tan bien, que metiendo las pelotas en la multitud hicieron grandes estragos y pusieron mayor temor, porque yo vide una pelota, *que me hallé presente y peleé en todo lo más de lo contenido en este libro*».

Testigos que escribiesen los hubo en todas las áreas bélicas: Coronado en EE. UU.; Bernal y Cortés en México; Alvarado, en Centroamérica; Jiménez de Quesada, en Colombia; Federman, en Venezuela; Valdivia, en Chile; Schmidel, en el Río de la Plata... Mas ninguna región de América poseyó una pléyade de cronistas tan

2

numerosa que contasen su conquista por los hispanos como el Perú. Muchos de ellos —Jerez, Estete, Samano, Molina, Betanzos, Sancho y Pedro Pizarro— presenciaron la caída del imperio inca y fueron actores de los hechos. Algunos, como Cieza de León, el Palentino, y Gutiérrez de Santa Clara, llegaron después. Precisamente Cieza, que fué testigo de otras conquistas —Colombia—, escribía en el mismo campo de batalla, según ya dijimos. Otros cronistas indianos, que fueron soldados, se pusieron a redactar más tarde. Por ejemplo: Bernal Díaz, «porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender lo que traíamos entre manos, que es en lo militar y en lo que mi capitán me mandaba, y no en hacer relaciones.»

2) *Falta relativa de cronología y geografía.*—Es la segunda característica de las crónicas, al igual que en los cantares de gesta. Sin tiempo para enterarse de la toponimia indígena se contentan con decir «un valle», «un río», «un pueblo cercano»; Cortés le confiesa a Carlos I que «por no saber poner los nombres *(indígenas)* no los expreso». A los héroes de la gesta los denominan: «Un mensajero», «un capitán», «un cacique». Sus impresiones sobre el paisaje son rápidas y escuetas. Tratándose de cartas como las de Cortés, no. Van dirigidas al Emperador y por eso procura esmerarse en la descripción. Pero el cronista-soldado, menos instruído y que parece llevar los he-

chos en una agenda, toda la literatura que emplea para narrar la belleza natural se reduce a cortas y desnudas frases: «El valle era rico», «el valle era poblado y abundoso». Aunque tras esta brevedad se escondan, a veces, recuerdos terroríficos, como, por ejemplo, cuando se habla de «la región de los manglares», «los pasos nevados», «la montaña agra», «el mal paso». Hay en estas breves frases toda la dramaticidad del descubrimiento peruano, la marcha sobre Chile, la subida a Quito,... etc., etc.

3) *Pasión* —La crónica tiene un sentido de entusiasmo; no cabe crónica sin calor, sin bandería manifiesta, porque el cronista está dentro de los sucesos que narra y se inclina por una facción. Será pizarrista o almagrista, cuzqueñista o quiteñista, cortesiano o anticortesiano... Menéndez y Pelayo dice que el mayor interés y belleza de las crónicas viene de su pasión. La imparcialidad es característica de la historia, la pasión de las crónicas.

4) *Carencia de interpretación.*—O de curiosidad y opinión. El cronista generalmente no busca la explicación de los sucesos que narra. Rara vez intercala consideraciones. El ejemplo típico lo tenemos en Jerez, a quien no se le escapa en su relato ninguna apreciación subjetiva sobre personajes y hechos. Los cronistas se limitan al simple relato, dando algunas crónicas —como la de Jerez— la sensación de actas o inventarios, y su consciente

parquedad queda hecha constancia cuando nos pide excusas por haberse excedido en «prolixidad». Si, como Cieza, intercalan reflexiones hacen ya historia. La avaricia en detalles defiende a algunos del cargo de parcialidad. La ficción no tiene cabida en el espíritu realista de estos hombres.

5) *Religiosidad.*—Esto se traduce en la providencialidad de los hechos. Los cronistas explican mucho del éxito en las acciones bélicas por el providencialismo, por la intervención de Dios, de la Virgen, de Santiago... Casi todos comienzan sus relatos con una invocación a Dios. Debieron sentirse predestinados al poner en juego tanta temeridad. Dios y audacia. Cristóbal de Mena narra que la captura de Atahualpa «no fué por nuestras manos, que éramos pocos, sino por la gracia de Dios, que es mucha».

Todos, además, se refieren a la participación del demonio. Cieza, Oviedo, Santa Clara, Santa Cruz, Cobo, etc., se hacen eco del demonio como enemigo de los españoles.

6) *Patriotismo español.*—El cronista vive su patriotismo. Era el momento de mayor grandeza imperial. La arrogancia se trasluce en las crónicas. Cronistas tan mesurados como Cieza hablan de «los invencibles españoles». Y no olvidemos la recurrida frase de Gómara sobre «la mejor y más grande cosa del mundo...» Y cuando desean enaltecer al enemigo —los aracaunos— dicen que estaban «españolados».

7) *Deseo de fama.*—Es dable pensar que un espíritu renacentista sacudía ya a estos hombres. Se preocupaban de quedar inmortalizados, de dejar constancia de lo que realizaban. Hicieron historia en el más puro sentido etimológico de la palabra: testimonio de los hechos. Pensaban, como Gómara, que «todo lo al con la muerte fenece», y quisieron perennizarse, salvando del olvido sus hechos.

Examinemos su concepto de la historia. De seguro que no tuvieron un sentido pragmático de la historia considerándola como *magistra vitae.* Por lo menos en los Cronistas Particulares. En los Cronistas Generales si es posible hallar un pragmatismo ético definido por su formación humanista. No hay en éstos mezcla de libros de Caballería como en un Bernal Díaz. Acosta, por citar a alguien, aclara que la lectura de su escrito es provechosa y no «es como gastar tiempo en leer las patrañas que fingen los libros de caballería». Los dos rasgos fundamentales positivos de estas historias son: amor a la verdad objetiva, y pragmatismo ético.

Rápidamente contaron con muchos lectores: los mismos conquistadores, las familias de éstos interesadas en saber las hazañas de sus deudos, el mundo renacentista y curioso europeo. En el amanecer, cupo a Pedro Mártir de Anglería lanzar al otro lado de los Pirineos lo que sucedía en el *Orbe Novo.* Fué como una emisora recep-

tora y transmisora, situada en el extremo sur de Europa. «No abandonaré, confiesa, de buen grado a España hoy, porque estoy aquí en las fuentes de las noticias que nos llegan de los países recién descubiertos, y puedo esperar, constituyéndome en historiador de tan grandes acontecimientos, que mi nombre pase a la posteridad». No hace falta comentar el hálito renacentista que acaba de pasar por los renglones que han quedado transcriptos.

Todos juzgaban con espíritu crítico las obras que leían. Pero la crítica y valoración de los acontecimientos eran también efectuadas, con discrepancias, por los mismos actores. Tal problema lo solucionó, por ejemplo, el conquistador de Nuevo México, Juan de Oñate, quien nombraba una persona responsable para escribir la historia, pero exigía que lo escrito se leyera en presencia de la hueste, —soldados y frailes— para comprobar si se omitía, añadía o adulteraba algo.

Esto hizo necesaria la censura. Aparece a mediados del siglo XVI, y fray Bernardino de Sahagún es uno de los primeros en sufrirla. Su relato, recogido al parecer de boca de indios contemporáneos a la conquista de la Nueva España, molestó a determinados pobladores, por lo cual el libro fué censurado.

Después de 1550 se hicieron más rigurosas las medidas sobre aprobación de libros relativos a Indias. Y seis años más tarde se ordenó a las au-

toridades indianas que prohibiesen la venta de obras referentes al Nuevo Mundo que no contasen con la aprobación estatal. Se exigía, pues, un camino estrecho y rígido.

Presencia de los libros de Caballería

Veamos ahora la otra cara del apartado: la influencia que ejercieron en la anterior prosa histórica los libros de ficción, y, a su vez, el ascendiente que la Crónica indiana o los hechos en ella contenidos tuvo en la lírica y prosa hispana posterior.

En 1554 se imprime la primera novela picaresca: *El Lazarillo de Tormes*. El Nuevo Mundo, por así decirlo, se está terminando de conquistar por los «Amadises de América». Precisamente entonces salta a la palestra el antihéroe por excelencia: el pícaro. Este tipo humano, antítesis del caballero, comienza a vivir cuando se cierra el último libro de caballería en serio: la Conquista de las Indias. Medio siglo después embarcan para América los primeros ejemplares de un libro que liquidaría, burlándolos, al caballero y el antihéroe: *El Quijote*. [1]

---

(1) Para todo lo relativo al libro en América, véase:

Recopilación: Lib. I. Tít. I. Leyes I-XV.

Rodríguez Marín, Francisco: *El Quijote y Don Quijote en América*. Madrid, 1911.

Torre Revello, José: *El libro, la imprenta y el periodismo durante la dominación española*. Buenos Aires, 1940.

Lohmann Villena, Guillermo: *Los libros españoles en Indias*. «Arbor» número 6. Madrid, 1944.

La imprenta se acababa de inventar cuando Colón zarpó en 1492. Gracias a ella la lectura se hace popular a finales del siglo XV y las novelas de Caballería se convierten en el pasto que enciende imaginaciones y procura sensaciones desconocidas. En España, la afición a este género novelesco cunde poco después del Descubrimiento, invadiendo todas las clases sociales. [1] Como la actual novela policiaca, o como cierto género de películas, la novela de Caballería influyó en la sociedad trazando normas de conducta e incitando a las hazañas. El *Romancero* hispano y la misma crónica histórica, constituyeron los precedentes de esta literatura fantástica e idealista, donde la verdad se confundía con la ficción. Por eso muchas de estas novelas mencionan un extraño manuscrito, como base de su narración. La imprenta multiplicó los ejemplares y facilitó su extensión en todas las capas de la sociedad. [2] Isabel la Ca-

---

(1) Completos datos y referencias sobre este punto en:
Leonard, Irving A.: *Los libros del conquistador*. México, 1953.
Rodríguez Prampolini, Ida: *Amadises de América*. La hazaña de Indias como empresa caballeresca. México, 1949.

(2) Menéndez y Pelayo sostiene todo lo contrario, afirmando que tal género literario no respondía a un espíritu colectivo, sino al de una clase, y que su proliferación se debió a la «actividad del genio nacional en todas las manifestaciones, aún en las que parecen más contrarias a su índole».

Orígenes de la novela. Madrid, 1905. Tomo I, pp. CCXCII.

Disentimos, con Ida Rodríguez Prampolini, de estas suposiciones. Aunque se dió una corriente humanista adversa a este género «mentiroso e inmoral», no cabe duda que su campo de acción no fué limitado y que llegó desde la Corte a la última aldea, influyendo, como lo prueban ejemplos aludidos. Vid. de la autora citada: *Amadises de América*...

tólica, por ejemplo, leía la *Historia de Lanzarote*, y su nieto, Carlos I, se deleitaba gozoso con *Belianis de Grecia*. El *Catálogo* de Don Hernando Colón prueba que en su biblioteca figuraban muchas novelas de Caballería, y San Ignacio de Loyola se entretuvo con ellas cuando curaba de las heridas producidas en el sitio de Pamplona (1521). Otra santa, Teresa de Jesús, no solo confiesa que se embebía en ellas, sino que llegó a escribir una en unión de su hermano Rodrigo. Podría aumentarse la lista de lectores, pero con lo dicho basta para probar el favor que los Amadises y Palmerinos gozaban en el momento de la Conquista.

El Conquistador, unidad integrante de la sociedad hispana de entonces, no se libraría de esta lectura y de su influjo. En un libro portugués del XVII, se cuenta una divertida anécdota donde queda atestiguado el ascendiente de tales relatos en un soldado raso. Según parece, cercando una ciudad la tropa se entretenía en la lectura de libros caballerescos. Uno de los soldados, que oía lo leído, quiso imitar al héroe del libro y así en uno de los asaltos que se dieron se mostró tan arrojado que, difícilmente, lo sacaron con vida. Al reprenderle su temeridad, contestó: «Ea, dexadme, que no hice la mitad de lo que cada noche leís de cualquier caballero de vuestro libro».

Como éste, centenares pensaron que embarcando para el Nuevo Mundo darían vida a una

novela de Caballería. En la otra orilla se situaban todos los elementos de estos fantásticos relatos: gigantes, enanos, fuentes de la juventud, amazonas, islas encantadas, caníbales... Por lo demás era lógico que existiesen interacciones entre las novelas y la realidad. [1] La juventud leía el *Tirant lo Blanch*, editado en 1490; el *Amadis de Gaula*, aparecido en 1508; *Las Sergas de Esplandián*, en 1510; el *Palmerín de Oliva*, en 1511; el *Primaleón de Grecia*, en 1512; el *Lisuarte de Grecia* o el *Florisel*, respectivamente, en 1514 y en 1516... etc., etc. Los autores, aprovecharon la mezcla que en la mente popular había de realidades, fábulas y ensoñaciones, y les dió sus novelas, donde copiaban la técnica histórica para darle mayor verosimilitud. La ingenuidad mental de aquellas generaciones se solazó en los relatos y los consideró espejo y modelo. Fueron los conquistadores valerosos, individualistas, defensores del honor, estoicos y sufridos, decididos y audaces, dignos, etc., como su modelo novelesco. [2]

Más de un crítico —Ricardo Rojas, Benedetto Croce, Irving A. Leonard— se refieren a este as-

---

(1) La reciprocidad entre crónicas y libros de Caballería llega a ser sorprendente. Ida Rodríguez en sus *Amadises de América* acumula textos y los coteja en manifiesta demostración de esta influencia. Páginas 69 y ss.

(2) Las *Siete Partidas* reconocen la institución feudal de la caballería. En la *Partida II*, Título XXI, se reglamenta la vida caballeresca. La España del XV y XVI transporta a América este ideal. Podría suponerse que el fácil arraigo de las novelas de Caballería en España se debió a la identidad de sus ideales con el carácter hispano.

cendiente y afirman que las obras de ficción «tuvieron su parte de sugestión en el desvarío heroico de la conquista». La prueba palpable la brinda Bernal Díaz hablando de la visión de México: «...nos quedamos admirados, y decíamos que parecían a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadis...» Cortés mismo denota la lectura que ha hecho cuando al avistar las playas de San Juan de Ulúa pronuncia la siguiente frase: «Dénos Dios ventura en armas, como al paladín Roldán...»

Resulta curioso, sin embargo, comprobar que los libros de Caballería quedaron prohibidos de exportar al Nuevo Mundo. No porque calentasen el casco de los conquistadores, sino porque distraían al indígena y obstaculizaban su conversión.

En 1506 veta ya Fernando el Católico la venta en Indias de libros «profanos ni de vanidades ni de materias escandalosas». La orden más conocida es la de 1531 en la que, expresamente, se prohibe sean exportados a América «libros de romance de historias vanas o de profanidad, como son de Amadís, e otros de esta calidad porque es mal ejercicio para los Indios, e cosa en que no es bien que se ocupen ni lean». Una década después, se repetía el contexto de esta real cédula y se agregaba que en dichos libros «profanos aprenderían los indios vicios y costumbres malas».

A mediados del XVI, los Procuradores de la Corte de Valladolid solicitaron, y casi lo obtu-

vieron, que los libros de Caballería no volviesen a editarse en la propia España. Ingenios como Luis Vives, Melchor Cano, fray Luis de León, Arias Montano, Cervantes de Salazar y otros, clamaban contra este género literario, considerado como una peste.

Las razones para prohibirlo eran distintas en España que en Indias. En la Península el veto tendía a velar por la moral; en América para evitar que los indios se dedicasen a su lectura en lugar de los libros santos. Por encima de todas las prohibiciones, las novelas se leían en España y, desde 1580, con el visto bueno de la Inquisición, se exportaron al Nuevo Mundo la mayor parte de las «mentirosas historias».

La temática de la Conquista en la Literatura Hispánica

Imitando en parte a los libros de Caballería, los conquistadores realizaron proezas que superan a muchas de aquellas novelas. Sin embargo ninguna gesta contó con una obra digna de su altura. Las hazañas de los conquistadores quedaron presas en las páginas de los cronistas y apenas pasaron a la de la literatura lírica y en prosa contemporánea y posterior.

La épica contemporánea se expresó en *La Araucana* de Ercilla, en el *Purén Indómito* de Hernando Alvarez, y en *El Arauco Domado* de Pedro de Oña. Y a Juan de Castellanos, socarrón bene-

ficiado de Tunja, se debe la monumental crónica rimada *Elegías de Varones Ilustres* dotada de valor histórico, pero huérfana de calidades líricas.

En la primera generación de poetas italianizantes, que siguen a Garcilaso, no se halla el tema americano. [1] Cristóbal de Castillejo cita a Indias despectivamente, Gutiérre de Cetina, que estuvo en Indias, sólo las menciona dos veces, y fray Luis de León apenas se acuerda. Es Fernando de Herrera —para algo vive en Sevilla— quien muestra más prolijidad y encomia el valor de los conquistadores:

«Quien osará igualarse al maravilloso valor y atrevimiento de Fernando Cortés...»

Casi al mismo tiempo, Alonso de Ercilla, compone su «*Araucana*», donde el indígena queda enaltecido «con escarnio de la verdad etnológica». Otro sevillano, cuya familia ha traficado con América, Francisco de Medrano, tiene algunos atisbos de lo americano. Mucho más se acentúa en Juan de la Cueva, en Bernardo de Balbuena y en Ruiz de Alarcón la presencia de lo indiano, pero ninguno canta a la Conquista. Y como estos otros hasta llegar a Moratín, (*Las Naves de Cortés destruídas*).

Hemos de acercarnos a la temática teatral del Siglo de Oro si deseamos hallar obras basadas en

(1) Capote, Higinio: *Las Indias en la poesía española del Siglo de Oro*. Estudios Americanos. Vol. VI núm. 21, junio-julio, 1953. pp. 5-36.

Vid. Jaime Delgado: *Hernán Cortés en la poesía española de los siglos XVIII y XIX*. Rev. de Indias, 1948, enero-junio, núms 31-32, pp. 247-297.

la Conquista, aunque ninguna de acuerdo con la grandiosidad del tema. Tirso de Molina, Lope de Vega y Calderón compusieron más de una pieza inspirada en el hecho indiano. [1]

Hernán Cortés, García Hurtado de Mendoza, los Pizarro, Carvajal «el Demonio de los Andes», Colón, Orellana, Almagro, Balboa, etc., salieron a las tablas del teatro.

Ajeno a nuestro propósito es entrar en el análisis de estas piezas; nuestro intento es, únicamente, indicarlas y poner de manifiesto cuanto trascendió la Conquista a la literatura hispánica.

Tirso de Molina, que estuvo en América, redactó un tríptico titulado: «*Hazañas de los Pizarros*», tenido por el mejor intento para dramatizar la Conquista.

Lope de Vega fué más prolífero. Se sintió atraído por el tema americano y, pese a que no cruzó el Atlántico, hilvanó más de una obra basándose en crónicas y tradiciones. De esas piezas

---

(1) Remitimos al estudio de José Toribio Medina: *La Historia de América fuente del antiguo teatro español*. «Anales de la Universidad de Chile» tomo CXL, 1917.

Miro Quesada, Aurelio: *América en el teatro de Lope de Vega*. Lima, 1935.

Campos, Jorge: *Hernán Cortés en la dramática española*. «Revista de Indias». Año IX, enero-junio 1948, núms. 31-2, pp. 171-198.

Del mismo autor: *Presencia de América en la obra de Cervantes*. Ibid. números 28-9. En su primer trabajo exhuma la temática cortesiana en obras debidas a Zárate, Tirso, Lope, Gaspar de Avila, Cordero, Calzada, etc.

Lohmann Villena, Guillermo: *Francisco Pizarro en el teatro clásico español*. «Arbor» núm. 15 mayo-junio, 1946 pp. 425-434. Figuran en este artículo nómina de los autores que se inspiraron en la vida de Pizarro.

han llegado a nosotros varias: *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, *Arauco Domado*, (inspirada en la de igual título de Oña); *El Brasil restituído*, y el auto Sacramental *La Araucana*, sobre la conquista de Chile. Como Ercilla canta al indio y a su bravura:

«Pues tantas victorias goza
de Valdivia y Villagrán
Caupolicán.
También vencerá al Mendoza
y a los que con él están
Caupolicán.

Una obra perdida es: *La Conquista de Cortés*, que el mismo Lope cita en *El Peregrino*. Resulta curioso que el Perú, nombre que más debía sonar en España por la fama de su conquista, el exotismo de su imperio incaico, y las riquezas que proporcionó, no fué motivo de una obra de Lope; extraña, sobre todo en tal autor, cuyo contacto con el virreinato, a través de la poetisa peruana «Amarilis», es de sobra conocido. Lo interesante del teatro lopista con temática americana, radica en que nos muestra lo que los españoles de entonces pensaban sobre las Indias, siendo de notar que no elogia a los conquistadores, sino más bien los condena:

«... so color de religión,
van a buscar plata y oro
del encubierto tesoro»
(*El Nuevo Mundo...*)

Se percata de la importancia del mestizaje y pide que los españoles se casen allá:

> «...con nuestras hijas, adonde,
> mezclándose nuestra sangre,
> seamos todos españoles».

Calderón, el otro gran dramaturgo, nos ofrece una interesante comedia histórica en la que une el asunto de la Conquista con el motivo mariano: *La Aurora en Copacabana*. Tampoco en esta los conquistadores salen enaltecidos; es el indio Yupangui el verdadero héroe, mientras que Pizarro y Almagro figuran como personajes secundarios. Hay en esta pieza, al igual que en las obras de los cronistas, un fuerte sentido providencial de los hechos.

Nuestro recorrido concluye, después de comprobar que la Conquista no está representada en la literatura hispánica con la grandeza que se merece. Es verdad que su venero lo emplearon los más grandes dramaturgos de España, pero como dice Aurelio Miró Quesada refiriéndose a Lope, parece que han «escrito sus obras de tema americano sólo como un agradable pasatiempo. Sin detenerse particularmente en ellas, sin profundizar en los muy importantes elementos que se podría extraer... las han compuesto, más que con un verdadero interés por el tema, con el deseo de no dejar unos trozos en blanco en su completo cuadro de las tradiciones y glorias de España». [1]

---

(1) Loc. cit. pp. 31-2.

CAPITULO II

JUSTIFICACION DE LA CONQUISTA

La donación papal

POR lo común entramos en el conocimiento de la Conquista de América sin preocuparnos de la justicia e injusticia de la anexión, o de los derechos que España tenía para ello. Los actores de ella, y sus impulsores, la justificaron de inmediato. Las Indias se consideraron *«res nullius»* y Colón las gana e incorpora —decían los juristas— «non per bellum» ya que con tres carabelas y un centenar de hombres es imposible conquistar un mundo tan amplio, pero sí «per adquisitionem» tomando posesión en nombre de los Reyes Católicos para que ningún otro pueblo cristiano se aposentase en ellas puesto que «vacabant dominia universali jurisdictio non posesse in paganis» y

por esta causa el que tomase posesión de ellas sería su señor. Así lo hizo el Primer Almirante.

Esto era lo que se alegaba en los pleitos colombinos —1518—, pero la Corona ya entonces se apoyaba para hacer la Conquista de América en el denominado título pontificio. Veamos en qué consistía.

Apenas retornó Colón, creyéndose dueño, en nombre de los Reyes de España, de un mundo que no era de nadie, se solicitó del Pontificado una Bula de donación. No era cosa nueva. Respaldados por tales títulos pontificios se habían efectuado anteriores conquistas: donación de las Canarias a Luis de la Cerda por Clemente VI, 1344. Las mismas *Partidas* recogían tal sistema para salvaguardar una anexión.

Las Partidas (II, Ley XIX, Tít. I) al enumerar las maneras como un rey puede ganar tierras pone como cuarta vía el otorgamiento de dichos territorios por el Papa o el Emperador. De este modo, y teniendo ya muchos precedentes, el 3 de mayo de 1493 expedía el Papa Alejandro VI la primera Bula *Inter Caetera* en la que, de acuerdo con los deseos de los monarcas españoles, les hacía donación de las islas y tierras descubiertas y por descubrir. [1]

---

(1) En la redacción de este apartado se han tenido muy en cuenta las ideas del Dr. Muro Orejón del cual hemos sido alumno.

La bibliografía nacida en torno al problema jurídico de la Conquista es densa y abundantísima. Hay para este aspecto obras capitales:

Giménez Fernández, Manuel: *Nuevas consideraciones sobre la historia*

La base de esta doctrina por todos aceptada, arrancaba de una antigua opinión sostenida por Enrique de Suza, Cardenal Arzobispo de Ostia, para quien los Papas tenían máxima autoridad temporal y espiritual como herederos de Jesucristo que también la había tenido. Juan López de Palacios Rubios, consejero de los Reyes Católicos, aplicó la tesis del Ostiense al caso americano. ¿Qué alcance y sentido tenía esta donación?

Los tratadistas antiguos y modernos han considerado la posibilidad del dominio político o de uso espiritual que pudo conceder la Bula. Para la opinión oficial el poder concedido fué doble, aunque en el trancurso del tiempo sufrió alteraciones. Los Reyes Católicos admitieron esta donación papal y dieron copia a Colón del documento para que justificase sus descubrimientos ante cualquier ingerencia de otra potencia cristiana.

Las expediciones de conquista marcharon a realizar el derecho logrado por la donación papal, a cuyo fin se «requería» previamente al indí-

---

sentido y valor de las Bulas Alejandrinas de 1493 referentes a las Indias. Sevilla, 1944.

Wekmann, Luis: *Las Bulas Alejandrinas de 1493 y la Teoría Política del Papado Medieval.* México, 1949.

Manzano, Juan: *La incorporación de las Indias a la corona de Castilla.* Madrid, 1948. Véanse, igualmente: Hanke, Lewis: *La lucha por la justicia en la Conquista de América.* Buenos Aires, 1949.

Zavala, Silvio A.: *Las Instituciones jurídicas en la conquista de América.* Madrid, 1935.

Zavala Silvio: *Ensayo sobre la colonizacion española en América.* Buenos Aires, 1944.

gena. El hecho de «requerir» anticipadamente al enemigo no era una novedad y se practicaba en la Península, se hizo en Canarias y se utilizó en Indias desde los principios. Don Diego Colón, escribiéndole a Diego Velázquez, le encarece que procure apaciguar a los indígenas de Cuba «haciéndoles sus *requerimientos* muy en forma».

Ni este «requerimiento» verbal, ni el título de la donación papal se admitieron apenas terminó la primera década del XVI. Cuando aún no se habían dado principio a las grandes conquistas se puso en cuarentena la tarea de España en América. A consecuencia de las discusiones surgió un nuevo *Requerimiento* y las ideas sobre la justicia o derecho a la conquista se bifurcaron en dos ramas.

La doctrina pontificia para hacerse con el continente no fué aceptada tampoco por otros pueblos europeos, e ingleses y franceses comenzaron pronto a huronear por América. Los mismos españoles no creyeron de plano en la tesis del Ostiense y prematuramente comenzó un ciclo de revisión y discusión. En 1511, el dominico fray Antonio de Montesinos, lanzó en Santo Domingo un sermón contra los pobladores y sus abusos, que encendió la hoguera y puso en movimiento un tempranísimo antagonismo entre las tierras conquistadas y la metrópoli. La conciencia de Fernando el Católico se conmovió y, al tiempo que acredita su poder indiano, ordena reunir una junta de

teólogos y juristas (1512) que han de deliberar sobre el conflicto planteado. La tesis de Fernández de Enciso sobre «el señorío universal» del Romano Pontífice y la de Palacios Rubios, se impuso por el momento y fué vertida en el *Requerimiento.*

Requerimiento y toma de posesión

Cupo al Dr. Palacios Rubios, según opinión comúnmente admitida, redactar, en los días que Pedrarias preparaba su expedición, el famoso *Requerimiento.* Documento éste por el cual el capitán hispano hacía saber a los indios que venía en nombre de un rey poderoso y respaldado por la donación papal, a incorporar sus tierras a los dominios de aquel rey y a darles la fe católica. [1]
Zarpó para las Indias por primera vez el *Requerimiento* en 1514, dándose cita nombres luego ilustres para acompañarle, puesto que en las mis-

---

(1) Cfr. el texto del Requerimiento en las obras citadas de Juan Manzano y de Silvio Zavala, así como en Serrano Sánz: *Origenes de la dominación española en América.* Madrid, 1918. Pp. CCXCII-CCXCIV. Todo un capítulo, LVIII, del Libro III, dedicó Las Casas a refutar el documento que, ateniéndonos a comentarios de Fernández de Oviedo, sólo sirvió de burlas. Recordando una entrada que hizo con Pedrarias Dávila el sobrino, narra que éste le dió el *Requerimiento* para que lo leyese a los indios, a lo cual le contestó: «Señor, paresceme que estos indios no quieren escuchar la teología deste requerimiento, ni vos tenés quien se lo dé a entender; mande vuestra merced guardalle hasta que tengamos algún indio en una jaula, para que despacio lo aprenda e el señor obispo se lo dé a entender». Exactamente esto se les achacó a algunos conquistadores; que primero cautivaban a los indígenas y luego, sin intérpretes, les leían el documento al apresado.

La labor de Palacios Rubios y significación de ella comprúebese en: Bullón y Fernández, Eloy: *El doctor Palacios Rubios y sus obras.* Madrid, 1927.

mas naos de Pedrarias embarcaron: Diego de Almagro, Hernando Luque, Sebastián de Belalcázar, Hernando de Soto, Bernal Díaz del Castillo, Francisco Vázquez de Coronado, Pascual de Andagoyas, Francisco de Montejo, Gonzalo Fernández de Oviedo... Nunca se vieron juntos tantos héroes indianos. Cita semejante, sólo se dió en la conquista de México o en la sabana de Bogotá.

La base teórica del *Requerimiento* estaba en las doctrinas anteriormente enunciadas, pero su aplicación fué irrisoria por las respuestas de los indios o por la ignorancia de su contenido al no haber quien se lo pudiera traducir.

No obstante, la teoría de la guerra justa quedaba acreditada, dado que de no aceptar los indios el vasallaje y la nueva fe propuestos, se les haría la guerra sin piedad y se les sujetaría «al yugo y obediencia de la Iglesia y de sus Altezas».

La toma de posesión era la primera o siguiente ceremonia que seguía al requerimiento. Siguiendo el Derecho medieval, las huestes tomaban posesión, en nombre de sus Reyes, de las tierras y de los mares. El acto sólo afectaba a las tierras, no a los indios. Estos se incorporaban mediante un acto de vasallaje. En las Ordenanzas de 1573, se respetó la voluntad del indio y en lugar de «requerirle» a sometimiento, se le «invitaba», explicándosele las ventajas que esta sujeción le acarrearía. Propuesto el vasallaje, si los indios lo aceptaban se celebraba el pacto, exten-

diéndose el dominio hispano sobre las tierras y sobre los habitantes. La ceremonia de incorporación, que precedía al vasallaje, revestía toda la solemnidad del momento. Hay hermosos ejemplos de estos actos: Colón, en Guanahaní, delante de los dos Pinzón, el Escribano y el Veedor, y bajo las banderas verdes donde lucen las coronadas *F* e *Y*, toma posesión por y para los soberanos Fernando e Isabel.

Balboa, teatralmente, entra en la Mar del Sur con espada y rodela alzada y anexionó el mundo oceánico; luego, en tierra, cortó árboles y yerbas, paseó en señal de posesión y volvió a pregonar los nombres reales que escribe en las cortezas de los árboles. [1]

Si había Escribanos, estos se encargaban de legalizar documentalmente el acto.

Bernal cuenta la toma de posesión de Tabasco de esta manera: «Cortés tomó posesión de aquella tierra por Su Majestad y el en su real nombre y fué desta manera: que desenvainada su espada dió tres cuchilladas en señal de posesión en un árbol grande que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio y dijo que si ha-

---

(1) Pueden traerse a colación múltiples escenas de toma de posesión, tema digno de un estudio, como tantos aspectos de la Conquista. Oviedo, refiriendo la de Balboa, lo lleva hasta el mar, metiéndolo en el agua donde tomó «posesión real e corporal e actualmente de estos mares e tierras e costas e puertos e islas australes con todos sus anexos e provincias que les pertenecen e perteneçer pueden en cualquier manera o por cualquier raçon e título que sea».

bía alguna persona que se le contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía embrazada, y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó respondimos que era bien tomar aquella real posesión en nombre de Su Majestad, e que nosotros seríamos en ayudalle si alguna persona otra cosa contradijera. E por ante un escribano del rey se hizo aquel auto».

Las Relecciones de Vitoria

Pasados unos años de la primera polémica y de la redacción del *Requerimiento*, los dominicos volvieron a la carga —1525— con tal trascendencia que inmediatamente se ordenó la suspensión de los descubrimientos y anexiones; luego, en 1526, se legisló cómo debían hacerse en adelante las conquistas y se prescribió la presencia de clérigos en las huestes como evangelizadores y fiscalizadores, y la del célebre *Requerimiento*. Hasta estas alturas del siglo XVI, el título de donación papal, seguía siendo el preferido y el alegado por los capitanes conquistadores. Muchos años habían transcurrido de conquista y la base esgrimida en su defensa no era otra que la del Papa *Dominus Orbis*, contenida en el *Requerimiento*. Los capitanes españoles habían ido apoderándose de las tierras apoyados en esta doctrina. Pero en la Península no cesaban las discusiones y la oposición a tal tesis. Dos sectores habíanse definido en las dis-

cusiones. Los dos bandos polemizaron agriamente. Echando manos a lo sostenido por el Ostiense (1271) en su *Suma Aurea* hablaron y escribieron: Martín Fernández de Enciso, Palacios Rubios, Gregorio López, Ginés de Sepúlveda, Solórzano Pereira *(Indianarum Jure)* y otros.

En el bando contrario, cuyos supuestos doctrinales estaban sobre todo en Santo Tomás, se alinearon John Maior, Las Casas, Francisco de Vitoria, Fray Antonio de Córdoba, Fray Domingo de Soto, Vázquez Menchaca... etc.

El asunto se puso tenso. Desde libros, en juntas, y en cátedras se ventiló el problema. Títulos justos y títulos falsos fueron deducidos en estos planteamientos. Nadie pensó en 1511 que el sermón pronunciado por fray Antonio de Montesinos contra la conducta de los pobladores iba a motivar tal maraña de controversias. Examinar el criterio de todos los tratadistas es tarea que desborda la finalidad de estas páginas, por lo que nos circunscribiremos a la actitud adoptada por fray Francisco de Vitoria, la más sólida e interesante como negación del título pontificio. [1]

Vitoria, en sus *Relecciones*, siguió una cronología intencionada. Desde su cátedra, con ecuanimidad y serenidad, expuso su parecer a principios de 1539. Para determinar los deberes y

(1) Carro, Venancio D.: *La Teología y los teólogos-juristas españoles ante la conquista de América.* Madrid, 1944.

Getino, Luis Alonso: *El maestro Fr. Francisco de Vitoria.* Madrid, 1930.

derechos de España en Indias, y el valor de la donación papal, comprendió que era preciso hablar antes de la potestad civil y de la eclesiástica. Así dijo que la potestad civil estaba inserta en los pueblos que la transmitían a los gobernantes. Tenía un origen natural y un fin natural. La potestad eclesiástica no daba potestad civil. Venía de Cristo y, teniendo un origen sobrenatural, poseía un fin también sobrenatural.

En el enredo del planteamiento, Vitoria extrajo dos grupos de títulos, unos ilegítimos y otros legítimos.

Ilegítimos:

1) El Emperador no es señor del mundo.
2) El Papa no es señor del mundo temporal.
3) Otro descubrimiento.
4) El que los indios no quieran recibir la fé cristiana.
5) Los pecados contra natura.
6) La elección forzada de nuevo príncipe.
7) La donación especial de Dios.

A la ilegitimidad de los dos primeros llegó acudiendo al tomismo, como vimos. El tercero, de descubrimiento o derecho de invención, lo muestra falso porque las Indias no estaban vacías. El cuarto lo niega citando a San Agustín: «Credere voluntatis est». Los demás títulos se caen por su base.

Ahora bien, si los *derechos* de los indios no quedaban anulados por ninguna de sus facetas

negativas: sodomía, incultura, infidelidad, etc., tampoco sus *deberes* desaparecían, y menos eran fuente de privilegios. Con esta previa consideración, y subdividiéndolos en seguros y probables, pasaba a examinar los títulos legítimos. *Legítimos:*

Seguros, y tratándose de indios infieles, podían darse:

1) La voluntaria elección en los indios del Rey español como soberano suyo.
2) El impedimento al comercio.
3) Los obstáculos a la predicación.
4) El ir a defender los españoles a indios cristianos.
5) La alianza con los indígenas.

Seguros, y tratándose de indios cristianos, se obtenían como títulos:

1) El que los gobernase un infiel.
2) El temor a la apostasía.

Y como *Probable* sólo ponía el que los indios fueran bárbaros.

El rechazo del poder temporal del Papa era manifiesto; y el inicio del Derecho Internacional, también quedaba ya claro. Por derecho natural gozan los hombres de todo el mundo, aunque el derecho de gente lo haya dividido en naciones. Los hispanos podían, por este derecho, ir a Indias a comerciar, siendo «deber» del indio mostrarle hospitalidad. Si el indígena no respetaba estos derechos podían hacerlo valer por las armas, agotados los medios pacíficos.

De derecho natural es el amor al semejante traducido en instrucción y enseñanza. De esta enseñanza humana no se puede excluir la divina, de ahí que si los caciques se oponen a la predicación de la fé, se les puede hacer la guerra. España podía hacer tal predicación porque el Papa, por poder espiritual, puede comisionar a un pueblo como misionero. Al matar los indios a los predicadores surge el derecho de defensa y guerra justa.

Tras las conclusiones de Vitoria, la posición estatal era bastante incómoda y bien claro quedaba que el viejo título de donación pontificia no servía para nada. Claro que el mismo fraile, en su segunda *Relección (De Jure Belli)* proporcionó las bases justificativas.

Las Casas, por entonces, hacía oir su voz como nunca y, rotundamente, negaba todo derecho a la Conquista armada, desmintiendo la donación papal y el *Requerimiento.* No quería conquista bélica, sino penetración misionera.

De las Leyes Nuevas a Solórzano Pereira

Como un resultado de tales polémicas brotaron las *Leyes Nuevas de 1542* (20 de noviembre) donde se incluyeron capítulos sobre «la forma que se ha de tener en los descubrimientos» y conquistas. [1] Al año, una Carta-Mensaje y unas

(1) Cfr. Texto de las *Leyes Nuevas* y su transcripción, publicado por Antonio Muro Orejón. *Anuario de Estudios Americanos*. Vol. II, 1945, pp. 809-936.

Instrucciones, inspiradas en el pensamiento dominico, fueron remitidas a la Nueva España con el fin de sustituir al *Requerimiento*. Las diferencias entre ambos documentos son notables. La Carta-Mensaje va dirigida a los Reyes indígenas y los españoles que la llevan figuran como embajadores cuya misión es la de evangelizar. La empresa indiana queda transformada en esencial quehacer misionero. El título papal era desplazado y en su lugar se exhibía el título de la libre elección propuesto por Vitoria y Las Casas. Pero dicho sistema apenas se llegó a emplear, pues no pasan de tres los casos en que los indios voluntariamente prestaron obediencia, después de 1541.

No se crea que el triunfo de la tesis dominicana se acogió sin reacción. El Rey fué el primero en acusar el impacto, después los conquistadores cuyas mayores protestas canalizaron en último extremo, en la oposición que Gonzalo Pizarro acaudilló en el Perú y que mató nada menos que al primer Virrey. La rebelión de los Contreras en América Central y los movimientos de Pedro de Villagrán, Alvaro de Hoyón y Diego de Vargas en Nueva Granada, tipificaron el susodicho malestar y descontento.

Al final quedó aplastado el cuerpo revolucionario, pero en la Península un nuevo defensor del título pontificio había surgido: Juan Ginés de Sepúlveda, quien, aprovechando las reprobaciones suscitadas contra las *Leyes Nuevas*, se dispuso a

defender el primitivo título (1544). [1] Lo hizo en su obra *Demócrates Secundus, sive dialogus de justis belli causis*, pero Las Casas consiguió que el libro fuera censurado o examinado por los teólogos de Alcalá y Salamanca —discípulos de Vitoria—, quienes dieron dictámenes adversos, (1548). A pesar de ello, Sepúlveda editó una *Apología* en Roma cuya doctrina era la misma del *Demócrates* (1550). Un año antes, el Consejo de las Indias proponía al Rey la suspensión de los descubrimientos y conquistas en vías de ejecución y la convocatoria de una junta de teólogos y juristas que dispusieran la forma de hacerse. Aceptó Carlos I y ordenó el cese de todas las anexiones.

El Consejo de las Indias en pleno, más cuatro teólogos y otros personajes se concentraron en Valladolid (agosto, 1550) para tratar de la «orden que parecerá más convenir para que las conquistas, descubrimientos y poblaciones se hagan con horden y según justicia y razón». De nuevo se ponían enfrente las dos opiniones antagónicas: la que le concedía poder temporal al Papa, y la que se lo negaba.

Las discusiones se reanudaron en abril de 1551. Sepúlveda y los juristas del Consejo tenían la Conquista por justa. Imposible que expongamos todos los alegatos y contralegatos. Al final el triunfo correspondió a los dominicos. En Indias, mientras, continuaban paralizadas las expedicio-

(1) Bell, Aubrey F. G.: *Juan Ginés de Sepúlveda*. Oxford, 1925.

nes bélicas, no así las misioneras. Y al Consejo llegaban peticiones solicitando licencias de descubrimiento. Fué entonces —1552— cuando Las Casas se decidió a imprimir su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* temeroso de que el emperador diese las licencias pedidas.

Después de la Junta de 1551 parece evidente la derrota del título pontificio; sin embargo, no acontece así. Un nuevo personaje acaba de entrar en escena: Gregorio López.

Gregorio López había sido testigo de toda la controversia y en una edición comentada de las *Partidas* hace referencia al problema indiano (II, Tít, XXII, Ley II). En las proposiciones gregorianas admite la donación pontificia, pero condena la guerra «como quiera que de ella se seguirían muchas anomalías, hurtos y latrocinios». Subraya que la finalidad conquistadora es fundamentalmente religiosa y pacífica.

Sabemos que la Conquista había sido parada mientras se redactaban unas Instrucciones. En 1555 aún no tenía solución el asunto, la Conquista proseguía desautorizada y las Instrucciones reglamentándola sin redactar. Apremiado el Consejo por las solicitudes de licencias para descubrir, comisionó el apresto de unas ordenanzas sobre descubrimientos en las que la glosa de Gregorio López sirvió de mucho (mayo, 1556). El título pontificio seguía en pie en ellas. Ya, desde luego, no se «requiere» ni se obliga al vasa-

llaje; se prescribe un método de lenta persuasión y sólo se le hará la guerra a los indios si impiden la predicación de la fe previa consulta a las Audiencias. Tampoco se emplea el término «conquista», y el fin religioso va antes que el político. Tales normas imperaron hasta 1573, afectando, sobre todo, a Legazpi en la anexión de Filipinas.

Otro teorizante más: Juan de Matienzo —1567— autor de *Gobierno del Perú* acepta la concesión pontificia y señala como legítimos títulos para la ocupación:

1) Que sean terrenos desiertos.
2) Que los indios no quieran recibir la fé.
3) Los pecados contra natura.
4) La infidelidad de los indios.

Las Ordenanzas ovandinas de 1573 (13 de julio para descubrimiento y población, siguen muy de cerca las Instrucciones de 1556. Como en dichas Instrucciones, Juan de Ovando propicia que a los descubrimientos no se llamen conquistas, sino «pacificación» [1] y lo primero que deben hacer los conquistadores es tomar posesión de las tierras.

A lo largo de toda esta exposición hemos podido comprobar que la donación papal ha proseguido en su validez y que lo único que se ha va-

---

(1) Según las Ordenanzas de Felipe II, 1573, pacificar era: «traer de la paz al gremio de la Santa Iglesia y a nuestra obediencia a todos los naturales de las provincias y sus comarcas, por los mejores medios que supieren y entendieren». Cap. CXXXIX. La *Recopilación* trata de ella en el Título IV del Libro IV.

riado ha sido el sistema de hacer la Conquista o el vocablo denominativo. La guerra, como método de anexión, se ha desterrado. Por lo menos en los papeles.

El título que, en definitiva, se mantuvo en pie fué el de la donación pontificia. Huelga por eso que prosigamos examinando los pareceres aunque la polémica se continúa en España. Las discusiones se apagan en los próximos años, y un Juan de Solórzano Pereira sale a la palestra, no a discutir con otro compatriota, sino a defender los derechos de los Reyes de España frente a las impugnaciones extranjeras. El tema ha tomado otro caríz y hemos de abandonarlo por cuanto en estos años la Conquista ha concluído en lo fundamental. Solórzano ya en su época —principios del XVII— hace como un recuento general de todos los pareceres vertidos en un siglo de debates. En su *Indianarum Jure* es posible distinguir dos tipos de títulos: Con valor parcial:

1) Descubrimiento y ocupación (siendo tierras desiertas).
2) Ser bárbaros los indios.
3) Impedimento al comercio y evangelización.
4) Alianza para hacer guerra justa.

Con el valor general muy discutido:

1) Donación especial de Dios.
2) Elección voluntaria.
3) Infidelidad e Idolatría.

4) Concesión imperios.

5) Donación pontificia (fundamental).

El primigenio título proseguía imbatido. Como todo un símbolo, en el Archivo General de Indias, las Bulas papales son en la Sección primera, —*Patronato*— los iniciales documentos de ella. Tal como si quisieran justificar los millones de papeles —Historia— que siguen detrás. [1]

---

(1) Igualmente Vasco de Puga puso como portada de su *Cedulario* —impreso en México en 1563— la susodicha Bula. (Madrid, 1945. Ediciones Cultura Hispánica).

CAPITULO III

SER Y RAZON DE LA EMPRESA

Conquista y Pacificación

¿QUÉ es la Conquista? ¿qué ambiente la determinaba? ¿Qué carácter tenían los hombres que la hicieron? ¿qué finalidad les movía? Dejemos para un próximo apartado el estudio del tipo humano que, en el siglo XVI, realiza la incorporación de América a Occidente. En el análisis de los puntos interrogados, lo paradójico es el manifiesto espíritu de contradicción que se nota en la razón o razones. Dos actitudes enemigas se alinean dentro del problema y nos impelen a contar siempre con estas dos fuerzas —Sancho y Don Quijote— en el carácter del conquistador, en el ambiente, y en los propósitos de sus accio-

nes. Para comprender, pues, la Conquista de América —su ser y razón— es inevitable tener presente la doble arista que nos ofrece.

Desde el siglo XVI repugnó el vocablo *Conquista*. El Padre Las Casas tronó contra la palabra: «Este término o nombre, *conquista*, para todas las tierras de las Indias descubiertas y por descubrir, es término y vocablo tiránico, mahomético, abusivo, impropio e infernal». Casi le llegan a faltar adjetivos al vehemente fraile que, celoso de su ideal, consideraba que la acción de España en América no era una campaña militar contra moros, turcos, o herejes, sino una labor espiritual «para lo cual no es menester conquista de armas, sino persuasión de palabras dulces y divinas y ejemplos y obras de Sancta vida». Es, no cabe duda, loable la actitud del dominico, pero tampoco es indudable que llevado por su impetuosa bondad sueña con unos métodos de anexión bastante utópicos, y que sólo le daría resultados positivos en las tierras de la Vera-Paz.

Ya vimos como las Instrucciones de 1556 prescribían el destierro del vocablo conquista, y Juan de Ovando, en 1573, se opuso igualmente a su empleo, propiciando que «los descubrimientos no se den con título y nombre de conquistas, pues habiéndose de hacer con tanta paz y caridad como deseamos, no queremos que el nombre dé ocasión ni color para que se pueda hacer fuerza ni agravio a los indios». *Pacificación* y *Población*

fueron conceptos que intentaron desplazar al de conquista, sin lograrlo plenamente. Consta la intención en las *Leyes de Indias:* «Por justas causas, y consideraciones conviene, que en todas las capitulaciones que se hicieren, se excuse esta palabra conquista, y en su lugar se use de las de pacificación y población, pues habiéndose de hacer con toda paz y caridad, es nuestra voluntad que aún este nombre, interpretado contra nuestra intención, no ocasione ni dé color a lo capitulado, para que se pueda hacer fuerza ni agravio a los indios». [1] Solórzano Pereira, comentando esta determinación escribe que «la palabra conquista ha parecido odiosa y se ha quitado de estas pacificaciones, porque no se han de hacer ruído con las armas, sino con caridad y de buen modo». No vamos nosotros ahora a pretender sustituirla radicalmente, aunque sí, muchas veces, pongamos en su lugar la palabra *anexión*, menos dura al oído y a la sensibilidad. Admitimos, pues, la denominación *conquista* para designar la incorporación de la América indígena a la corona hispánica. Conquista que ofrece una doble faceta: material y espiritual.

Los primeros años que siguen a Colón fueron de *Descubrimiento*, sin significar aún propiamente conquista. Es este período como la Historia Acuática de América. (El Continente comienza siendo Geografía y prosigue siendo Historia).

(1) *Recopilación* Libro IV, Tít. I. Ley VI.

Después vino la *Conquista*, la anexión por la fuerza de las armas y del espíritu, de las tierras y de los hombres americanos. Así como el Descubrimiento no lleva implícito la Conquista, esta última sí lleva consigo el Descubrimiento. De ahí lo difícil de delimitar estas dos etapas; dificultad igualmente planteada cuando se quiere separar la Conquista pura de la organización gubernamental o establecimiento de pobladores en las tierras incorporadas. Tres personajes pueden encarnar las tres etapas: el marino-explorador, el conquistador, y el letrado.

Hubo, desde luego, más ósmosis entre el primero y el segundo, que entre éste y el tercero. El marino pudo ser conquistador, pero el conquistador rara vez se transformó en gobernante. Los dos primeros integran una generación suplantada en el mando por la de letrados.

Intentando situar un límite, damos principio al proceso conquistador cuando las expediciones dejan de ser meramente exploradoras (buscan un paso, fijan la insularidad de una tierra, efectúan rescate, etc.) y se transforman en huestes, listas a desembarcar y someter tierras de cuya existencia y riquezas se han enterado por medio de las armadas descubridoras. Concluye este proceso bélico —el espiritual sigue— en las zonas anexionadas al asentarse un organismo de gobierno o fundarse una población significativa. No denota ello que el fenómeno conquistador haya ter-

minado; la obra de la anexión no periclita en un momento concreto. Se prolonga en la época virreinal (Chile, Guayanas, etc.) y aún hoy mismo existen regiones inexploradas, sin contacto con la cultura occidental, y que sólo nominalmente se integran dentro de países soberanos.

Indias del Cielo e Indias de la Tierra

Fijada las fechas, o momentos, topes del inicio y final de la Conquista, aclaremos el doble matiz de ella. Dijimos que la Conquista era material y espiritual —Indias de la Tierra e Indias del Cielo según Picón Salas—; así lo reconocieron desde aquellos días algunos hombres y quizá sea el cronista Francisco López de Gómara, quien mejor y claramente manifieste el doble propósito: «La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fé de Cristo, aunque justamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco». Hay, sinceramente aclarado, una razón espiritual, de hombre católico y medieval: el deseo de propagar la Religión Cristiana; pero también existía un anhelo, muy humano, de mejorar económicamente de situación (provecho) y un deseo —muy renacentista— de cobrar honra y dejar fama.

Bernal Díaz, que no tiene la erudición del clérigo Gómara, ni su formación cultural, confiesa crudamente, con desplante cuartelero, un doble propósito en la Conquista: «Por servir a Dios, a

su Majestad, y dar a luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos...» No citamos a Las Casas, ni a Unamuno, para explicar la razón de la presencia hispana en América, pero sí a las *Leyes de Indias*, portavoces del parecer real, que declaran que «el fin principal que nos mueve a hacer nuevos descubrimientos es la predicación y dilatación de la fé católica, y que los indios sean enseñados y vivan en paz y policía». [1] Aquí la Corona silencia la segunda parte de la razón conquistadora: la económica. Móvil que no se le puede negar existe en sus atenciones americanas. Precisamente el encuentro con América tuvo lugar por una necesidad geográfica que venía determinada por otra económica: después de la toma de Constantinopla en 1453, que precipitó la caída de las ciudades estados italianas y el cese del comercio con Oriente, se acusó la urgencia de hallar otras rutas para conectar comercialmente con Asia. Esas nuevas rutas estaban hacia el Oeste, hacia la Península Ibérica que, expulsados ya a los sarracenos, se apresuró a saltar a la otra orilla y, ayudada por los adelantos técnicos de la arquitectura naval y de los instrumentos náuticos, a romper el misterio del *Mare Tenebrosum*.

(1) Ibidem. Ley I.

El conflicto de ideas que motivó la Conquista, especialmente entre los que veían en el indio un instrumento de trabajo explotable y los que lo consideraban un ser misionable antes que nada, es examinado por Lewis Hanke, en su citada obra: *La lucha por la Justicia*...

Así debelaron todo un mundo, incorporando primero hitos africanos y mojones insulares atlánticos. De éstos, las Canarias constituyeron el más genuino precedente experimental de lo que luego se hizo en América.

Los Reyes patrocinaron de continuo la conquista espiritual de todas estas tierras, sin descuidar el valor económico de las mismas, como lo prueba el deseo mostrado siempre en los documentos de que los conquistadores procuren «saber el secreto» de lo que anexionan. El sincronismo de ambos intereses tiene su razón en la identidad de Iglesia y Estado a que entonces se había llegado. Y los conquistadores procuraron cumplir el mandato de sus reyes, aunque a veces olvidasen el aspecto ético de su misión, interesados más en la faz crematística. Pero todo es muy humano y más en una labor como la abordada. Por lo demás, pueril resultaría que un Estado como el español, metido a grandes tareas europeas, no celase el aspecto económico de una empresa que le chupaba los hombres. España misma, lo que verdaderamente es España, se benefició menos que, por ejemplo, Flandes. Cuantiosas riquezas de las provenientes de Indias pasaron a faltriqueras flamencas vía la Península Ibérica. No lo afirmamos nosotros hoy, no. Lo decía ya en el XVI Andrés Navaggiero, embajador de Venecia, quien, refiriéndose a los benditos flamencos, estampó lo siguiente: «Desollaron estos reinos y los

dejaron en los huesos».[1] Es inexplicable, por lo demás, la exploración y conquista del Continente por la sola esperanza de encontrar oro. Hay que atribuir la anexión de América en el siglo XVI a un ideal colectivo y a una mezcla de potencial humano, deseos de mejora y objetivos religiosos.[2]

Se conjugan, pues, en la razón y ser de la Conquista fines materiales y espirituales, dándose los dos unidos o separados. Para algo dijo el Arcipreste de Hita que el hombre trabaja, según Aristóteles— «y es cosa verdadera... por haber mantenencia». Sin embargo, dentro de este ideal económico es fácil ver que el español actúa más por la aventura de lograr la riqueza, que por ella misma. En una noche se jugará a veces lo ganado; y otras, no contento con sus haciendas y riquezas, volverá a partir en demanda de luchas como lo hace Valdivia dueño de una encomienda en el Valle de la Canela y una mina en el Cerro del Porco.

El capitalismo, que ha principiado a formarse en Europa, no ha contaminado el alma de este tipo sobre el cual, además, pesan prohibiciones del medievo: usura, cálculo, deseo por el dinero, ahorro, desdén por el comercio.[3] El afán utilitario y

---

(1) Apud. Blanco-Fombona, Rufino: *El conquistador español del siglo XVI. Ensayo de interpretación*. Madrid, s. f. p. 235.

(2) No implica un pronóstico tajante y general. Los motivos de las diversas conquistas están lejos de ser los mismos.

(3) Picón Salas, Mariano: *De la Conquista a la Independencia*. México, 1944. p. 43.

pragmático no ha prendido de lleno en el conquistador que, sin embargo, se movió paralelamente por impulsos materiales y espirituales. Mirar una sola cara de la Conquista es hacer gala de un simplismo inexplicable.

Corroborando la afirmación de que no sólo motivos crematísticos impelieron al conquistador en sus empresas, podríamos mencionar las fundaciones hechas en la amplia zona rioplatense o en Chile. Aquí no hay señuelo material. No hay minas. Los fines del conquistador son puramente éticos. Los motivos de índole espiritual que se le desmienten se hacen operantes y efectivos en esta región como en otras. El aborigen no tiene nada: ni siquiera ciudades y organización política.

Edad Media y Renacimiento. Honra y Fama

El conquistador era un ser que cabalgaba entre dos épocas y que siendo hombre de frontera, por consiguiente, obedecía a un doble influjo. No podía prescindir de la herencia medieval, del sentido tradicional, pero tampoco del vitalismo del Renacimiento. La Edad Media le proporcionaba un «élan» caballeresco y una finalidad de cruzada en su empresa; el Renacimiento, bebido en Italia, le impulsaba a efectuar hazañas que prolongasen su memoria más allá del tiempo, a ganar gloria, y a conseguir ventajas económicas para cimentar su poder. Menos olvidaba su grado en la escala

social y por eso pretendía ascender en ella mediante la adquisición de hacienda y fama.

La honra y la fama [1] les aguijoneaba, ya lo confiesa Almagro: «Nuestro propósito fué y es servir a S. M. en el dicho descubrimiento porque obiese noticias de nosotros e nos honrase e hiciese mercedes e no respeto de otros provechos, pues teníamos los dichos quince mil pesos de que podíamos vivir». Cortés, buen prototipo para nuestras afirmaciones, nos ayuda en nuestros asertos escribiendo: «...y yo los animaba diciéndoles que ...jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para vuestra majestad los mayores reinos y Señoríos que había en el mundo. Y que demás de facer lo que como cristianos éramos obligados ...por ello en el otro mundo ganábamos la gloria, y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nosotros ninguna generación ganó». El mismo Bernal Díaz, rudo soldado y hombre de poca lectura, rezuma Renacimiento. Tiene el prurito de hacer constar los hechos en

(1) En el capítulo IV insistiremos sobre la honra y fama. No se crea que el ideal de fama en el conquistador es mero influjo renacentista. El Renacimiento acusa este anhelo, pero la idea clásica de fama no se ha perdido a lo largo de la Edad Media. La fama y gloria, cantada o elogiada por Homero, Sófocles, Píndaro, Ennio, Lucrecio, Cicerón, Virgilio, Horacio, Propercio, Ovidio, Séneca, Lucano, etc., se mantiene en un hilo irrompible a través del medievo en que se bifurca en una corriente ascética cristiana que la niega, y en otra caballeresca que la exalta. La Castilla medieval no es ajena a la idea de la fama y honra como lo prueba el *Cantar de Mío Cid*. María Rosa Lida de Malkiel: *La idea de la fama en la Edad Media castellana*. México, 1952.

los que participó y los cuenta él porque de no hacerlo ¿quién los contaría? «¿Habíanlo de parlar los pájaros en el tiempo que estábamos en las batallas, que iban volando, o las nubes que pasaban por alto...?». No, no lo contarán los pájaros ni las nubes, lo narraré «...yo, yo y yo, dígolo tantas veces, que yo soy el más antiguo *(conquistador)*, y lo he servido como muy buen soldado a su majestad». Con insistencia ha hecho sonar el primer pronombre personal, anhelante de que su nombre y el de otros no quede anulado por el de Cortés, en un capítulo CCXI que titula nada menos que así: «Memoria de las batallas y encuentros en que me he hallado». Y si el lector no está convencido ahí va otra parrafada bernalina: «También *(ha escrito su historia)* para que mis hijos y nietos y descendientes osen decir con verdad: Estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa, y gastó la hacienda que tenía en ello y fué en lo conquistar de los primeros». Más claro imposible. Le interesa, a toda costa, dejar memoria de sí. Es machacón el viejo mílite; todavía podíamos sacar otras citas explicando la razón de su Historia. Pero bien vamos cargados de ella cuando apenas hemos comenzado.

Hay con frecuencia en los escritos una alusión al mundo clásico. Se imita a César en sus *Comentarios* o a Tito Livio. Se establecen comparaciones con Pompeyo, con Cayo Mario, con Alejandro, con Jason, con Ulises, con Héctor, con

Aníbal. [1] Pero también de continuo aflora el recuerdo de Amadís, de las *Sergas de Esplandían*, del *Romancero*...

Significado misionario

«¿Quién duda —dice Fernández de Oviedo— que la pólvora contra los infieles es incienso para el Señor?». Tenemos en esta interrogación expresa las dos conquistas: la material y la espiritual. Existiendo tal dualidad, nosotros nos circunscribiremos más a la primera, a la hecha con pólvora y sangre, que a la segunda. [2] Realmente la tarea

---

(1) Aparte de frases puestas por cronistas, como Bernal o Cortés, en boca de los héroes indianos y en que figuran estos personajes clásicos y otros del *Romancero* como Roldán, o de las novelas de Caballerías como Amadís, se encuentra, por ejemplo, en Vargas Machuca una alusión directa a los caudillos de la Antigüedad como modelos de valor, esfuerzo, diligencia, etc. *Milicia y Descripción de las Indias* Madrid, 1892. Tomos VIII y IX de la «Col. de Libros raros y curiosos que tratan de América». Tomo I. pp. 82 ss.

(2) Se logrará una visión de conjunto del aspecto religioso de la Conquista en:

Bayle, Costantino: *La expansión misional de España*. Barcelona, 1946.

Sierra, Vicente de: *El sentido misional de la conquista de América*. Madrid, 1944.

Ybot León, Antonio: *La Iglesia y los eclesiásticos españoles en la empresa de Indias*. Tomo XVI de la «Historia de América» dirigida por Don Antonio Ballesteros. Barcelona, 1954.

Estudios particulares de la conquista espiritual:

Armas Medina, Fernando: *Cristianización del Perú*. Sevilla, 1953.

Errázuriz, Crescente: *Los orígenes de la Iglesia Chilena, 1540-1603*. Santiago de Chile, 1873.

Groot, José Manuel: *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*. Bogotá, 1953. 3 tomos.

Richard, Robert: *La conquista espiritual de México*. Ensayo sobre el apostolado y los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-24 a 1572. México, 1947.

de transculturación se efectúa con resultados positivos cuando los núcleos civilizadores se alzan y, al inquieto y belicoso quehacer de las huestes, sucede el sosegado y tranquilo de la incorporación a la cultura hispana de los pueblos sometidos. Tampoco esto significa que se deje de lado la labor evangelizadora en los principios. Desde los primeros viajes colombinos quedó evidenciado el desvelo apostólico de los Reyes. Posteriormente fueron siempre sacerdotes en los ejércitos indianos, quedando regulado y ordenado la presencia de capellanes castrenses en las tropas por una Real Provisión dada en Granada en 1526. El celo católico del Estado ordenó: «los señores reyes nuestros progenitores, desde el descubrimiento de nuestras Indias Occidentales, Islas y Tierra Firme del mar Océano, ordenaron y mandaron a nuestros oficiales, descubridòres, pobladores y otras cualesquier personas, que en llegando a aquellas provincias procurasen luego dar a entender por medio de los intérpretes, a los indios y moradores, cómo los enviaron a enseñarles buenas costumbres, apartarlos de vicios y comer carne humana, instruirlos en nuestra santa fé católica y predicársela para su salvación y atraerlos a nuestro señorío, porque fuesen tratados, favorecidos defendidos como los otros nues-

---

Carbia, Rómulo D.: *Historia eclesiástica del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1914. 2 tomos.

Zuretti, Juan Carlos: *Historia Eclesiástica Argentina*. Buenos Aires, 1945.

tros súbditos y vasallos, y que los clérigos y religiosos les declarasen los misterios de nuestra santa fe católica, la cual se ha ejecutado con granda, fruto y aprovechamiento espiritual de los naturales. Es nuestra voluntad que lo susodicho se guarde se cumpla y ejecute en todas las reducciones que de aquí adelante se hicieren». [1]

No se crea que el problema de cristianización se presentó fácil. Los choques entre conquistadores y frailes fué corriente, y la Corona no supo si era mejor que intervinieran primero los guerreros y luego los sacerdotes, o viceversa. Generalmente actuaron mancomunados, acentuándose la tarea religiosa después de la Conquista, pero figurando siempre el fraile o frailes en las huestes como capellán, asesor y evangelizador. Aunque a veces dichos clérigos no eran modelos de continencia y mansedumbre. Los hubo díscolos, entremetidos, libertinos. Por fray Pedro Muñoz «el Arcabucero», se conocía en el Perú al prior de la Merced —al decir de Gutiérrez de Sta. Clara—, y no sería por lo mismo que llamaban en la isla Trinidad a un capuchino fray Manos-albas. De todo había de haber en esta geografía humana, prevaleciendo siempre lo positivo, y siendo este caso referido un ejemplo de anormalidad que sólo un malintencionado puede exhibir para emitir un juicio general.

Evangelizar e inyectarle la cultura occidental

(1) *Recopilación* Lib. I, Tít. I, Ley II.

a los indios era lo mismo en una época en que la enseñanza corría a cargo de la Iglesia. La inquietud misionera-educativa del Estado, expuesta en la *Recopilació*, fué secundada por muchos conquistadores. Cortés, hablando del pecado de sodomía en una de sus cartas, confiesa: «Vean vuestras reales majestades si deben evitar tan gran mal y grave daños, y cierto Dios nuestro Señor será servido sí por mano de vuestras reales Altezas estas gentes fuesen introducidas la divina potencia de Dios; porque es cierto que si con tanta fé y fervor y diligencia a Dios sirviesen, ellos harían muchos milagros».

Existe un manifiesto «sentido misional de la Conquista» en la concepción cortesiana. Cortés, representante del Estado, brazo de un móvil imperial-económico, protagoniza también la aspiración espiritual del mismo Estado. Hernán Cortés pide misioneros para llevar a cabo la conquista espiritual plena, y él mismo, con toda sumisión y humildad, los recibe.

No fueron en cantidad estos soldados espirituales tanto como los otros, ni fué tan liviano su quehacer. Mas no por eso su papel como factor de conquista quedó paliado. Refiriéndose a su número e importancia decía el Virrey Mendoza: «...los que son y han sido necesarios para la pacificación de estas nuevas gentes, según lo que yo he conocido de su condición y realidad, son conventos o monasterios de frailes, porque con

su doctrina y enseñanza los tienen más domésticos que palomas..., y más vale un soldado de estos espirituales... que todas las lanzas y demás con que los castellanos entraron a rendir la tierra». De continuo brotó esta queja y este elogio. Eran pocos los que llegaban porque también la tarea era difícil. Auténtica vocación misional debía tener el fraile que se encaminaba a las Indias y, no obstante, más de uno utilizó la escala de las Canarias para saltar a tierra y no volver por el navío.

Carecían de experiencia, ignoraban las lenguas, tenían que improvisar métodos. Pero todo intentaron subsanarlo y lo emprendieron con fe y empeño, educando al indio en un nuevo sentido de la vida e inculcándole conciencia de su personalidad. Tipificaron mejor que nada y nadie el esfuerzo de España por entender al nativo. Los frailes en su celo evangelizador comenzaron por *indianizarse* —aprender las lenguas y costumbres aborígenes— para mejor catequizar al indígena. Redactaron gramáticas y vocabularios, escribieron en lengua nativa, y adaptaron música, liturgia y arquitectura para solucionar los problemas que presentaba el pueblo sometido. En silencio, estos héroes con hábito, desplegaban un enorme esfuerzo cultural que se nos escapa si no reflexionamos. Tenían que captar idiomas aglutinantes, domeñarlos, y someterlos a la filología y gramática imperante. Sin ese esmero no se hubieran conser-

vado las lenguas americanas y no se hubieran puesto en contacto las dos mentes. Nunca un pueblo que domina, siendo superior en todo, se acomodó tanto al dominado. Roma siempre impuso su lengua y si algo tomó del sojuzgado fueron sus dioses para aumentar la colección.

Y del modo como el conquistador hizo de evangelizador a menudo, así el clérigo actuó también de soldado cuando fué necesario. Pedro Mariño de Lobera, cronista de la conquista chilena, recoge esta escena: «Y así combatieron el fuerte con gran vigor y arrojamiento, saltando dentro por diversas partes; donde anduvo la folla tan sangrienta que murieron allí quince españoles y llegó a tanto el tesón de los indios que vinieron a ganar la alcázar echando fuera a los españoles. A todo esto estuvo el clérigo Nuño de Abrego con su espada y rodela a la puerta de la fortaleza arrimado a un lado, y al otro Hernando Ortiz sin apartarse ninguno de los dos un punto de su puesto sobre apuesta; mas por estar picados entre sí que para picar a los enemigos aunque en efecto hicieron tal estrago entre ellos que pudiera cualquiera de los dos aplicarse el nombre de Cid, sin hacerse agravio».

«Conquistar es poblar»

Si el misionero llevó su misal, su rosario, su fe y su cultura, el soldado cargó otros elementos civilizadores necesarios para ejercer el segundo

aspecto de su personalidad. Porque el conquistador, de mero guerrero nómada, se transforma en poblador sedentario. [1]

Hasta el momento semeja que el conquistador se adentra en América *a buscar*. Busca, en efecto, pero también lleva. No hablamos de la transculturación, sintetizada en un sólo Dios y una lengua, ni del mestizaje físico. Fuera del aporte cultural y biológico, el conquistador porta un bagaje civilizador que va sembrando al mismo tiempo que adquiere lo que las Indias le ofrecen. [2] América enriquecerá la vernácula lengua castellana: *huracán, canoa, chocolate, cacique, maíz*... La América indígena contribuirá con su legado en el arte, en las instituciones, etc. Y la naturaleza, rica en nuevos productos, transformará la economía de Occidente... El *maíz, la patata y el tabaco* serán de los primeros elementos que tome el español. [3] Luego el *tomate y el cacao, el camote* o *batata, el pan casabe, la quina, la piña*... A cambio el poblador hispano le da al Nuevo Mundo el *trigo, cebada, arroz, morera, centeno, viñas, naranjas, manzanos, almendros, limones, olivos, peras, ciruelos, el lirio, la rosa*... De Ca-

---

(1) La obra de Vargas Machuca: *Milicia y Descripción de las Indias*, dedica parte del Libro IV al análisis de la colonización. Normas y pareceres sobre como ha de verificarse la población quedan expuestos en estos apartados.

(2) *Aportación de los colonos españoles a la prosperidad de América (1493-1600)*. Madrid, 1929. Publicaciones de la Dirección General de Acción Social y Emigración. Ministerio de Trabajo y Previsión.

(3) En el último capítulo nos detendremos más en el legado de América al Viejo Mundo.

narias embarcan *la caña de azúcar, los cerdos y los plátanos. Legumbres y hortalizas, espárragos, melones, azafrán, higos, albaricoques, olivos, el caballo, la cabra, el perro, la oveja*... todos van en las bodegas de las naos a enraizar en la otra orilla atlántica. El conquistador no es mero soldado —de *sueldo*—, es un colonizador, un poblador. «Quien no poblare, no hará buena conquista, y no conquistando la tierra, no se convertirá la gente; así que la máxima del conquistador ha de ser poblar», expresa Gómara Y eso hicieron a semejanza de los legionarios romanos que, una vez conquistada una región, se transformaban en el mejor elemento de romanización. Aparte de que el mílite hispano no era puramente tal; sólo Valdivia entre los grandes capitanes, cuenta con antecedentes militares. Su condición guerrera era eventual; desaparecida la necesidad bélica, afloraba su auténtica condición desarrollada antes en los campos de España. Por eso Valdivia pudo ser «padre para los favorecer con lo que pude, y dolerme con sus trabajos ayudándoselos a pasar como hijos, y amigo en conversar con ellos; geómetra en trazar y poblar; alarife en hacer acequias y repartir aguas; labrador y gañán en las sementeras; mayoral y rabadán en hacer criar ganados; y en fin poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor» (*Carta al Emperador*). Nada menos y nada más que a Francisco Pizarro, el Gobernador y Marqués, podemos hallar entretenido en

una calera o espigando trigo con los indios si queremos aducir un ejemplo más. [1]

El conquistador, una vez anexado el territorio, se transformaba en un poblador vertical, clavado al suelo. Sometida la tierra procedían a escoger sitios que reunieran condiciones favorables. Siguiendo el modelo clásico del tablero de ajedrez, ya contenido en la *Política* de Platón, trazaban las poblaciones cuyo corazón era la plaza donde se alzaba el rollo de la justicia y a donde se asomaban los edificios oficiales.

Procurando no dañar los intereses indígenas se repartían solares para las casas, y campos para el cultivo y el ganado, dejando un terreno comunal en las afueras (*exeo:* salir) denominado *ejido.*

Se formaba el Cabildo a base de dos Alcaldes Ordinarios, regidores, alguaciles, etc., que celebraba junta, tomaba juramentos, y abría un libro con el auto de población donde firmaban los soldados que quisieran avecindarse en la fundación.

A la fundación seguía el establecimiento del tributo sobre el indio en señal de vasallaje, y el reparto de encomiendas. Elevadas las ciudades, símbolo de la fijeza al terreno, traía a sus mujeres, plantaba los campos, hacía Iglesias, enseñaba, posponía costumbres hispánicas adoptando fór-

---

(1) Almagro el Mozo formula contra Pizarro la acusación de que se consagra a estas tareas en lugar de hacer justicia. *Causa contra Juan Rodríguez Barragán.* Apud. Alberto Mario Salas: *Las Armas de la Conquista.* Buenos Aires, 1950, p. 194, Nota 9.

mulas indígenas, y se convertía en un «americano». Había sido ya conquistado por la tierra, que se le había pegado al corazón. Nada le resultaba extraño a su suelo de España. Cuidaba con desvelo todo lo que podía hacer de lo ganado un trasunto de la patria lejana, que muchos llevaban en su apellido. Mimaba y valoraba con exceso a un animal o a una semilla cuya proliferación le trajese el «clìmax» de los barbechos y establos de España. En torno suyo tenía a su Dios, a sus mujeres, a sus hijos. En los campos crecían especies como las de Europa y pastaban animales como los de sus pueblos. Comenzaba a tener noción de *aquello* como de algo propio. En el aire sonaba su lengua hermanada con las indígenas, pero aquella comenzaba a variar en matices, hacer adquisiciones, y a adaptarse al ambiente. [1] Por eso la Corona para evitar posibles proyectos de autonomía, favorecidos por la conciencia que tenía el conquistador de haber ganado la tierra con sus esfuerzos, remitía, una vez acabada la anexión bélica, a gobernantes que sustituían a los meros conquistadores en la dirección de lo adquirido. Se les premiaba con títulos, mercedes, tierras o indios, pe-

---

(1) Vid. Menéndez Pidal, Ramón: *El lenguaje del siglo XVI.* Buenos Aires, 1944 Col. Austral Núm. 280 pp. 51-90.

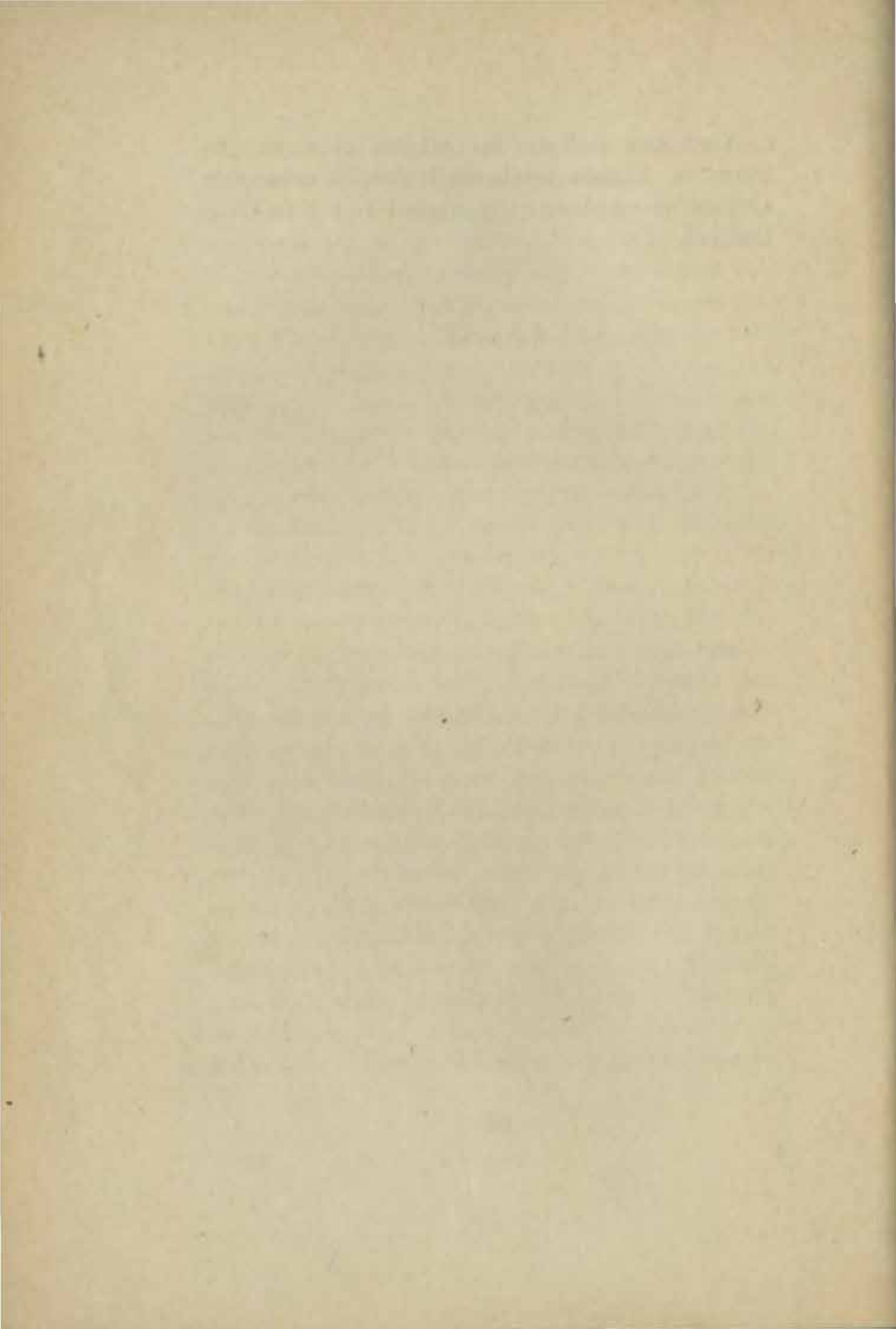
López Estrada, Francisco: *Lengua.* Apud. «El Legado de España a América». Madrid, 1954 Vol. I pp. 83-103.

Rojas, Ricardo: *Historia de la Literatura Argentina.* Primera Parte Los Gauchescos. I. Cap. VI. El idioma de los conquistadores pp. 180-199.

ro se les alejaba del mando de las provincias para disipar todo intento de independencia.

No se vaya a creer que lo aportado por los europeos fué para el exclusivo disfrute de ellos. No. Lo fué también para el indio, que recibió animales, simientes, aperos y enseñanzas. Aduce Gómara que los españoles a los indios «diéronle bestias de carga para que no se carguen; y de lana para que se vistan, no por necesidad sino por honestidad, si quisieren; y de carne para que coman, nunca les faltaba. Mostráronle el uso del hierro y del candil con que mejoran la vida. Hánles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron; porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechan muchos ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados, y mejor en ser cristianos». Idéntica tesis se ha sostenido después con toda razón, a excepción de historias decimonónicas, extranjeros antihispanistas e indigenistas exaltados. Bueno es decir que al clérigo Gómara se le olvidó manifestar que en algunas zonas poseían los indígenas magníficos orfebres, unas admirables arquitecturas, unos ingeniosos sistemas agrícolas, unas avanzadas organizaciones políticas, unos estupendos pintores y artistas... El que desconociesen la vela, el arco, la rueda y la escritura, no implica un estado de barbarie. Implica un atraso, que se venía venciendo, y que el español con buena voluntad quiso salvar de un tirón.

Con una pobreza de medios técnicos que asombra, España implantó la cultura urbana de Occidente en América y agregó ésta a la Cristiandad.



CAPITULO IV

LA GENERACION DE LA CONQUISTA

Veteranos y bisoños

CASI es factible hablar de una «Generación de la Conquista», porque en la masa de hombres de la época se revela como un puñado de egregios, una minoría selecta, que efectuó una trayectoria vital determinada. Fueron hombres de su tiempo, representantes de una especial actitud, que recibieron de sus predecesores conceptos, instituciones, valoraciones, etc. y se dispusieron con ello y lo propio a cumplir su vocación. [1] Las guerras de Italia constituyeron para muchos escuela de enseñanza; y, por si fuera

(1) Ortega y Gasset, José: El *Tema de Nuestro Tiempo*. La idea de las Ceneraciones pp. 13-24 Madrid, 1934.

poco, la lucha contra los moros durante ocho siglos fué seleccionando la raza, decantándola, hasta lograr el precipitado que se lanzó a la conquista de América.

Acudiendo al testimonio de Bernal hallaremos argumentos para probar que la Conquista indiana fué como un capítulo más de la novela bélica que España estaba escribiendo —y seguiría escribiendo— por entonces en el mundo. [1] Bernal, ya viejo, recuerda claramente los nombres de los soldados que estuvieron en Italia, considerados como veteranos y respetados por aquellos otros bisoños que iban a hacer su primer ejercicio de armas a América. Cortés fué uno de estos últimos, que, sin embargo, mandó a un grupo de los otros, de los veteranos. Los curtidos, como ocurre siempre en la vida cuartelera, se la jugaban a los novatos y fanfarroneaban delante de éstos contando lo que habían hecho o lo que pensaban hacer. «En el real de Cortés —explica Bernal— estaba un soldado que decía que había estado en Italia en compañía del Gran Capitán, e se halló en la Chirinola de Garellano e en otras grandes batallas, e decía muchas cosas de ingenios de guerra, e que haría un tra-

(1) Si se nos permite haremos una consideración sobre esta universalidad del quehacer guerrero hispano. Ello es: si la Conquista indiana fué un trasunto de las campañas en tierras europeas, también las batallas de la independencia fueron como un reflejo e imitación de las guerras napoleónicas sobre el mapa de Europa. Bolívar tiene muy presente a Napoleón.

buco en Talelulco con que en dos días que con él tirasen a las casas y parte de la ciudad, a donde Guatemoz se había retraído, que les harían que luego se diesen de paz, y tantas cosas dijo a Cortés sobredello, porque era muy allegado aquel soldado, que luego puso en obra de hacer el trabuco». Convencido Cortés, le autorizó a realizar su máquina bélica, pero el invento falló y el presuntuoso fué motivo de risas.

El peso del factor telúrico es tan grande, que no sólo las armas y el bagaje restante ha de adaptarse a él, sino que las mismas condiciones del hombre se subordinaron al ambiente. No importaba ser novato, ni valía ser veterano en Italia o México, para actuar, por ejemplo, con mayor o menor eficacia en Chile. El paisaje es otro, el enemigo tiene otra táctica y, por tanto, el sistema ofensivo ha de acoplarse a las circunstancias nuevas. Ante el ambiente adverso, veteranos y bisoños, fueron iguales en el proceso de adaptación.

Triunfo del individualismo

Nótase en esta generación de la Conquista el triunfo del individualismo, del héroe, sobre el resto del conjunto. Dentro de este cuerpo social que verificó la incorporación, destácase la presencia de figuras señeras que llevaron a la masa a la realización de una tarea. La Historia, considerada como algo *causal*, exige la desaparición del

hombre unidad de ella. Lo individual, dado que es incalculable, pide su eliminación total o parcial del acontecer histórico. En la Historia de la Conquista de América habría que suprimir personajes como Hernán Cortés o Pedro de Alvarado, fuertes individualidades, porque estorban al principio de la ley histórica. Pero esto se hace difíçil, por no decir imposible. Entonces es cuando tenemos que explicarnos el fenómeno Mendoza o el fenómeno Coronado en relación con sus circunstancias o condiciones políticas, sociológicas, espirituales, económicas, etc., que le han determinado.

Lo decisivo y básico del minuto en que estos personajes vivieron es la fuerza que España proyectaba como prolongación de la Reconquista, o el Mercantilismo de la época, o el ansia por hallar la especiería y las riquezas soñadas. Todas estas condiciones hubieran dado lugar, no sólo al descubrimiento de América, sino al proceso de la conquista del Perú o Colombia aunque Francisco Pizarro o Gonzalo Jiménez de Quesada no existieran. Se hubiera producido por otros medios, quizá, pero se hubiera dado sin falta.

El hecho de la Conquista es colectivo, tarea de masa, aunque tengamos siempre que acabar en la unidad hombre. Y es mucho más fácil explicarnos por qué cae el Tahuantinsuyo peruano o por qué España decide fundar en el Río de la Plata, que por qué Balboa se metió en un tonel o en un velamen. Los dos primeros fenómenos son

más accesibles de explicación o de hallarles una respuesta lógica, que al segundo hecho. En aquellos casos hay una causalidad que se apoya en hechos económicos, religiosos, geopolíticos, etc. etc. En el segundo se hace difícil penetrar en el ánimo de Balboa para darnos respuesta.

Esto no quiere decir que prescindamos de las individualidades y que le demos un empujón a los capitanes de la Conquista como Cortés, Alvarado, Belalcázar, Federman, etc., para sacarlos fuera de la historia de ella. Imposible echar al individuo de la Historia y menos en el cuadro de la Conquista, que viene a ser como una biografía enorme integrada por muchas biografías de individualidades. Imposible esto, pero no el recalcar que junto a esas unidades humanas destacadas hay unas circunstancias estimulantes y una masa humana que les impele en muchas ocasiones. Si mencionamos el caso de Colón, buscando las especies por una necesidad de la época; o el de Yrala retrocediendo coaccionado por los oficiales reales; o el de Orellana prosiguiendo la navegación amazónica forzado por sus compañeros y por el río, etc., tendremos más cabal idea de lo que deseamos expresar. Con esto el individuo gana, porque muchos de sus actos, de sus responsabilidades, quedan asignadas también a la colectividad que le circunda. Ya no se achaca a Pizarro exclusivamente la muerte del Inca, o a Valdivia la independización del Perú, por ejem-

plo. Cargan también con la culpa las huestes que iban con esos jefes.

Desde el siglo XVI dos cronistas de Indias tomaron esta par actitud; por un lado Gómara, con una concepción a lo Carlyle de la Historia; por el otro, Bernal Díaz, demostrando la importancia que tuvo en la conquista de México la intervención y decisiones del conglomerado que rodeaba al capitán extremeño. Ni uno, ni otro extremo; pero sí tener en cuenta que en el andamiaje histórico de los conquistadores actuaron impulsos sociales, económicos, etc., y que ellos pudieron llevar a cabo su obra teniendo en cuenta esas fuerzas y otras, más la colectividad que le rodeaba y que estaba impregnada también de las influencias del instante.

Hasta el momento no ha podido evitarse que la conquista de México sea Cortés; la de Nueva Granada, Quesada; la del Perú, Pizarro; la de Chile, Valdivia; la de Quito, Belalcázar; la de Guatemala y El Salvador, Alvarado... Ellos son los representantes y a su temperamento se recurre para teorizar sobre el conquistador en general. Con esta idea de la conquista de América, nos vendríamos a quedar con una «élite» de veinte héroes para trazar la historia de aquélla; el resto de la masa no existiría, y cuando se analizase el carácter del conquistador se haría recurriendo al de este grupo de caudillos, extendiendo los resultados a todos sus acompañantes. Esto no es

así, el carácter del conquistador no es único y ofrece muchas variantes.

Esencia del conquistador

Hay más de una monografía consagrada a estudiar su psicología, su clase social, sus apetitos... [1] El conquistador es un hombre de su época: cuando Lutero predica matar como perros a los campesinos alemanes. Si pecó más que sus contemporáneos de otras naciones fué porque tuvo más ocasiones y más tentaciones para ello. Por lo demás, un siglo después los ingleses en Virginia trataban a los indios y a sus mismos compatriotas con una barbarie modelo. Estos «hábitos de horror», asevera A. J. Toynbee, habían sido adquiridos por los ingleses en sus agresiones contra

---

(1) Entre las páginas 178 y 185, de su libro *El Conquistador Español del Siglo XVI. Ensayo de interpretación,* el venezolano Rufino Blanco Fombona disemina más de treinta calificativos negativos para caracterizar al conquistador. El pobre de Pizarro es quien sale malparado pues se le llama: «inculto, pérfido, ignorante, fanático, ingrato, avaricioso, cruelísimo». ¿Qué tenía de bueno el Marqués? El *leit motiv* o contínuo *ritornello* de este lamentable ensayo es la crueldad y la rapacidad hispana. Como una réplica a este libro ha aparecido últimamente una obrita argentina:

García Soriano, Manuel: *El conquistador español del siglo XVI.* Tucumán, 1954.

Obras como la de Rufino Blanco Fombona son fácilmente deleznable. Hay un empeño morboso en ella de resaltar la basura, lo negativo; y una maligna intención de ocultar lo que de bueno y constructivo tuvo la Conquista. Es muy atolondrado afirmar que los hombres de la Conquista no sabían lo que era un grado de meridiano, o que América se vió invadida de clérigos, o que la Corona obligó al indígena a olvidar sus lenguas, dioses y tradiciones... (pp. 204, 219, 223). Pero mucho más fácil es demostrar lo contrario. Cosa que, por lo demás, es innecesaria.

los restos de la «franja céltica» en las highlands de Escocia y en los pantanos de Irlanda. Y no digamos nada de los alemanes en Venezuela. Actuaron de 1528 a 1546. ¿Qué hicieron? ¿Qué dejaron? Por si el lector no sabe la respuesta se la daremos: liquidaron muchos indios y no alzaron sino un par de fundaciones. No hay, pues, que alarmarse por los actos del conquistador, español ya que afectaban comúnmente a los hombres de su tiempo. Aparte de que los indígenas no eran tampoco las mansas ovejas de que habla Las Casas. Puede que lo fueran tainos y ciboneyes..., pero de ahí a pluralizar en unos cuantos millones más es mucho dislate. Pensamos, y afirmamos siempre, que nada mejor para conocer a aquellos hombres que sus hechos y que la documentación. Nada de interpretaciones modernas a lo Freud. Cortés y Bernal Díaz, o lo que es lo mismo, el *yo* y el *nosotros*, nos brindan en dos líneas como eran los conquistadores. El Capitán informa al Emperador: «...mayormente que los españoles somos algo incomportables e inoportunos». El soldado nos cuenta refiriéndose a los conquistadores: «todo lo trascendemos y queremos saber». [1] Aquí está el

(1) Esa frase de Bernal, semejante a esta otra de Cortés: «trabajaremos de saber y ver aquello y otras cosas de que tenemos noticia...» patentizan el ansia exploradora y la inquietud descubridora de todos los conquistadores y explica la velocidad con que se anduvo y desanduvo todas las sendas indianas.

Una literaria frase del padre Aguado confirma, una vez más, tal curiosidad investigadora. Expresa que los conquistadores «llevaban los atalayadores ojos esparcidos y derramados por todas partes».

carácter del conquistador, mondo y lirondo: *incomportable, importuno y trascendente.* Luego, si se quiere, se le puede llamar «la teología a caballo», «transeuntes del mundo», «debeladores de secretos» o «hacedores de geografía». Ni leyenda negra, ni rosa. [1] América había de conquistarse tal como se hizo. Los hombre que allí fueron no eran una pandilla de asesinos desalmados; eran unos tipos humanos que actuaban al influjo del ambiente, determinados por su época, por las circunstancias, por el enemigo, por su propio horizonte histórico. La Conquista puso al rojo todas las virtudes y defectos de la raza. [2]

Para acercarnos a la psicología del conquistador hemos de huir de la vida muelle de nuestro

---

(1) Para tener idea de todas las impugnaciones hechas a la obra de España en Indias como parte de la Leyenda Negra, y consecuentes defensas, examínese de Rómulo D. Carbia: *Historia de la Leyenda Negra Hispanoamericana.* Madrid, 1934.

(2) Harto conocido son las consecuencias que produjo el Padre Las Casas con su *Brevíssima Relación de la Destruición de las Indias.*

Aprovechadas sus vehementes afirmaciones por extranjeros enemigos, sirvió para la denigración de España. En su época y modernamente, los escritos de Las Casas suscitaron polémicas. Sus mejores defensas están en la documentada obra de Manuel Giménez Fernández: *El Plan Cisneros Las Casas para la reformación de las Indias.* Sevilla, 1953; y en Lewis Hanke: *La lucha por la justicia...*

Fuertes ataques los recibió de Ginés de Sepúlveda, de otros y, para nuestro tema, de Bernardo Vargas Machuca: *Defensa de las Conquistas Occidentales.* Inserta por Fabié en la biografía de Las Casas. Madrid, 1879. Obra escrita contra el dominico. Prohibida publicar por el Estado puesto que por entonces estaba empeñado en aplastar las rebeliones de algunos conquistadores y fomentaba la actitud lascasiana «piadoso escritor —decía el Consejo de Indias— que no se debía contradecir, sino comentarle y defenderle».

estadio cultural y abandonar los prejuicios y criterios del tiempo actual. La experiencia de sus vidas hay que juzgarlas de acuerdo con los cánones de su época y metiéndonos en sus circunstancias. Codiciosos y crueles han sido para una legión de historiadores que han sentado cátedra sobre ellos. Santos para otros. Hubo de todo, y lo que maravilla es que a la distancia que actuaron y dentro del medio en que lo hicieron, no se hubieran comportado más despótica y más anárquicamente. Imposible universalizar y presentar un tipo modelo —un arquetipo— de conquistador. No lo hay. Fueron hombres de encontrados temperamentos, que realizaron sus hazañas bajo el influjo de diferentes circunstancias. No es lo mismo un Cortés «gentil corsario» al decir de Las Casas («buen caballero y venturoso capitán», lo calificó Motolinia); que un Valdivia, «generoso en todas sus cosas, amigo de andar bien vestido y lustroso y de los hombres que lo andaban», según cuenta Góngora Marmolejo; o un Jiménez de Quesada, «hombre de letras, gallardo y de gallardos bríos, prudente y de hidalgos pensamientos», por poner ejemplos. La visión política, la calidad humana, el sentido militar, etc., es distinto en unos y otros. Todos se caracterizan por temerarios, dinámicos, audaces, infatigables, tercos, sufridos y valientes. Sobre todo valientes, llenos de coraje. Cuenta Las Casas —y perdón por la anécdota— que el efecto que los

españoles producían en los indios era terrible. Refiere la escena en que Pedro de Ledesma, agonizante y con los sesos al aire, hacía huir a la indiada desde el suelo gritándoles: «pues si me levanto, y con sólo aquello botaban a huir como asombrados, y no era maravilla, porque era un hombre fiero de cuerpo muy grande, y la voz gruesa». Mas, como eran humanos, también sintieron miedo en ocasiones. Mientras en Cajamarca aguardan la entrada del Cápac Inca Atahualpa y sus miles de guerreros, asegura el testigo Pedro Pizarro, que «muchos españoles... se orinaban de puro temor». No era para menos.

Huyamos de simplificar y creer que constituyeron una caterva de bandidos, sedientos de oro, sangre y mujeres. No podemos hacer nuestra una cita del autor de El Quijote,muy manosea da, donde el ilustre manco vertió su experiencia con el hampa. América no fué refugio de la escoria hispana. Las Indias, pese a decirlo nada menos que Miguel de Cervantes, no fueron «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres». El inmortal genio, en su *Celoso Extremeño,* hablaba despechado porque no se le permitió pasar al Nuevo Mundo a disfrutar de «la contaduría del Nuevo Reino de Granada, o la gobernación de la provincia de Soconusco en Guatemala, o contador de las galeras de Cartage-

na, o Corregidor de la ciudad de la Paz». Que eso fué lo que le pidió. Y a eso contestó el Consejo: «Busque por acá el que se le haga merced».

Cara y cruz de su carácter

A la *codicia* y *rapiña, crueldad* y *violencia, testarudez* e *imprudencia,* se le añade el *individualismo,* la *religiosidad,* el *espíritu legalista* y el *ansia de destrucción,* como notas típicas del conquistador.

Las diatribas contra la labor devastadora desarrollada en México y Perú forman ingente montón, sin tenerse en cuenta la provechosa curiosidad que, desde un principio, preside los actos de muchos actores, deseosos de saber el pretérito indígena (a Sahagún se debe lo que hoy se sabe del pasado mexicano). La Corona estimulaba este interés científico, como lo prueba su legislación y algunos cuestionarios que repartió con el fin de indagar antecedentes indígenas y conocer la realidad de sus nuevos dominios.

Cuando la demolición se practicó fué siguiendo un mandato real y un celo religioso. Se tendía, no a destruir obras de arte, sino a extirpar los adoratorios y lugares de sacrificios donde los indígenas practicaban su religión y ritos sangrientos considerados como obra del diablo por los hispanos. «Ordenamos y mandamos..., que en todas aquellas provincias hagan derribar y derriben, quitar y quiten los ídolos, aras y ado-

ratorios de la gentilidad y sus sacrificios...». Obedeciendo disposiciones como ésta, y su natural impulso, Cortés derruyó los ídolos de Cempoala, por ejemplo. Era no sólo una medida producida por la natural repugnancia que altares ensangrentados o ídolos ridículos originaban en el ánimo del conquistador, sino también una acción con finalidad psicológica sobre el alma indígena. Se intentaba hacerle ver que, exterminados sus ancestrales, crueles y venerados dioses, no ocurría nada, y que todo era puro mito y diabólico. No obstante hechos como el mencionado de Cortés y otros, la devastación fué mucho menor de lo que se acostumbra a pregonar. Buscándole una razón a ella daríamos las ya expuestas y añadiríamos que para la realización de la finalidad religiosa de la empresa, era vital arrasar los centros donde se habían dado culto a falsos dioses. Y, además, es imposible exigirle al conquistador un criterio artístico o antropológico propio de nosotros, de nuestro tiempo y con nuestra perspectiva, en unas ciencias que no estaban aún desarrolladas. Sin olvidar lo que ya dijimos: que gracias a la curiosidad estatal y particular se puede hoy contar con un rico material para estudiar la antigüedad prehispánica. Si todo hubiera sido destrucción sistemática es de seguro que nada de ello existiera.

Cortés podía continuar siendo modelo del conquistador para analizar la actitud de éstos con

las civilizaciones que encuentran y con la tierra que incorporan. Ellos amarán a los pueblos sojuzgados y considerarán, como Valdivia, que no hay mejor tierra para vivir y perpetuarse como la que han ocupado. El testamento de Cortés denota su amor a la Nueva España donde pide que reposen sus restos; y el Inca Garcilaso relata de un tal Hernando de Segovia que en Sevilla, después de regresar de las Indias, «murió de puro pesar y tristeza de haber dejado la ciudad del Cuzco». Y añade: «La misma tristeza y muerte ha pasado por otros que han venido, que yo conocí allá y acá».

Individualistas lo fueron y lo seguirán siendo mientras sean españoles. Individualistas y altivos, esencia del español. Calderón retrató muy bien la arrogancia del soldado hispano en esta octava famosa:

> «Estos son españoles. Ahora puedo
> hablar encareciendo estos soldados
> y sin temor; pues sufren a pie quedo
> con un semblante, bien o mal pagados.
> Nunca la sombra vil vieron del miedo,
> y aunque soberbios son, son reportados.
> Todo lo sufren en cualquier asalto.
> Sólo no sufren que les hablen alto».
>
> *(El sitio de Breda).*

El individualismo, y el prurito de ser *primeros*, lo manifestaron casi todos: Cortés, Valdivia, Be-

lalcázar, Francisco de Las Casas, Hernando de Soto, Orellana... Enviados por un superior radicado en Indias, hacían luego lo imposible para independizarse de él y depender directamente del Rey con el fin, aclara Oviedo hablando de Belalcázar, de que «no se les llamen segundos sino primeros, e procurar para sí los mismos oficios en ofensa de sus superiores, y tener manera como se entiendan con el Rey e pierda las gracias quien los puso en tales capitanías». [1]

Fueron religiosos, sin ser sacristanes. La *religiosidad* ha quedado patente al referirnos a la Conquista Material y a la Espiritual. El conquistador cuidó siempre de hablarle al indígena de su religión. En Tabasco, segundo escenario de la gesta cortesiana, Hernán Cortés, indica Bernal, que «les mostró *a los indios* una imagen muy devota de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos y *les* declaró que en aquella Santa imagen reverenciamos, porque así está en el cielo y es madre de nuestro Señor Dios». Igualmente les aconsejó que no adoraran «aquellas malditas figuras o demonios» que tenían por ídolos. En el tenso encuentro que Pizarro tiene con

(1) Para Giménez Fernández el móvil de toda esta independencia, que él llama «pronunciamiento» en el caso Velázquez-Cortés, no es otro que el económico. Ligado el capitán a una autoridad indiana recibe menos tanto por ciento que dependiendo directamente del Rey. En el primer caso el botín se reparte entre tres, en el segundo entre dos más la tropa.

Vid. de Giménez Fernández: *Hernán Cortés y la Revolución Comunera en la Nueva España*. Sevilla, 1948.

Atahualpa en Cajamarca, el primer diálogo del Inca con los hispanos versó sobre religión. Correspondió al padre Valverde dirigirse al Cápac Inca y darle un breve boceto del Catolicismo. Lo que vino luego no hace al caso.

Entereza ante la adversidad y los sufrimientos hubieron de tenerla a toda presión para poder poner cima a su cometido. Sufrieron lo indecible, y se resignaron sin llegar a la desesperación ni al suicidio. De las antiguas páginas nos viene este sufrimiento ya debilitado por el tiempo: «estaban tan enfermos, que por no caminar con tanto trabajo se quedaban en las montañas, esperando la muerte, con grande miseria, escondidos por la espesura, porque no los llevasen los que iban sanos, si los viesen» (Cieza de León). ¡Se escondían para morir! No querían que la estampa de su agonía estorbase la marcha de los compañeros.

El *legalismo* es nota de todo español. Va desde Cortés que ante escribano público firma con Moctezuma el traspaso de soberanías, hasta los monarcas comprando a los descendientes de los reyes americanos el derecho sucesorio. Ya comprobamos cómo esta nota de legalismo quedaba manifiesta en el Requerimiento y toma de posesión.

La *temeridad* y *la audacia* no necesitan de citas ni de ejemplos. Ahí está toda la tremenda realidad telúrica de América como viviente testimonio.

La *honra o fama* les aguijoneó a todos. No

hablamos de la honra calderoniana, sino del honor como cualidad moral que impele al cumplimiento del deber, y de la honra como estima y respeto de la dignidad propia. Es decir, de la buena opinión y fama. Sin gloria la vida carece de sentido para este hombre ya enfermo de Renacimiento. Por ella se hace cualquier cosa. «Si tuviera patrimonio para vender y salir con esta empresa y servir a Su Majestad —escribe Valdivia a Hernando Pizarro— no solamente lo hiciera, pero empeñara la mujer para ello, pudiendo la honra quedar satisfecha».

Categoría social

Réstanos ver de que capa social procedía este hombre cuyas atribuciones psicológicas hemos delineado. El conquistador brotó de la clase del pueblo, del «común» como se decía entonces; y se escapó, sobre todo, del mapa de Extremadura, Andalucía y Castilla. Fué, por lo general, individuo joven.

La corriente social, detentadora de las anteriores notas, que nutrió a las huestes, estuvo formada por segundones, hijosdalgos, clase media entre los caballeros de alcurnia y los pecheros y menestrales. [1] Su número no fué excesivo. En

(1) Buen análisis de la sociología de la Conquista, en el libro de José Durand: *La transformación social del Conquistador.* México, 1953, 2 volúmenes Col. «México y lo mexicano». núms. 15-16. Igualmente son imprescindibles los trabajos de Richard Konetzke sobre el particular, publicados en «Revista Internacional de Sociología» y en «Revista de Indias».

los *Catálogos de Pasajeros a Indias* puede calcularse en unos 5.500 viajeros los que cruzaron el Atlántico entre 1500 y la fundación de Lima. Cifra mínima si reflexionamos lo que en 1535 ya se había hecho y si consideramos que en esos miles hay que descontar funcionarios, clérigos, niños y mujeres. Naturalmente que hubo un porcentaje de brazos embarcados ilegalmente, y que en 1500 ya habían muchos hombres en Indias, pero así y todo la desproporción es manifiesta. [1]

Partían bastantes de estos tipos en pos de aventura, mejora económica y ascenso social. Querían servir a Dios y al Rey. Pero en sus miras de mejoras hallaron el murallón del Estado que, aunque les dió riquezas y honores —que ellos ganaron—se mos-

---

(1) Los pasajeros a Indias han sido objeto de un Catálogo (1509-1559) en tres tomos, publicado bajo la dirección de Don Cristóbal Bermúdez Plata. Sevilla, 1940-6.

Encuéntranse tratados modernos que son provechosos en cuanto a relaciones y datos biográficos de los conquistadores. Vid.:

Icaza, Francisco A.: *Conquistadores y pobladores de Nueva España* Diccionario autobiográfico sacado de los textos originales por... Madrid, 1932. 2 tomos.

Rivas, Raimundo: *Los fundadores de Bogotá*. Bogotá, 1923.

Para el Perú tenía redactado el Sr. Salvador Romero Sotomayor un *Diccionario Biográfico de Descubridores, Conquistadores y Primeros Pobladores* que desapareció en el incendio de la Biblioteca Nacional de Lima.

Thayer Ojeda, Tomás: y J. Carlos Larraín: *Valdivia y sus compañeros*. Santiago de Chile, 1950. (Obra muy interesante donde podemos ver todo lo relativo a nombres, edades, patria, estado social, ideas políticas, familias, oficios, etc., de los hombres que acompañaron a Valdivia).

Thayer Ojeda, Tomás: *Los Conquistadores de Chile*. Santiago de Chile, 1908-10-13. 3 Vols.

Lafuenta Machain, R. de: *Los Conquistadores del Río de la Plata*. Buenos Aires, 1943.

tró parco en mercedes sociales,[1] atento quizá, y según Konetzke, a no formar una nobleza en Indias que hiciera peligrar sus intereses. Con todo, nació una aristocracia de conquistadores. A partir de los primeros momentos ya ellos mismos establecen una distinción —Inca Garcilaso— al referirse a «primeros conquistadores» y «segundos conquistadores». Sobre estos últimos, aquéllos tenían la ventaja de haber llegado antes, y haber recibido mejor botín y mejores encomiendas. Era una diferencia dispuesta por la cronología, los méritos bélicos y el poderío económico. Para unos y otros el hecho de ser *conquistador* era un timbre de gloria que lo elevaba en la escala social. Integraron una casta dueña de riquezas y detentadora de posiciones de gobierno de donde pronto fueron desalojados por lo menos en los altos cargos. De ser posible un neologismo denominaríamos a esta situación *belontarquía*, o gobierno de los conquistadores.

España procuró remitir al Nuevo Mundo una sociedad seleccionada. No ocultaremos que en un principio se remitieron malhechores a base de conmutarles las penas. Pero es que también en un principio no se sabía lo que se había encontrado y todo tenía un aire de peligro y de aventura. Además: eso de que en un principio se en-

---

(1) Vid. los pocos hábitos de órdenes militares concedidos a los conquistadores en Guillermo Lohmann Villena: *Los americanos en las órdenes nobiliarias (1529-1900)*. Madrid, 1947. 2 tomos.

viaron sólo malhechores, está por verse. Es algo que se repite mucho y que no se aclara. Se comienza por decir que en el primer viaje colombino embarcaron ya cuatro criminales. Veamos quienes fueron: Bartolomé Torres, Alonso Clavijo de Véjer, Juan de Moguer y Pedro Izquierdo de Lepe. El asesino era el primero, que en una riña hirió al pregonero de Palos, Juan Martín. A consecuencia de las heridas, murió el pregonero. Preso y condenado a muerte, fué libertado por sus tres amigos, los cuales incurrieron en la misma pena, ya que, según leyes castellanas, el que intentase impedir el cumplimiento de una sentencia era reo de la misma pena. Estos eran los desalmados del descubrimiento, que Colón enroló porque tenía facultades para embarcar «hasta cuatro condenados a muerte», ni más ni menos.

En el tercer viaje ordenó la Corona que todos los castigados «a destierro» debían serlo a la isla Hispaniola, reduciéndose la pena a la mitad de tiempo y a diez años si estaban sentenciados a destierro perpetuo. La medida venía determinada por el descrédito que, después del fracasado segundo viaje, cayó sobre la empresa indiana. Los sancionados que viajaron en la tercera expedición colombina no fueron tantos como para pensar que aquello era una armada pirática. Por lo demás, los reos de muerte fueron vedados a embarcar. [1]

(1) Los trabajos de Alice Gould, publicados en el «Boletín de la Real Academia de la Historia», arrojan mucha luz sobre este tema.

Cuando la geografía física y humana se fué dando a conocer, la Corona intervino decididamente. Primero, dando tijeretazos a las prerrogativas colombinas; luego, creando centros de gobierno; después, remitiendo gobernantes y escogiendo a los embarcados. La corriente migratoria fué desde entonces —1503— cotrolada por la Casa de la Contratación de Sevilla, verificandose una estatal selección a la que las penalidades del viaje, la dureza de las campañas, la acción de nuevos ambientes, etc., purgó aún más ocasionando una depuración biológica. Los fuertes y sanos podían pasar y actuar con eficacia. No eran enfermos, ni malhechores, los que se embarcaban en las sucias y estrechas bodegas de las carabelas. En 1502, con Nicolás de Ovando, refiere el testigo G. Fernández de Oviedo que navegaron: «Personas religiosas y caballeros e hidalgos, y hombres de honra, y tales cuales convenía para poblar tierras nuevas, y las cultivar santa y rectamente en lo espiritual y temporal».

Vargas Machuca aconsejaba que a las entradas no convenía llevar hombres gordos porque son un estorbo, ni bubosos, ni cobardes, ni inquietos,[1] ni hombres de menos de 15 años y más de 50, ya que los trabajos son ingentes. Gutiérrez de Santa Clara completa estas condiciones físicas con otras espirituales: «conviene que los soldados sean bien inclinados y vergonzosos, y bien repu-

(1) *Milicia y Descripción*... pp. 116-7.

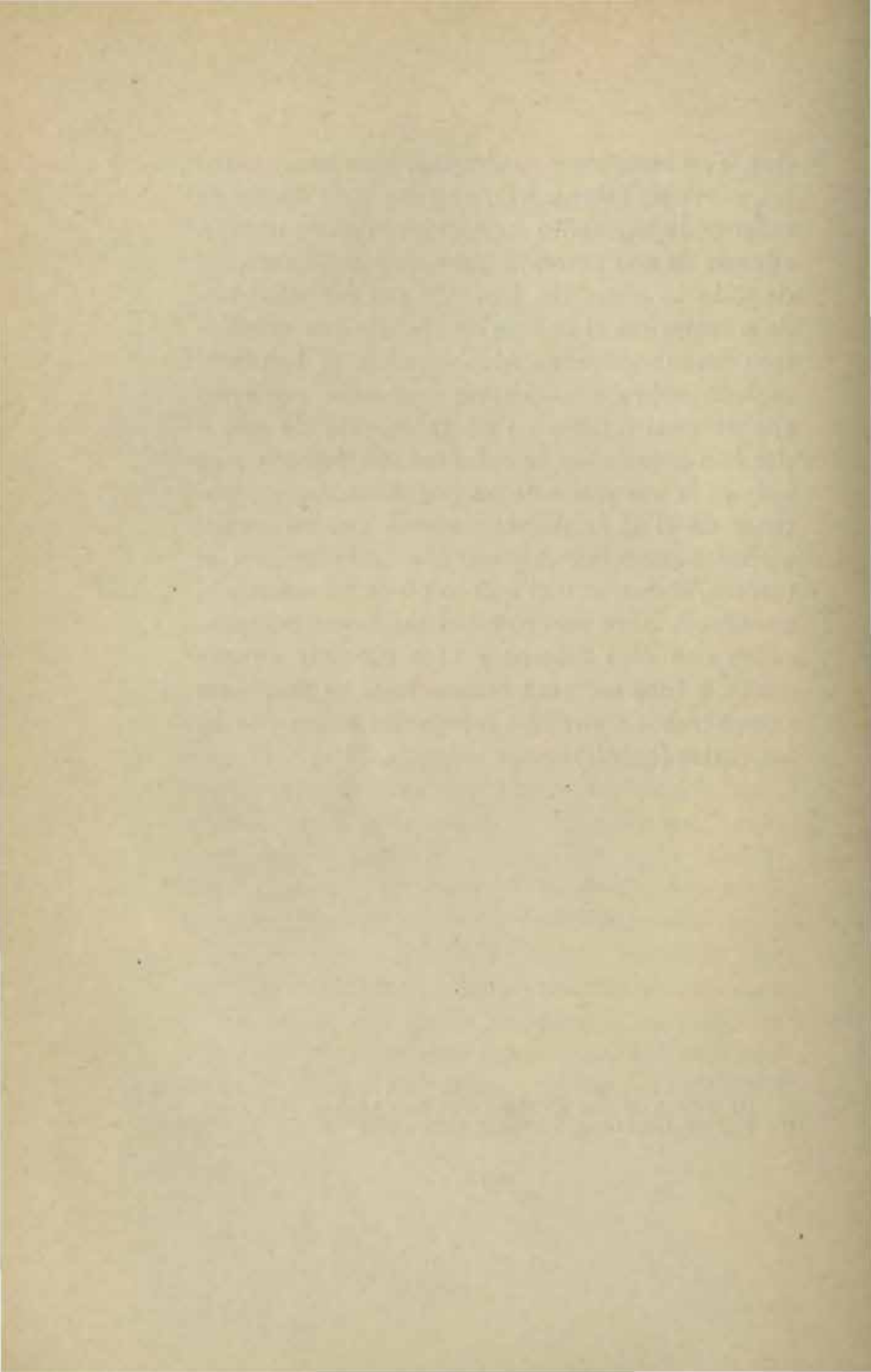
tados, y tengan los ojos vivos y no mortecinos...». Y ya vimos cómo para las *Leyes de Indias* el mílite indiano debía ser «gente limpia de toda raza de moro, judío, hereje o penitenciado por el Santo Oficio».

De ser meros bandoleros —codiciosos, violentos e imprudentes—, no hubieran recorrido lo que recorrieron, ni fundado lo que fundaron, ni plantado lo que plantaron, ni navegado lo que navegaron. Ni hubieran levantado fábricas y templos y, menos aún, hubieran llevado a sus mujeres e hijos para constituir una nueva patria. Muy pocos vieron su nombre anotado en los anales del crimen. Un López de Aguirre o un Carvajal, no permiten generalizar. El final resultado de su empeño fué obra de la tenacidad y el amor. No cejaron en su misión y amaron lo que ganaron con sufrimientos y con su sangre. Por eso resultaron conquistados con el tiempo, y por eso un inglés, favorito de una reina que se llamó Virgen, además de pirata, aventurero y soñador, pudo elogiarles justamente: «No puedo dejar de encomiar aquí la virtuosa paciencia de los españoles. Es muy difícil o imposible encontrar otro pueblo que haya soportado tantos reveses y miserias como los españoles en sus descubrimientos en las Indias. Sin embargo, persistiendo en sus empresas con invencible constancia, han anexado a su reino tantas y tan ricas provincias como para enterrar el recuerdo de todos los peligros pasa-

dos. Tempestades y naufragios, hambres, derrotas, motines, calor y frío, pestes y toda suerte de enfermedades, tanto conocidas como nuevas, además de una extrema pobreza y de la carencia de todo lo necesario, han sido sus enemigos tarde o temprano al tiempo de realizar sus nobilísimos descubrimientos. Muchos años se han acumulado sobre sus cabezas mientras recorrían apenas unas leguas; no obstante, más de uno o dos han consumido su esfuerzo, su fortuna y su vida en la búsqueda de un dorado reino, sin obtener de él al final más noticias que las que al empezar conocían. A pesar de todo lo cual el tercero, el cuarto o el quinto no se han descorazonado. A buen seguro están de sobra compensados con esos tesoros y esos paraísos de que gozan, y bien merecen conservarlos en paz, si no ponen trabas a virtudes semejantes en los demás, los cuales (quizás) nunca existirán». [1]

---

(1) Raleigh, Walter: *The History of the World*. Londres, 1786. 2 vols. Vol. II, p. 575. Apud. Irving A, Leonard: loc. cit. p. 23.



CAPITULO V

LA MILICIA INDIANA

Capitulaciones e Instrucciones

EN un principio —glosando al *Génesis*— fué la Bula *Inter Caétera.* Los Reyes, cimentando sus derechos en ella, concedieron licencias o cartas de merced para explorar, conquistar y poblar. Entre marinos, conquistadores, pobladores y la Corona, se firmaba una *Capitulación,* fórmula jurídica existente ya en el Derecho español. [1] El Estado por sí, o delegando en un orga-

(1) Conviene recordar la obra de Vargas Machuca ya citada: *Milicia y Descripción de las Indias.* Soldado de Italia y capitán de entradas en Indias, ha podido legarnos el mejor manual sobre la guerra de conquista. El lo redactó para que sirviese de norte al soldado y al gobernante, percatado de la falta que hacía y criticando a los cronistas haberse reducido a con-

nismo indiano, concedía dicha licencia. Tres tipos o clases podían darse: 1) Para descubrir; 2) Para conquistar, y 3) Para poblar. Los autores de los *Viajes menores* recibieron licencias reales o capitularon para explorar zonas imprecisas. Pizarro y los Welser capitularon la conquista de un concreto territorio. En Santo Domingo se llevaron a cabo fundaciones mediante capitulación. Fueron unos acuerdos directos, entre Rey y capitanes. Pero, como dijimos, podían hacerse las Capitulaciones entre capitán y organismo indiano delegado. Los Virreyes podían conceder *Provisiones* —algo semejante a las Capitulaciones— sólo cuando «fuere, y conviniere a la quietud, sosiego y pacificación de sus provincias, empleando en ellas la gente ociosa, que inquieta y altera el sosiego público, dándonos luego cuenta de ello». [1] Fueron corrientes estas provisiones, pues los virreyes descongestionaban sus tierras de revoltosos a la par que ampliaban su jurisdicción. El Gobernador Vaca de Castro enviando a Diego de Rojas al Tucumán, o el virrey Mendoza concediendo licencia a Coronado para marchar sobre Nuevo México, no hicieron sino utilizar esta facultad citada.

---

tar los hechos y las condiciones de las partes anexadas, pero no una guía militar que ayudase a los principiantes. Tomo I. Lib. I, p. 45.

Obra igualmente fundamental es la de Silvio Zavala ya citada: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América.* Caps. VIII-XVII.

Interesantes datos de historia interna los suministra el Inca Garcilaso en: *La Florida del Inca: historia del adelantado Hernando de Soto...* Madrid, 1772.

(1) *Recopilación* Lib. III, Tít. III, Ley XXVIII.

La Capitulación comprendía dos cuerpos: deberes del capitán y ventajas otorgadas, a cambio, por la Corona. Esta, por lo general, no perdía nada. El conquistador era siempre quien ponía la parte material, obligándose a reclutar la gente, armar y avituallar los navíos, fundar un determinado número de poblaciones, llevar animales y plantas, evangelizar..., etc. A cambio recibía facultad para hacer nombramientos, títulos, tierras, dispensas de pagar ciertos tributos, etc. Todo lo prometido por el Rey quedaba sujeto, en su realización, a lo que el conquistador hiciera; no siendo extraño que por parte del Estado se anulase la Capitulación y el capitán quedase arruinado y entrampado. [1]

---

(1) Ampliando el contenido de la nota 1, página 5, del Capítulo I, daremos a conocer en esta el lugar donde se encuentran Capitulaciones famosas. Todas, claro, en el Archivo de Indias; la Sección *Indiferente General* guarda unidas un buen porcentaje de las que se pueden hallar en las correspondientes regiones y secciones. Como un ejemplo nos circunscribiremos a los legajos 415 y 416. En el primero se guardan las capitulaciones de Simón de Alcazaba (Magallanes), Antonio de Mendoza (Río de la Plata), Rodrigo de Contreras (Nicaragua), S. de Belalcázar (Popayán), Diego de Artieta (Costa Rica), Alvaro de Mendaña (Mar del Sur), Pedro Maraver de Silva (Nueva Extremadura), Cabeza de Vaca, Orellana, Alvarado... etc. Y las curiosas del cura Juan Alvarez para explorar el volcán Masaya en Nicaragua y la de Antonio de Sepúlveda para dragar la Laguna de Guatavita.

En el mismo legajo encontramos las de: Yáñez Pinzón, Ojeda y Nicuesa, Ponce de León, Diego de Velázquez, Magallanes, Alvaro de Ayllón (Florida), Pedro de Heredia, Bastidas, Cortés (Mar del Sur), Pizarro (Tumbez), Montejo (Yucatán)... etc.

En el legajo 416 se conservan las de Ordás, Ortal, Luis de Carvajal (Nuevo León), Pedro Ponce de León (Nuevo México), Juan de Ibarra (Nueva Vizcaya), Orellana (Nueva Andalucía)... etc., etc.

El Capitán General de la tropa no podía actuar a su arbitrio en las operaciones de conquista, al menos legalmente. Aparte de las acotaciones ya impuestas en la Capitulación, el conquistador recibía unas *Instrucciones*, que debía cumplir. En ellas se disponía el sistema de navegación, el modo de hacer la guerra, la prohibición de blasfemar, amancebamiento y jugar, la obligación de hacer alardes y de evangelizar, el deber de tomar posesión jurídicamente, etc. De este modo se dotó a la Conquista de cierta valla de contención y de homogeneidad. La disciplina se pudo sostener al transformar al capitán de la tropa en representante del orden y justicia real. Muchos soldados quedaron colgando de un árbol por no cumplir algún precepto de las *Instrucciones*. Por robarle una manta a un indio ahorcó Jiménez de Quesada.

Las huestes

Concedida la licencia, el caudillo conquistador ponía manos a la obra de reclutar gentes. Aún no estaban dibujados los ejércitos nacionales y el sistema de operación era puramente medieval.[1] La Corona encauzó el reclutamiento

(1) El cuadro institucional medieval fué transportado al Nuevo Mundo donde se adaptó y trasformó. Nuevos problemas y casos exigieron nuevas creaciones. Compruébese la prolongación de la Edad Media en América en:

Sánchez Albornoz, Claudio: *La Edad Media y la Empresa de América*. La Plata, 1933.

de tropas hacia viveros metropolitanos para evitar la despoblación, pese a lo cual las huestes se integraron normalmente con tipos «que estaban hechos a los aires de la tierra» (veteranos). En oposición al individuo inexperto, recien llegado —*chapetón*—, que no estaba acostumbrado «a lo constelación de la tierra, ni a los mantenimientos de ella», se prefirió el *baqueano*, palabra derivada de *baquía* o especial resistencia del cuerpo para las enormes fatigas de las entradas y experiencia ya alcanzada en la lucha contra la indiada. No era fácil a veces el reclutamiento. Pedro de Valdivia, hablando sobre el particular, explica: «como esta tierra estaba tan mal infamada, como he dicho, pasé mucho trabajo en hacer la gente, que a ella truxe, y a toda la acaudillé a fuerza de brazos de soldados amigos que se quisieron venir en mi compañía.» En cambio, la expedición de Mendoza al Río de la Plata tuvo que cerrar el banderín de enganche. [1]

Weckman, Luis: *La Edad Media en la conquista de América.* «Filosofía y Letras». México, 23. enero-junio, 1952. Con el mismo título ha sido publicado en «Revista de Historia», núm. 18, abril-junio. São Paulo, 1954.

(1) El paso de esta hueste improvisada a la de encomendero armado y posterior ejército indiano organizado puede verse en el estudio de los autores chilenos Roberto Oñat y Carlos Roa titulado *Régimen legal del ejército en el Reino de Chile. Notas para su estudio.* Santiago de Chile, 1953.

Los conquistadores, una vez que recibían encomiendas, debían, a los cuatro meses, «tener y tengan caballo, lanza, espada, y las otras armas ofensivas y defensivas que el Gobernador de la tierra parecieren ser necesarias, según la calidad de los repartimientos y género de guerra, de forma que para cualquier ocasión estén apercibidos, pena de suspensión de los indios que tuvieren encomendados». *Recopilación.* Lib. VI. Tít. IX. Ley VIII.

Al son de cajas, pífanos y trompetas se anunciaba que el enrolamiento estaba abierto. Quedaban vedados de alistarse los moros, judíos, herejes, castigados por la Inquisición, mujeres solteras, negros ladinos, gitanos, etc. No era una norma llevada a rajatabla, ya que si recordamos algunas expediciones podremos observar excepción. Atraídos por el prestigio del capitán, [1] por la bulla armada en el alistamiento y por la fama de las tierras a conquistar, se presentaban los soldados. En general la hueste se formaba con amigos voluntarios. También participaron casi siempre algunos extranjeros.

Solo el conjunto blanco de la tropa era de por sí abigarrado. Examinando el ejército de Valdivia podríamos toparnos con dos alarifes, un hortelano, un albañil, cinco mineros, dos herreros, un portero, cinco escribanos, dos sastres... etc., ¡y un sacristán!

La ligazón entre el caudillo y los soldados, igual que entre aquél y el Rey, era la del *Pleito Homenaje*. La fórmula de tal pleitesía se verificaba metiendo el soldado sus manos entre las del capitán que se las apretaba con las suyas. El guerrero permanecía ya unido a su jefe, prometiendo seguirle y morir en su compañía de ser necesario. ¡Cómo nos parece llegar, brincando por encima de los siglos, la *Devotio Ibérica*!

---

(1) El Caudillo, según Vargas Machuca, debía de ser: buen cristiano, noble, rico, liberal, de buena edad, fuerte, diligente, prudente, afable, determinado. Loc. cit. Tomo I, p. 53.

Englobados en la hueste iban, no sólo soldados, sino médicos cirujanos [1] y marinos en caso de ser necesaria la navegación. Y, dos elementos importantísimos: los *capellanes* y los *Oficiales Reales*. La misión de los primeros ha quedado ya especificada; la de los segundos era la de control o fiscalización. A manera de agregados políticos figuraban los tres típicos representantes de la Hacienda Real: *Tesorero, Contador y Factor*. Ellos separaban para el Rey el quinto de todo el botín y daban su parecer en los hechos a verificar: patrocinaron el tormento de Cuauhtemoc y la muerte de Atahualpa, obligaron a retroceder a Irala en la gran entrada al Chaco...

Párrafo aparte merece el *Quinto Real*, o participación de la Corona en las ganancias de la empresa. Legalmente se basaba en el derecho de dominio que poseía el Estado sobre el suelo indiano y era como un reconocimiento del señorío que el Rey tenía sobre tierras y hombres que luchaban bajo su bandera para anexionar aquellas. [2] La separación del quinto real precedía al reparto del botín. Reunidos los soldados, cada cual recibía una parte directamente proporcional a sus méritos, armas y bestias que llevaban. De entrada, al Rey correspondía la persona del jefe indígena, sus

(1) Riquelme Salar, José: *Médicos, farmacéuticos y veterinarios en la conquista y colonización de América*. Madrid, 1950.

(2) Las *Partidas* establecen el quinto real y lo refieren no solo a la «ganancia que fiziessen quando el Rey venciesse batalla: más aún si lo ganassen em fazienda, o en lid, o en cavalgada...» (II, Ley V).

familias y sus riquezas. De ahí que el reparto del rescate de Atahualpa fuera ilegítimo porque, especifica Herrera, «siendo persona real era prisionero del Rey, y, por consiguiente, su rescate pertenecía al Rey también». Carlos I, en 1536, solventó este caso ordenando que al Rey sólo se le diese la sexta parte de las riquezas que poseyesen los reyezuelos indios. [1] Uno de los más importantes repartos fué el de Pizarro; allí el quinto real y los derechos del marcador y fundidor ascendieron a 264.859 pesos, quedando para la hueste 1.059,435 pesos de oro. [2]

Indios cargueros o *tamemes*, —sistema implantado por los indígenas al carecer de bestias de carga— e indios aliados como intérpretes o guerreros, completaban el ejército indiano al cual seguían unas recuas de cerdos y acémilas cargadas con armas, pan casabe, ropas, harina de maíz tostado para fabricar la conocida *mazamorra*, tocinos, quesos, ajos, sal, garbanzos, aceite, sebo, etc., y chucherías —espejos, campanillas, bonetes— para efectuar «rescates» o trueques.

Al hablar de las armas, nos referiremos más extensamente a caballos y perros. Alimentos no se llevaban, a veces, en suficiente abundancia. Cerdos, pan casabe y bizcocho fueron la base.

---

(1) *Recopilación* Lib. VIII, Tit. X, Ley III.

(2) El interesante reparto del Cuzco consta en un valiosísimo documento hallado por el historiador peruano Dr. Rafael Laredo, a quien se deben inapreciables aportaciones para el conocimiento de las crónicas sobre la conquista del Perú y trabajos relativos a los *Alardes* y *Derramas*.

Ignorándose cuánto duraría la expedición se iba condicionado a vivir sobre el terreno.

Junto y detrás del exiguo número de individuos blancos seguían centenares de aliados cobrizos. El indígena, no sólo como intérprete, sino como soldado, actuó fundamentalmente al lado de los españoles. Impulsado por antiguos odios, el indio se ligó al español para combatir a otras tribus y para hacer más sangrienta la conquista. Intérpretes tuvo Cortés: Melchor, Marina; también Pizarro: Felipillo. Y en el Río de la Plata su abundancia ha merecido una monografía. [1] El intérprete, llamado en las crónicas y documentos *faraute o lengua*, no sólo figuraba como traductor, sino como guía y consejero, descansando sobre ellos el éxito de grandes empresas o la suerte de importantes personajes indígenas.

Como soldados empleó Cortés a los indígenas (cempoaleces y tlaxcaltecas) quien, astutamente, fomentó sus diferencias y avivó sus odios. Descaradamente lo confiesa: «Vista la discordia y disconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho a mi propósito...» Las luchas habidas en el pueblo indígena favorecían los planes hispanos, quienes se inclinaban por uno de los bandos y lograban su

(1) Arnaud, Vicente Guillermo: *Los intérpretes en el descubrimiento, conquista y colonización del Río de la Plata.* Buenos Aires, 1950.

La *Recopilación* recoge la Ordenanza XV de 1573 donde se dispone el uso de intérpretes. Lib. IV, Tít. I, Ley IX.

alianza. Cortés se atrajo a la República de Tlaxcala, enemiga de México, llegando a contar con cien mil aliados. El conquistador, sin embargo, procuraba que para sus amigos indios las armas y caballos siguieran siendo un *tabú*, no dejando de comprender el peligro que su posesión podría acarrear en un caso de alzamiento.

Casi se nos olvidaba, pero la verdad es que lo hacíamos con intención. El mosaico de pigmentos étnicos es triple: blanco, amarillo... y negro. También el negro tuvo su papel en el reparto de la Conquista. ¡Y qué papel! El más negro. Iba de esclavo o de verdugo. Francisco y Gonzalo Pizarro tuvieron su negro de confianza; igualmente lo poseyó Carvajal «El Demonio de los Andes»... Un negro degolló al primer Virrey del Perú y otro a Sancho de la Hoz socio de Valdivia... En México, con Hernán Cortés, marcha uno de estos negrazos llamado nada menos que Juan Cortés y que actuaba de criado. Pánfilo de Narváez, Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, etc., se hicieron acompañar por hombres de color en sus expediciones. Estebanico o Esteban de Azamor compañero del andarín Alvar Núñez y del visionario fray Marcos de Niza fué, sin duda, el más célebre de los que aportaron su sangre colaborando en el quehacer de España. Su efecto sobre los indios fué tremendamente gracioso a veces. En ocasiones se empeñaron en lavarles la cara y quitar la pintura...

En cuanto al abono de haberes de la tropa y organización del ejército, todo corría a cargo de particulares. Pocas veces financió la Corona empresas. Y muchas veces, sin embargo, estaba más atenta a Inglaterra, a Flandes o a Italia, que a la dimensión de América. Modelo para esto: Pedro de Valdivia. Para hacer la conquista de Chile dice que «el Marqués Pizarro no me favoreció ni con un tan solo peso de la caja de Su Magestad y como a mi costa hice la gente e gastos que convino para la jornada, e adeudé por lo poco que hallé prestado de mas de lo cual presente yo tenía, en más de setenta mil castellanos». Las Indias crecían y crecían por el sudor particular, sin que el Rey se preocupase, quizá, sólo de gastar el oro que le llegaba. «Nosotros —y el plural nos aclara que se trata de Bernal—, sin saber Su Majestad cosa ninguna, le ganamos esta Nueva España, sirviendo a Dios, al Rey y a toda la Cristiandad». Allá en su infortunio y olvido, el viejo veterano era consciente de trabajar dentro de un gran suceso universal.

El Capitán, bien sólo, o bien asociado, aportaba el capital llegando hasta saldar deudas de los soldados con tal de que se alistasen. El soldado como paga recibía luego un tanto del botín, tierras e indios. Si era pudiente, el mílite debía colaborar con su equipo bélico y hasta llevar el caballo. No es raro hallar en las *Relaciones de servicios y méritos*, menciones de tantos y cuantos pesos gastados en hacer tal o cual entrada.

El factor sorpresa y el divino

El atuendo bélico de la mesnada hispana era de lo más diverso. Caballos, perros, arcabuces y falconetes constituyeron elementos de primer orden por su eficacia y por el factor sorpresa. [1] Los perros actuaron, sobre todo, en las Antillas; los caballos, en lugares llanos. No hay duda, sin embargo, que la primera arma española fué la sorpresa y la gravitación sobre el indio de determinadas leyendas: predicciones de Quetzalcóatl y Viracocha vaticinando el final de las culturas autóctonas. Moctezuma cree que Cortés es el propio Quetzalcóatl que retorna de Oriente. Los hombres blancos y barbados, que advenían en extrañas casas flotantes, no podían ser sino dioses. Así lo creyeron los antillanos. Para los aztecas y quechuas fueron, además, los hombres que, según sus leyendas, vendrían a dominarles. Para los del Nuevo Reino de Granada eran hijos del Sol. Con el tiempo comprobarán que no eran tales dioses: que dormían y comían, que se unían a sus mujeres, que se emborrachaban y, sobre todo, que se morían como cualquiera. En Puerto Rico comprobaron la mortalidad metiendo bajo el agua a un español... hasta que se ahogó; en Chile notaron su humanidad cuando le facilitaron

(1) En relación con este apartado son insustituíbles dos monografías. Una es la obra de Vargas Machuca, prolija en detalles sobre el particular. La otra es el bien cimentado libro de Alberto Mario Salas: *Las armas de la Conquista*. Buenos Aires, 1950.

unas indias jóvenes y vieron, luego, su embarazo... La jerarquía divina duró bien poco. Pero fuera de este factor extraterreno concedido por los indios, estaba el que los mismos españoles se otorgaron al creerse ayudados por la Divinidad. Si la conquista de América fué la prolongación de la Reconquista ¿Cómo no iba a inscribirse en ella el Apóstol Santiago? Hasta el trópico llegó el ganador de mil batallas y ayudó a los españoles a dominarlo. Subió con ellos a los Andes, y bajó a la pampa. Cruzó ríos y vadeó mares... Y, al final, decidió quedarse en las iglesias en un gesto muy bélico. [1] No se puede hablar de la hueste indiana sin mencionarle a él. Por unas quince veces cabalgó junto a los españoles y su nombre permaneció adherido a la piel de América en más de doscientos toponímicos. Santiago y la Virgen fueron siempre aliados de los españoles en la lucha contra la indiada. A Cortés tenía que ser al primero a quien se le apareció en Tabasco. En México, Perú, Nuevo México, Chile, Cartagena de Indias, Jamaica... Santiago galopa matando indios o ingleses. La primera aparición, dijimos, se verificó entre las tropas de Cortés cuando el ataque a Tabasco. Gómara así lo cuenta. Pero Bernal, dispuesto a negar al capellán, narra: «pudiera ser que lo que dice el Gómara fueran los gloriosos

---

(1) Vid. Valle, Rafael Heliodoro: *Santiago en América*. México. 1946.
Quien desee citas de cronistas y análisis del factor milagro en la Conquista, vea el libro citado de Alberto Mario Salas, pp. 107-125.

apóstoles señor Santiago o señor San Pedro, e yo como pecador no fuera digno de lo ver; lo que entonces ví y conocí fué a Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece que agora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según de la manera que allí pasamos; e ya que yo como indigno pecador no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados y Cortés y otros muchos caballeros...» Comprobamos que no es tan fácil de convencer al viejo soldado. El no vió a Santiago, ni a San Pedro, ganándoles la batalla. Lo que él vió y le consta son los cuatrocientos y pico de soldados hispanos que, aunque no lo diga, proporcionaron el triunfo... ¡Y a Francisco de Morla con un caballo que no era blanco!

Caballos y perros

Si Santiago estuvo o no, es cuestión de poca monta; pero lo que sí no cabe la menor duda que actuó, y decididamente, fué su compañero: el caballo, considerado por Fernández de Piedrahita como «los nervios de la guerra contra los naturales», y a los que Cortés valora y pondera en toda su extensión confesando: «no teníamos, despues de Dios, otra seguridad sino la de los caballos». Los primeros «equus caballus» pasaron en el segundo viaje colombino, y no valían nada. La cul-

pa la tuvieron los mozos de cuadra que, desde Granada, vinieron con ellos. En el momento de hacer Colón alarde o pasarles revista en Sevilla, mostraron veinte y cinco buenas bestias, pero luego los cambiaron por unos malos caballejos. Fué de picaresca la burla y engaño. El Primer Almirante al hallar en sus bodegas a los pencos sevillanos en lugar de los apuestos corceles granadinos, entonó una de sus tantas quejas y dijo: «Direis a sus Altezas cómo los escuderos de caballo que vinieron a Granada, en el alarde que ficieron en Sevilla mostraron buenos caballos e después al embarcar, yo no los ví porque estaba un poco doliente, e metiéronlo tales que el mejor dellos non parece que vale mil maravedises, porque vendieron los otros e compraron éstos».

El caballo español gozaba desde el siglo X de un justo renombre. Entendidos como Thomas Blundeville, el Marqués de Newcastle, el barón de Eisenberg o Robichón de la Guerinière, ensalzaron sus condiciones. Y aún bien entrado el XVII, en cualquier Corte europea se decía «parece español» para ponderar la calidad o belleza de un caballo. [1] Estos famosos animales que galopa-

(1) Cabrera, Angel: *Caballos de América*. Buenos Aires, 1945. Los capítulos III y IV recogen interesantes noticias, pareceres y bibliografía sobre el caballo en la historia de América.

Cunninghame Graham, R. B.: *Los caballos de la Conquista*. Buenos Aires, 1946.

Johnson, J. J.: *The introduction of the horse into the western hemisphere*. The Hispanic American Historical Review, 1943, XXIII, pp. 587-610.

La Rocque Tinker, Edward: *Los jinetes de las Américas y la literatura por ellos inspirada*. Buenos Aires, 1952.

ron por casi todas las calzadas de Europa, se transportaron a Indias como factor bélico o como mero semental padre de toda una generación acreditada. Los servicios que en la lucha prestaron fueron considerables; se les cuidaba con mimo y se les mataba con dolor cuando era necesario, bien porque estaban heridos o para servir de alimentos. El tudesco Federman, yendo de Coro a Bogotá, los alzaba con cuerdas por los precipicios. Si nacía un potrillo lo arropaban y metían en una hamaca que cargaban los hombres. El cruce de ríos lo hacían atando las canoas de dos en dos, de modo que los caballos llevasen los remos delanteros en una y los traseros en otra.

En un principio el indígena creyó que caballo y caballero formaban una sola pieza (Bernal, Estete, Herrera, Aguado); de ahí su estupor cuando lo veía descomponerse en dos. Cortés supo aprovechar con astucia la admiración y temor que causaban las bestias para el logro de sus objetivos. Oviedo, recogiendo esta sorpresa general escribe: «e assí como los jinetes dieron la delantera o primera batalla de los indios, los pusieron en huída, porque ovieron mucho espanto de tal novedad, e nunca avían visto esta manera de hombres a caballo pelear con ellos ni con otros». La importancia del caballo fué tal, que Bernal Díaz en su *Historia Verdadera* da la nómina de los dieciseis caballos y yeguas que participaron en la conquista de México; y el Inca Garcilaso no duda

en decir que su «tierra se ganó a la gineta» (montando a la usanza mora). Es decir, estribando corto, doblando las piernas hacia atrás, dando la sensación de estar casi arrodillado en el lomo del caballo. Debido a los estribos cortos era preciso erguirse y recostarse contra el arzón al galopar, pero con tal sistema se ensillaba más rápido y se vadeaba mejor los ríos.

Contra los caballos empleó el indio la trampa-hoyo, y la voleadora en el Río de la Plata. Después se hizo su amigo, lo dominó y utilizó tan eficazmente como el español. Caballos famosos de la Conquista fueron los de México, cuyo final recoge Bernal Díaz y los que arribaron posteriormente. Por cierto que el de Cortés murió pronto de las heridas recibidas en Tabasco, y a cambio le compró al médico Ortiz y García su *Arriero*, la mejor de todas las bestias embarcadas. En la segunda conquista de México monta uno muy bueno, castaño oscuro, que le llamaba *El Romo*. Cuando marcha a las Hibueras ya lleva otro, que ocasionó una curiosa historia. Resulta que al transitar cerca del lago del Petén se le hirió en un remo y, como Cortés pensaba retornar por el mismo sitio, lo dejó al cuidado del cacique de Tayasal, pueblo situado en una isla del lago donde hoy está la población guatemalteca de Flores. Sucedió que Cortés regresó a México por mar y su caballo quedó entre los indios hasta que murió. Pasado muchos años llegaron al Petén dos franciscanos

y cuál no sería su asombro al ver que los indios adoraban a un caballo de piedra bajo el nombre de *Tziunchán* o dios del trueno y del rayo. Puestos a indagar supieron que al morírseles el caballo de Cortés hicieron una réplica en piedra para conjurar la cólera de los dioses. El fanatismo por la imagen era tal, que los franciscanos tuvieron que huir después de destrozarla.

De Cortés se conocen más caballos; uno de ellos el *Motilla* y otro: *Cordobés*, último que montó y que hoy una lápida señala su tumba en un jardín desde donde se adivina Sevilla echada a orillas del Guadalquivir (Palacio de Castilleja de la Cuesta).

Más caballos notables: el *Villano*, el *Zainillo* y el *Salinillas*, cabalgados por Gonzalo Pizarro, sirviéndole el último para huir en la batalla de Guarinas; [1] el de Hernando de Soto —de los mejores jinetes de la Conquista—, utilizado para asustar a los acompañantes de Atahualpa; los que Hernando Pizarro herró de plata yendo de Cajamarca a Pachacámac..., etc., etc.

Su empleo lo condicionó el terreno. Iban defendidos con pecheras, testeras y costados de algodón o cuero y, frecuentemente, portaban petrales de cascabeles para asustar a la indiada y para alentar a los mismos caballos. Alcanzaron algunas de estas bestias precios fabulosos por su escasez —30.000 pesos el más caro—; pero cuando

(1) Se lo prestó el Capitán Garcilaso de la Vega.

procrearon en Indias descendieron muchísimo en su valor, pudiéndose comprar uno por ochenta pesos. [1]

El perro trotó junto al equino y, como éste, alcanzó la fama en algunos ejemplares: *Becerrillo, Leoncico, Amadis, Maboma*... En las batallas y persecuciones jugó un importante papel, maravillando su instinto para distinguir un indio guerrero de otro pacífico. La zona circuncaribeña de pueblos desnudos —Islas Antillanas, Veragua, Costa Rica, Santa Marta, Antioquía, Muzos, Cali— fué, fundamentalmente, el teatro de sus actuaciones, sin olvidar los centenares de perros con que Gonzalo Pizarro entró en la Amazonía y acabó comiéndoselos, y los que Francisco de Mendoza llevó al Tucumán, o los de Jiménez de Quesada. El dicho «llevar una vida aperreada» data de entonces; y en algunas crónicas se ve utilizada la piadosa cronología de «duró un credo» para denotar en qué tiempo un alano liquidaba a un indio.

Busquémosle al can un testimonio histórico. Vamos a desechar las historias, demasiados recurridas, de las Casas, Bernal, Oviedo y otros. Echemos mano de un cronista aún no citado: el Padre Cobo. Son las que siguen palabras suyas: «En las primeras conquistas se ayudaron *(los españoles)*

---

(1) Un resumen de la importancia del caballo y su aparición en las distintas zonas se logrará consultando de José Tudela: 9. *Economía*. Apud. *El Legado de España*... Tomo II, pp. 695-726.

mucho de los perros en las guerras que tuvieron con los indios; porque industriados, eran utilísimos, mayormente en tierras fragosas y de bosque, donde por ser los indios gente suelta no los podían seguir los españoles. Cobraron los indios tanto miedo a estos perros de ayuda, que en la batalla que sabían que venía algún perro desmayaban y se tenían por perdidos. Y los perros, con el artificio de la guerra y despedazar indios, se hacían bravos como tigres». Pero el enemigo temido se hizo amigo y guardián. El perro acabó obedeciendo al indio, siguiéndole fiel, arrebujándose en sueño vigilante dentro de los bohíos y ayudándole en las tareas del pastoreo.

Por delicadeza no lo incluímos en el epígrafe, pero el cerdo forma, con las otras dos bestias, la trilogía animal de la Conquista. El ganado porcino sirvió como elemento de conquista y de colonización, al contrario que la vaca utilizable sólo para la colonización. El cerdo podía formar parte de las expediciones bajo dos personalidades: como tocino o como tal cerdo que vivo y apreciado, marchaba en largas recuas a retaguardia. Su facilidad para multiplicarse, y los abundantes pastos que halló, hizo de él un factor importante y familiar prontamente transformado en cimarrón. Cortés a las Hibueras va escoltado por una teoría porcina que vagabundea con esa típica y molesta indiferencia del cerdo; también se hace seguir por ellos Gonzalo Pizarro al entrar a la

Canela, y Belalcazar... Venían estos cerdos, como la mayoría de los conquistadores, de las tierras extremeñas y ponían su nota puerca, gruñona, roja, negra y blanca en el solar indiano que le ofrecía el gustoso maiz.

Armas. Marchas. Guazavaras.

Con tantos inconvenientes, y con el sistema de reclutamiento seguido, fácil es suponer que la milicia indiana no portaba un atuendo guerrero uniforme. Era de lo más heterogéneo y colorido que imaginarse pueda. Al partir cada cual llevaba lo que podía y tenía. Ya en campaña se adaptaban a las circunstancias y las armas variaban según zonas. Veces hubo en que quedaron desnudos como ocurrió durante un año a los de Valdivia, o a los que, fracasados, retornaron del País de la Canela con Gonzalo Pizarro.

La artillería, las escopetas, mosquetes y arcabuces fueron decisivos en la Conquista. Para el indígena era algo diabólico, inexplicable. Los finales de la Reconquista habían consagrado el menester de estas armas que en América fueron escasas al principio. El indio sintió todo el pavor de lo infernal al oir el estruendo, ver las llamas, y no saber cómo le llegaba el proyectil mortal. Para ellos eran rayos que obedecían el mandato de los invasores. La lluvia y el vadeamiento de ríos y lagunas entorpeció su uso. Este valor limitado afectaba a un mínimo porcentaje, porque no se crea

que eran muchas las armas empleadas. Cortés en Otumba sólo alinea siete escopeteros, y Pizarro en Cajamarca dispuso de dos culebrinas más dos o tres arcabuces.

Ballestas, espadas, puñales, dagas y lanzapicas, completaban el cuadro de las armas ofensivas. Mientras que cotas, corazas, morriones, celadas, cascos, petos, coseletes, rodelas y otros elementos constituían el elenco de armas defensivas. Entre ellas hay una especial, que no hemos referido: el *escaupil*. No fué sino una especie de camisón o «capotillo vizcaíno» acolchado de lana, ancho y ahuecado, que amortiguaba los flechazos y servía de colchón para dormir. Los indios lo empleaban y bien pudieron los españoles tomarlo de ellos o, simplemente, generalizar para este fin el jubón acolchado que el caballero medieval se ponía bajo la armadura para evitar que ésta le lastimase.

Con el bagaje bélico mencionado es de imaginar cómo sería la marcha en el trópico o en la puna helada. Los sufrimientos fueron increíbles: dormían en los árboles; morían retorciéndose bajo el efecto venenoso del *curare*; se quedaban de pié helados como los primeros que fueron a Chile; se enterraban en la arena para dormir y evitar los insectos (Pizarro); atravesaban desnudos los ríos con las ropas en las tablachinas sobre la cabeza (Balboa); se comían a los perros (Pizarro y Alvarado) y hasta a sus propios compañeros (Mendoza); sufrían el *Soroche*, eran acribillados

por niguas, hormigas, mosquitos y toda clase de animalejos; morían de hambre y sed; caían despeñados a los abismos; perecían ahogados en los ríos; servían de víctimas propiciatorias; cruzaban ciénagas palúdicas y ríos llenos de reptiles... sin parar nunca. Sin desfallecer nunca. Atentos a la naturaleza hostil-traicionera y a la indiada silenciosa que les acechaba y seguía marcando su ruta con rápidas flechas o esperando coger a los rezagados y a los caídos en trampas. La vigilancia era continua, en marcha o en vivaqueo. No podían descuidarse ni un momento. Dormían vestidos, calzados y armados. Cuenta Valdivia al Emperador que él y su milicia andaban «como trasgos, y los indios nos llamaban *Cupais*, que así nombran a sus diablos, porque a todas horas que nos venían a buscar, porque saben venir de noche a pelear, nos hallaban despiertos, armados y, si era preciso, a caballo».

La jerarquía dentro de esta tropa heterogénea la determinaba la Corona en cuanto al jefe supremo, quien, a su vez, designaba a sus subordinados. Bajo el Capitán General estaba el Maestre de Campo, especie de Jefe de Estado Mayor, reemplazado cuando faltaba por el Sargento Mayor. Seguían los capitanes, alféreces y cabos de escuadras. Lo reducido de la tropa exoneraba de la totalidad de estos cargos. Los ejércitos eran pequeños, pequeñísimos. [1] Cualquier industria

(1) Cfr. Alberto Mario Salas: loc. cit., Tercera Parte, Cap. II: «La tropa hispánica». pp. 323-367.

moderna, muy modesta, tiene más operarios que los que Cortés o Pizarro emplearon para derribar a los más poderosos imperios americanos.

La orden de marcha del ejército venía determinada por el terreno. En la selva se imponía «la fila india» y el rastreo a cargo de los soldados llamados *adalides* que descubrían al indio emboscado en el ramaje por el olor que despedía su cuerpo embadurnado de bija y trementina. Cuadrillas de macheteros abrían sendas y dejaban señales que sirviesen de guías en las retiradas. Los españoles hacían lo imposible por luchar en descampado, donde sirviese la caballería; el indio, en cambio, lo atraía a lo escabroso y abrupto.

El combate, de presentarse, era desordenado, y la persecución de pequeño radio, para no perderse en la selva, en caso de que no se llevasen perros.

En la llanura helada o ardiente el orden de avance y ataque podía ser formal. La caballería abría y cerraba la marcha. Delante iba la bandera, ondeada en múltiples combinaciones; seguían: los armados de espada de hierro, los jinetes, los ballesteros, otra vez jinetes, escopeteros... Así, en una bellísima descripción, nos los presenta, al menos, Bernardino de Sahagún. Al ataque precedía

---

Pardo Riquelme, Antonio: *El ejército de Cortés*. Revista de Indias. Año IX, enero-junio, 1948. núms. 31-2. pp. 97-104. Breves páginas basadas en Bernal Díaz con datos sobre hombres, organización, armas, etc.

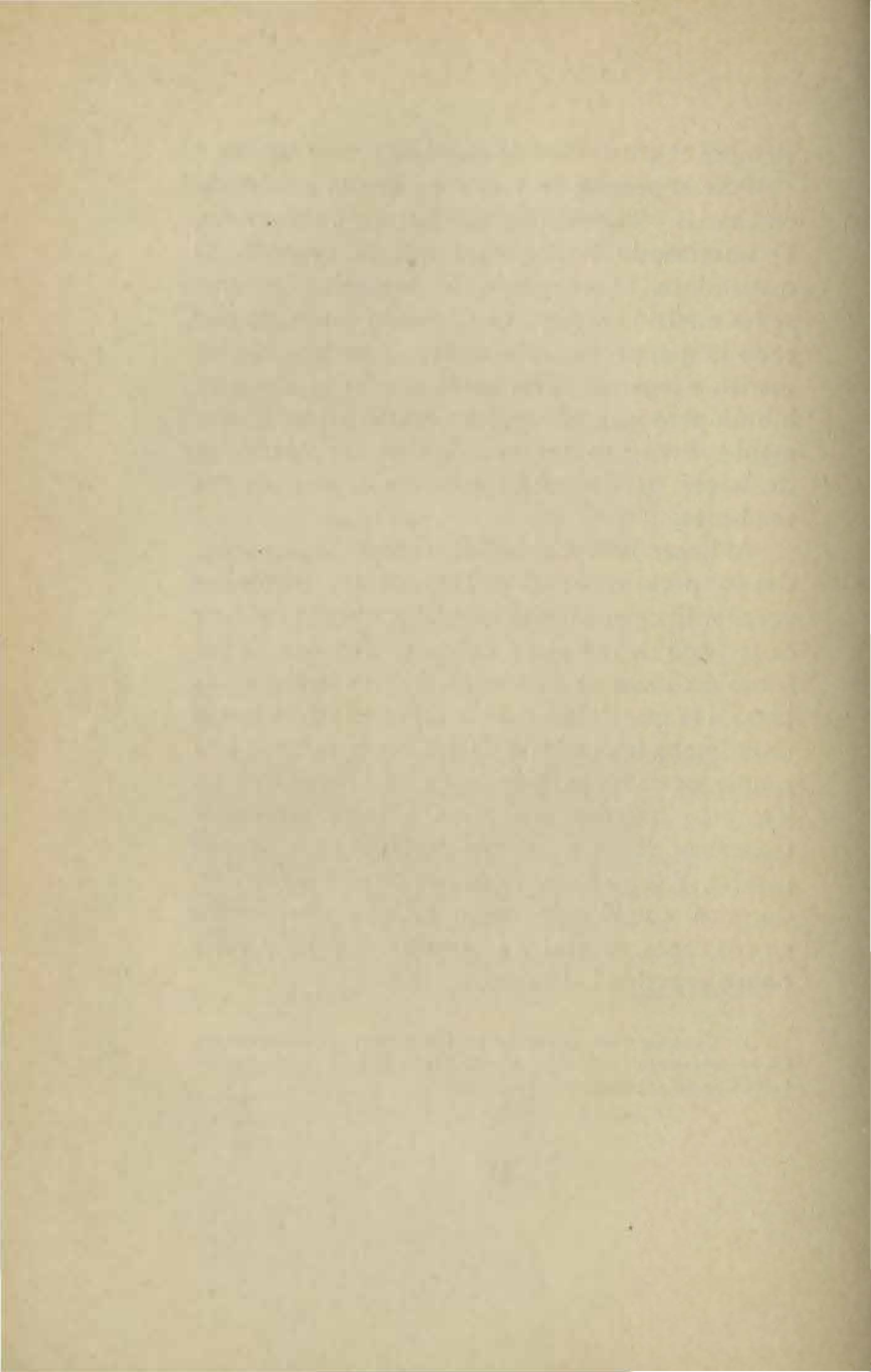
siempre el grito ritual de *¡Santiago! ¡Cierra España!* [1]

Pese al peligro, la tropa caminaba ensartada en charlas y discusiones: por botín o por mujeres. O imaginando las riquezas que le aguarda. O quejándose. O renegando del momento en que se les ocurrió alistarse. O sintiendo nostalgia por todo lo que permanecía atrás... Jurarían, blasfemarían y jugarían. Tres cosas que les estaba prohibido pero que ellos practicaban irremediablemente. Eran capaces —conquista de México— de hacer barajas utilizando los cueros de los tambores.

Al llegar la noche acampaban, o seguían andando para evitar el peligro de los indios en acecho. El campamento quedaba situado en lugar *ad hoc*, con leña y agua cercana. Tiendas de cáñamo o chozas de paja se alzaban en torno a una plaza a la que daban cuatro calles en cuyas bocas se montaba la centinela. Otras veces se hacía una simple empalizada *(palenques)* y se metían dentro. También bastaba una plaza a cuyo alrededor trenzaban ramas y bejucos de los que colgaban mantas. Y si no había toldos ni otros resguardos, dormían con el cielo como techo y arrebujados en sus capas, mantas y escaupiles. Rondas y velas daban seguridad al sueño.

---

(1) Con toda clase de detalles pueden hallarse las diferentes clases de encuentros posibles en Alberto Mario Salas: Loc. cit. Tercera Parte. Cap. III: «El entrevero», pp. 369-416.



CAPITULO VI

MUJERES Y MITOS EN LA CONQUISTA

Las mujeres blancas

SOLO una razón de estructura nos decide a unir mujeres y mitos. No lo hacemos porque el mito sea femenino, aunque sí caprichoso; ni porque la mujer sea un mito, aunque su papel tenga toda la belleza de éste. La *trascendencia* de la mujer en la Conquista, entendiendo por ésta algo más que las maniobras militares y batallas, es *significativo*. El amor de la mujer no falta en la epopeya. A través de ella se llegó al alma de América, y, mediante ella, se forjó la generación mestiza que representó la unión íntima de lo conquistado con lo conquistador. El mito también jugó su función, pues gracias a él se hizo geogra-

fía y se llevó hasta las playas, selvas, fuentes, montañas y ríos todo el encanto de la mitología clásica y toda la fuerza imaginativa del hombre mediterráneo y medieval. «Permitía Dios —dice el Padre Gumilla en su *El Orinoco Ilustrado*— que los españoles creyesen tan seriamente estas noticias para que se descubriesen más y más provincias, donde rayase la luz del Santo Evangelio, como por su bondad rayó, creció y llegó a claro y perfecto día, mediante la predicación de muchos varones apostólicos, que reputaron el oro por lodo a vista de la preciosidad de tan innumerables almas».

Dijimos que se prohibía la presencia de mujeres solteras dentro de las huestes, porque eran «causa de alboroto y muertes, como ya se ha visto muchas veces». [1] Igualmente en las Instrucciones se especificó la ausencia de amancebamiento y del escándalo público. Pero se dieron excepciones. Mujeres las hubo siempre, si no españolas, indias. Y figuraron como eso: como simple sexo contrario, como sirvientas, como aliadas-intérpretes, como amantes, como esposas, como soldados... y como todas estas cosas de una vez. [2]

(1) Vargas Machuca: loc. cit. I, p. 118.

(2) Tratando este tema hállanse varios artículos que hacemos constar:

Gaibrois de Ballesteros, Mercedes: *Presencia de la mujer en la conquista de América*. En «Voces de Hispanidad», pub. por la Asociación Cultural Hispano-Americana. Madrid, 1940.

Ortega Martínez, Ana María: *Mujeres españolas en la conquista de México*. México, 1945.

Sabat Peret, María M. G. de: *Presencia de la mujer española en la conquista chilena*. Rev. Nacional (Montevideo), diciembre, 1950.

Las primeras españolas embarcaron para las Indias en la tercera expedición colombina. Eran treinta las permitidas a ir, aunque no sabemos si marcharon en esa cantidad. Al poco, en 1509, arribó otro grupo con Doña María de Toledo, en su mayoría hijosdalgas, que casaron pronto ya que faltaban castellanas, «aunque algunos cristianos se casaban con indias principales». En la frase de Oviedo apunta el primer hecho del mestizaje en forma legal. Al empezar los desembarcos en el Continente, existía ya en las Antillas un núcleo de mujeres blancas dispuestas a entrar en el ciclo conquistador. Sus nombres sonarán más con la dilatación del marco anexionado; hasta el momento pocos son los nombres femeninos barajados: La Reina Isabel, la princesa doña Juana, Anacaona, Catalina Suárez «La Marcayda»... Al aumentar el escenario de acción, crece, igualmente, el número de personajes masculinos y femeninos. Y ya en México nos vamos a encontrar con egregias figuras del otro sexo.

La categoría real y su función en la empresa bélica o en la vida de los conquistadores, nos obliga a situar en este primer plantel a dos mujeres indias.

La mujer más famosa de la Conquista fué *Malintzi*, la amante de Hernán Cortés. El conquistador no fué muy explícito sobre ella y en la segunda de sus célebres *Cartas* la denomina una vez llamándole «mi lengua»; es decir, mi traduc-

tor o intérprete. India noble, la adquirió en el río Tabasco con otras más que repartió entre su tropa después de bautizarlas. «Se puso por nombre doña Marina aquella india e señora, que allí nos dieron y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos y bien se le parescía en su persona. Cortés las repartió la suya y a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dió a Alonso de Puertocarrero, que ya he dicho otra vez que era buen caballero, primo del conde de Medellín y, desque fué a Castilla el Puertocarrero, estuvo la doña Marina con Cortés e ovo allí un hijo, que se dijo don Martín Cortés» (Bernal).

Doña Luisa Xicontecalt, otra india notable de Tlaxcala, fué tomada por Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala y El Salvador, la cual fué su compañera de campaña y la madre de los únicos descendientes que tuvo. Pero fué su segunda esposa española, Beatriz de la Cueva, la que dejó fama con el atrayente apelativo de *La Sin Ventura*, y quien, muerto Alvarado, figuró como gobernadora y pereció en la erupción del volcán de Agua que destruyó la ciudad de Guatemala. (1541).

En la Conquista de Nueva Granada aparecen las dos primeras mujeres blancas hacia 1540, en la expedición de Jerónimo Lebrón. Juan de Castellanos y el P. Simón citan a Isabel Romero y su hija María, esposa la primera de un conquistador. Otros autores señalan más; y se sabe que con

Alonso Luis de Lugo entraron varias. En Venezuela la primera mujer blanca que se cita es Catalina de Miranda.

En el Perú se manifiesta en 1531 una mujer española: Juana Hernández. Llega en un navío de socorro, en vísperas de tocar en las playas del Tahuantinsuyo. El mal llamado sexo débil de la hueste pizarrista se engrosa cuando Hernando de Soto, en el pueblo de Caxas, ordenó abrir una de de las llamadas Casas del Sol y repartir el contenido entre su escuadrón de avanzada. El elemento femenino blanco reaparece en la esposa y dos niñitas hijas de uno de los hombres que llegaron con Pedro Alvarado. Perecieron de frío en el ascenso a Quito.

En Chile, y por encima de todas, está la extremeña Inés Suárez, amante de Valdivia. Mujer de gran carácter, fué un factor de primerísima línea en algunos momentos cruciales, actuando como un soldado más y tomando decisiones personales que salvaron críticas horas en el cerco de Santiago por la indiada (1541). [1] Va impregnada del mismo sino que las compañeras de Cortés, Pizarro y Alvarado; sus amantes casarán con otras o las casarán a ellas con capitanes y compañeros suyos. Más tarde, en 1555, arribó a Chile un grupo de veinte y seis españolas. Otro cerco y otra Inés, hay que citar en 1600. El sitio es el de Im-

---

(1) Burke, Stella May: *The Conqueror's Lady Inés Suárez.* New York, 1930. Vicuña, Alejandro: *Inés de Suárez.* Santiago de Chile, 1941.

perial; la mujer se llama Inés de Aguilera. La extensa guerra del Arauco que mereció a Chile ser llamado «Flandes Indiano», permite que la nómina de heroinas sea mayor en esta zona que en otras partes: Mencia de los Nidos, Inés de Bazán...

En la locura fluvial del Amazonas, tres mujeres navegan con Pedro de Ursúa: su amante la mestiza Inés de Atienza, y Elvira Aguirre acompañada de su ama. Esta es hija de Lope de Aguirre, el loco domador de potros, que la mataría por sus propias manos llegada su hora final. Inés de Atienza también sucumbe asesinada, pero antes de acabar el viaje.

En el Río de la Plata, con don Pedro de Mendoza, fueron varias mujeres. La misión pobladora y fundadora, más que de pura conquista, en la zona ríoplatense —para contener a los portugueses— queda manifiesta en este nutrido concurso femenido. Sin embargo, en el Río de la Plata el mestizaje, y su pecado de escándalo, tuvo más trascendencia que en otras partes. Una de las mujeres que fueron con Mendoza se llamó Isabel de Guevara, y cobra interés su figura por haber escrito una interesante carta a la princesa Doña Juana. Más tarde, cuando Asunción del Paraguay se convierte en el núcleo de expansión, se elabora dentro de sus empalizadas una intensa hibridación que le vale a la capital paraguaya la calificación de «Paraiso de Mahoma». A mediados del XVI, Doña Mencía Calderón, viuda del Adelan-

tado Juan de Sanabria, llegó con un cargamento de mujeres blancas destinadas a paliar el connubio dado en Asunción. Semejantes expediciones figuraron antes y después en otras áreas continentales: con Pedrarias a Castilla del Oro; con Jorge Robledo y Fernández de Lugo, al Nuevo Reino; con Pedro de Alvarado a Centro América; con García Hurtado de Mendoza, a Chile, etc.

Rumbo a Oriente, para que tampoco faltara en la llanura salada del Pacífico, se perfiló una mujer: la gallega Isabel Barreto, viuda del nauta Alvaro de Mendaña, Adelantada de la Mar del Sur, que supo dirigir los barcos huérfanos de jefe.

Cuando la hueste avanza, el recuerdo de las mujeres blancas que han quedado atrás se deja sentir en el ánimo y en el cuerpo de los guerreros. Echan manos de las indias, a las cuales muchas veces bautizan con apodos que hacen referencia a otras mujeres blancas. «La Cardeñosa» llamaron los de Nueva Granada a una india no mal parecida que apresaron, por lo que se parecía a una dama de Santa Marta. Soldados hubo de gran fidelidad, como Francisco Vázquez de Coronado, buscador de las Siete Ciudades de Cíbola, que se hizo el loco para regresar a México donde estaba su mujer.

Las mujeres indias

Dado que la blanca estuvo en minoría, correspondió a la india actuar con más frecuencia e im-

portancia, ya como traductoras, sirvientas, soldados, concubinas... Gustaron al español los tipos femeninos de diversos territorios. Personajes tan serios como Colón, Las Casas, Pedro Mártir, Vespucio, Padre Aguado, etc., pusieron su pluma al servicio de descripciones donde la mujer india aparece favorecida.

A Cortés le ofrecen mujeres en Tabasco, en Cempoala, en Tlaxcala, en Xicotenga, en México... Son las mujeres de la Conquista de México por excelencia —con Marina— ya que españolas entraron sólo ocho, y cuatro con Pánfilo de Narváez. [1]

En la conquista de Nueva Granada las relaciones blanco-indias fueron como en otros sitios. Juan de Castellanos, el socarrón beneficiado de Tunja, parece solazarse contándonos cómo eran las indias que en Capacúa recibieron los hispanos:

«No vírgenes vestales, sino dueñas,
Ansimismo ningunas conyugadas,
Pero Solteras todas y risueñas».

Los españoles, sin embargo, y para que se viera que no siempre aceptaban el regalo viviente de las hermosas, rechazaron, más de una vez, a las mujeres que se les ofrecían porque

---

(1) Consúltense para este apartado todos los trabajos sociológicos del investigador alemán Richard Konetzke.

Más concretamente véase del colombiano José Pérez de Barrada: *Los mestizos de América*. Madrid, 1948. Cap. VI, pp. 91-124.

«... los españoles eran:
Hombrazos de valor y de prudencia
y que sabían de mienester era
vivir con vigilancia y advertencia,
No queriendo por bajas aficiones
cobrar con indias malas opiniones».

Indias de Santa Marta marcharon con Jiménez de Quesada río Magdalena arriba, buscando la sabana de Cundinamarca. En la conquista de los indios Muiscas, ayudaron un tanto por ciento considerable las indias como intérpretes, como confidentes de los manejos enemigos o como soldados. Con Belalcázar, que viene de Quito al encuentro inesperado de Quesada, figuran muchas indias pues cada soldado «traía ciento y cincuenta piezas de servicios entre machos y hembras amorosas, las cuales regalaban a sus amos en cama y en otros ministerios».

En el Perú abundó la presencia de la mujer india en el proceso de mestizaje. Sus frutos fueron numerosos y la primera generación híbrida pesó ya social y culturalmente. La compañera de Cortés, Marina, y la de Pedro de Alvarado, Luisa, han merecido que las citemos junto o entre las mujeres blancas de la Conquista. También esta que vamos a nombrar ahora, Inés Huaylas Ñusta, es digna de ser compañera de aquellas. Su destino fué como el de las otras: silencioso, humilde, de esposa y sierva. ¿Quién era? Fué la compañera

del viejo Pizarro. Como las demás mujeres indígenas, su caminar por entre las páginas de los documentos y crónicas es tan leve que apenas se les oye. Quiero decir, que apenas se sabe algo de ellas. Parece como si su papel en la gesta conquistadora fuera vergonzoso o clandestino. Mas, no lo fué. Doña Inés Huaylas era hermana de Huascar; hija, pues, de Huaina Cápac y de una *colla*. *Quispezira*, fué el verdadero nombre de esta amante de Pizarro. Vivía en el Cuzco cuando llegaron los viracochas blancos. Por orden de Atahualpa fué traída de Cajamarca, donde el emperador se la entregó a Pizarro diciéndole, según el Veedor Salcedo, «Cata ay mi hermana, hija de mi padre, que la quiero mucho». La indiecita pasó a formar parte de la casa del Gobernador como sierva, pero despaciosamente se entró en el corazón del veterano capitán. Pizarro se fijó en ella. La amó. La llamó, cariñosamente, *La Pizpita*, recordando el pájaro femenino, inquieto, vivo y bello de su tierra extremeña. Y *Pizpita* le dió dos hijos y se elevó dentro de la sociedad conquistadora pues el Marqués, aparte de casarse a la manera indígena con ella, la sentó una vez a la mesa al tiempo que les decía a sus compañeros: «Veis aquí a mi mujer. E la tenía —asegura Blas de Atienza—, en su presencia en la mesa cuando estaba comiendo e este testigo preguntó al dicho Marqués quién era aquella niña, el cual respondió que era hija de Huaynaba y hermana

del dicho Atabalipa». *La Pizpita* fué con Pizarro de Cajamarca al Cuzco y del Cuzco a Jauja. Aquí dió a luz a la primera mestiza peruana noble, cuando Pizarro buscaba sitio para fundar Lima. Más tarde, en esta ciudad, le dió un hijo: Gonzalo, heredero de la Gobernación de Nueva Castilla. Pero Doña Inés, a quien Francisco Pizarro llamó así en recuerdo de la hermana que más quería, tuvo un destino como el de Doña Marina. Después de la sublevación de Manco su papel se difumina; luego, Pizarro, la casa con un paje suyo. El transcurrir de la primera amante se hace más oscuro y triste. Sus hijos pasan a otras manos. Y a ella misma no le será dado estar entre el grupo femenino que lloró la muerte trágica del Marqués. Formaron este círculo: Doña Inés Muñoz, María de Escobar, las Cermeñas, Isabel Rodríguez «La Conquistadora», y la mujer de Barbarán. Doña Inés estuvo ausente del llanto, aunque lloraría a solas la caída de su antiguo dueño y señor.

Un capitán noble de Pizarro, Garcilaso de la Vega, contó con su amante también noble: Isabel Chimpo Ocllo. De tal binomio surgió el más importante de los mestizos, el arquetipo, Garcilaso Inca, autor de *Los Comentarios Reales.* Y el destino se sucede: el capitán Garcilaso casó a su real manceba con un escudero para poder seguir conservando su encomienda.

Chile presentó muy de frente todo el valor

de su razón; y también el amor de sus mujeres autóctonas. Dos cacicas, Doña Elvira de Talagante y Doña Mariana de Chacabuco, se asoman levemente en los folios de los archivos para decirnos que casaron con el conquistador alemán Bartolomé Blumen y con Francisco Martínez de Vergara y Ahumada... un sobrino de Santa Teresa. Calladamente todas estas mujeres indígenas se habían entregado a su nuevo destino, como símbolo de su raza y ejemplo maravilloso de lo que fué el mestizaje.

La trascendencia de este cruce racial lo analizamos más extensamente al considerar el choque de razas. En este apartado únicamente intentamos dar algunas noticias relativas a la mujer blanca y a la india como elemento coautor de la Conquista. Con los ejemplos consignados queda patente que la representación blanca femenina fué escasa y, generalmente, eran esposas de conquistadores. La india suplió la falta de éstas y actuó como elemento positivo en todas las tareas desde México al Paraguay. Fué en este país donde la hibridación alcanzó el máximo potencial ocasionando no sólo el escándalo, sino una generación mestiza que recibió el calificativo de «mancebos de la tierra». [1] Generación de enorme

(1) Con fecha 18 de febrero de 1545, escribía al Rey el capellán Francisco González Paniagua: «acá tienen algunos a setentas (mujeres); syno es algún pobre no ay quien baje de cinco e de seys; la mayor parte de quinze y veynte, de treynta e quarenta...» Apud. Enrique de Gandía: *Indios y Conquistadores en el Paraguay*. Buenos Aires, 1932, p. 21. Los capítulos II y VII, un tanto decamerónicos, son bastante explícitos al respecto.

importancia en la etapa final de las fundaciones rioplatenses. (Hernandarias, Ruy Díaz de Guzmán).

Juvenilia, Dorados, Amazonas...

Casi podemos decir que, antes de esta distracción impuesta por la mujer, teníamos a la hueste en pie de guerra, lista para partir. Ya enunciamos qué móviles le impele: materiales y espirituales. Entre los primeros hay una serie de ellos que por su belleza han sido denominados los mitos de la Conquista. [1] El hombre hispano de fuerte imaginación no podía sustraerse al influjo de ésta y así creó en Indias una serie de ilusiones quiméricas o fantasmales tras las cuales partieron muchas expediciones logrando al final como saldo el hacer geografía. Otros de los mitos impulsadores no los creó o halló allí, sino que los importó de la Europa medieval y antigua.

Imaginación meridional —andaluza o extremeña— unido al concepto caballeresco, mítico, de la vida, contribuyó a que la conquista de las Indias fuera una enorme —la penúltima— novela de Caballerías. Gracias a la ilusión llevaron a cabo

---

(1) Gandía, Enrique de: *Historia crítica de los mitos de la conquista americana.* Madrid, 1929. En las extensas notas de este tratado tendrá el lector toda la información bibliográfica que desee sobre los mitos en la Conquista. Una advertencia: la tesis, errónea, de este libro es: «La historia de América es la historia de sus mitos; y la fiebre del oro, el único móvil de todas las empresas y de todos los descubrimientos». Cap. VII, p. 104

Véase también: Fernández de Castillejo, Federico: *La ilusión de la conquista. Génesis de los mitos y leyendas americanas.* Buenos Aires, 1945.

la descomunal tarea de recorrer en medio siglo un adverso continente, como si tuvieran botas de siete leguas.

A la fantasía del conquistador no le significó mucho esfuerzo ver, tras el torpe relato de un indio, el escondrijo de un tentador mito, o la existencia de una fábula. Para empezar llegan a las medievales «*Antillas*». Gigantes y pigmeos creyeron ver en algunos habitantes del recién estrenado *habitat*. Grandes eran algunos indios, y aún mayores los huesos de animales prehistóricos que, alegremente, supusieron restos humanos. Deformes o pequeñas eran ciertas razas, y otras miserables que se amputaban los dedos a medida que morían los miembros de la familia.

De las Antillas, y buscando la *Fons Juventutis*, fueron a la Florida. El mito de la eterna juventud procedía del mundo clásico, y en América se hermanó con la creencia indígena de un *árbol de la vida*, que transmitía su poder regenerador a los ríos en cuyas orillas crecían. Buscando este río partieron los indios y detrás los españoles. ¿Qué hallaron?: La Florida, el Mississipí. [1].

Ya situados en México pretendieron ver *Cibola* o *Tzibola*, región de las Siete Ciudades, donde hoy está Kansas City. Una medieval leyenda portuguesa cuenta que, huyendo de la invasión ára-

(1) Olschki, Leonardo: *Ponce de Leon's fountain of youth. History of a geographical myth.* «Hispanic American Historical Review». 1941, XXI, 361-385.

be, siete obispos lusitanos allegaron a la Antilla donde cada uno alzó un pueblo. A raíz de la relación del fraile Marcos de Niza, los españoles se proyectaron sobre Nuevo México en busca de la Cibola que el clérigo afirmó haber visto.

Tampoco les fué estorbo acordarse de las *Sergas de Esplandian* y de la isla de la reina Califia cuando llega la hora de bautizar a California.

En Suramérica los mitos se multiplican. Años y años se suceden, mientras hombres y más hombres persiguen a *Eldorado*. [1] Tan pronto es un hombre, como una ciudad (*Manoa*), como una laguna (*Parima*), como una región (*Omagua*). El indio, por quitarse de encima al intruso no tiene inconveniente en mentir y en extender su brazo señalando falsas direcciones. Oviedo, que se ha burlado de tantas cosas indianas, confiesa: «Yo me río algunas veces y me maravillo mucho más, de cómo se satisfacen estos nuestros capitanes e sus mílites de las simples y desvariadas e vanas informaciones que han de los indios, seyendo la gente del mundo más mentirosa e más habituada a no decir verdad. E los pecadores cristianos, cegados de su codicia, creen cuanto les dicen e prometen

---

(1) Bandelier, A. F.: *The gilded Man*. New York, 1897.
Bayo, Ciro: *Los Caballeros del Dorado*. Madrid.
Bayle, Constantino: *El Dorado fantasma*. Madrid, 1930.
Fernández Torres, Manuel: *El mito del oro en la Conquista de América*. Valladolid, 1933.
Posada, Eduardo: *El Dorado*. Liege, 1925.
Zahm, J. A.: *The Quest of El Dorado*. New York-London, 1917.

que hallarán adelante, por echarlos de la tierra e enviarlos adonde los maten e se pierdan...»

Españoles —Quesada, Ordás, Berrio, Belalcázar, G. Pizarro— y extranjeros —Raleigh, Hutten, Spira—, se consumen buscando al Príncipe Dorado. La fiebre áurea que, como estigma, se le ha adjudicado al conquistador, queda personificada en la búsqueda de este personaje cuya existencia se apoya en una realidad telúrica: la ceremonia anual de los chibchas haciendo ricas ofrendas en la laguna de Guatavitá. En su fondo, y en un palacio, se suponía que moraba una cacica adúltera y sus hijas, ahogada voluntariamente a causa del castigo que su marido le impuso al saber su falta. Arrepentido el cacique, e impulsado por los sacerdotes, ofrecía anualmente desde una balsa ofrendas a la laguna. Iba desnudo, untado de grasa, y espolvoreado de oro, disfrazado, en una palabra, de *«hombre de oro»*.

A él fué a quien buscaron sin hallarlo nunca; pero indagando recorrieron las Guayanas, el Orinoco, los llanos venezolanos, la sabana bogotana... Atrás quedaban las *«Antilias»* y los *«Calibes»*, luego Caribes, indios antropófagos en quienes los españoles creyeron ver a los pobres *«Calibes»* asiáticos, a los cuales, por confusión con sus vecinos los escitas, la antigüedad tachó de belicosos y antropófagos.

También quedaba atrás *Cibola* y *Juvenilia*.

Pero en Suramérica, aparte de *Eldorado*, se

dieron otros mitos: *Amazonas, Casas del Sol, César Blanco, Sierra de la Plata, Gran Paitití...*

La bella leyenda de las *Amazonas* fué importada, como otras, del mundo clásico y, quizá, los Libros de Caballerías revivieron el mito (*Sergas de Esplandian*). [1] No tenía base autóctona, por eso se ubicó primero en las Antillas y lúego en la cuenca del río Amazonas. Mujeres guerreras existieron en Indias, aunque no eran las amazonas del Termodonte. Los hombres de Francisco de Orellana, primeros en recorrer el gran río amazónico, y el P. Carvajal, relator de la navegación, creyeron ver en sus márgenes a indias combatientes, identificadas con aquellas mujeres que vivían en república y sólo tenían relaciones con hombres una vez al año guardando para sí el fruto femenino de dichas relaciones. En realidad, el mito fué el resol de las casas incaicas donde se guardaban a las *Vírgenes del Sol.* Y al fraile Carvajal, que aseguró verlas, quizá le funcionaba mal el único ojo que tenía, porque el otro se lo eliminaron los indios de un flechazo.

Allí, en el Tahuantinsuyo peruano, radicó el gran manantial de ilusiones. A este citado de las *Amazonas* hay que añadir los otros. Como un reflejo de la riqueza incaica surgieron las ilusiones de la *Tierra Rica,* del *César blanco* de la *Sie-*

(1) Carbia, Rómulo D.: *El mito de las Amazonas en América.* Una «Historia crítica» lamentables y muchos plagios pintorescos. NOS, 1933, LXXIX, 171-184. Innecesario aclarar a quien se refiere.

rra de la Plata, del *País de Mojos*, del de los *Caracaraes* y del *Gran Paititi*, que no era nada más que el espejismo del Inca y del Tahuantinsuyo. *La Sierra de La Plata* fué el cerro del Potosí, el de Porco... La leyenda se originó así: unos náufragos de la expedición de Solís, esparcieron noticias relativas a fabulosas riquezas en metales existentes en las llanuras del río que por ello se llamó Río de la Plata. Después de Solís todos buscaron el reino fabuloso y, persiguiéndolo, rindieron viaje en Bolivia y se unieron a los que venían del Perú. [1]

Más al Sur, en tierras australes, situaron la ciudad vagabunda de los *Césares*, ciudad errante y no hallada que nació al reflejo de la riqueza peruana por obra de la imaginación de algunos náufragos, y por derivación del mito sobre el *César blanco*. El origen de esta última leyenda hay que buscarlo en el nombre de Francisco *César*, miembro de la expedición de Caboto, que llega hasta los Andes y trae noticias de las deslumbrantes riquezas del Cuzco y del Inca. [2]

Después de todo, esto es lo más bello en la conquista indiana. Movidos muchas veces por la ilusión hicieron un nuevo mundo, trasunto de su patria.

Dan ganas, a veces, de robarle unas frases a

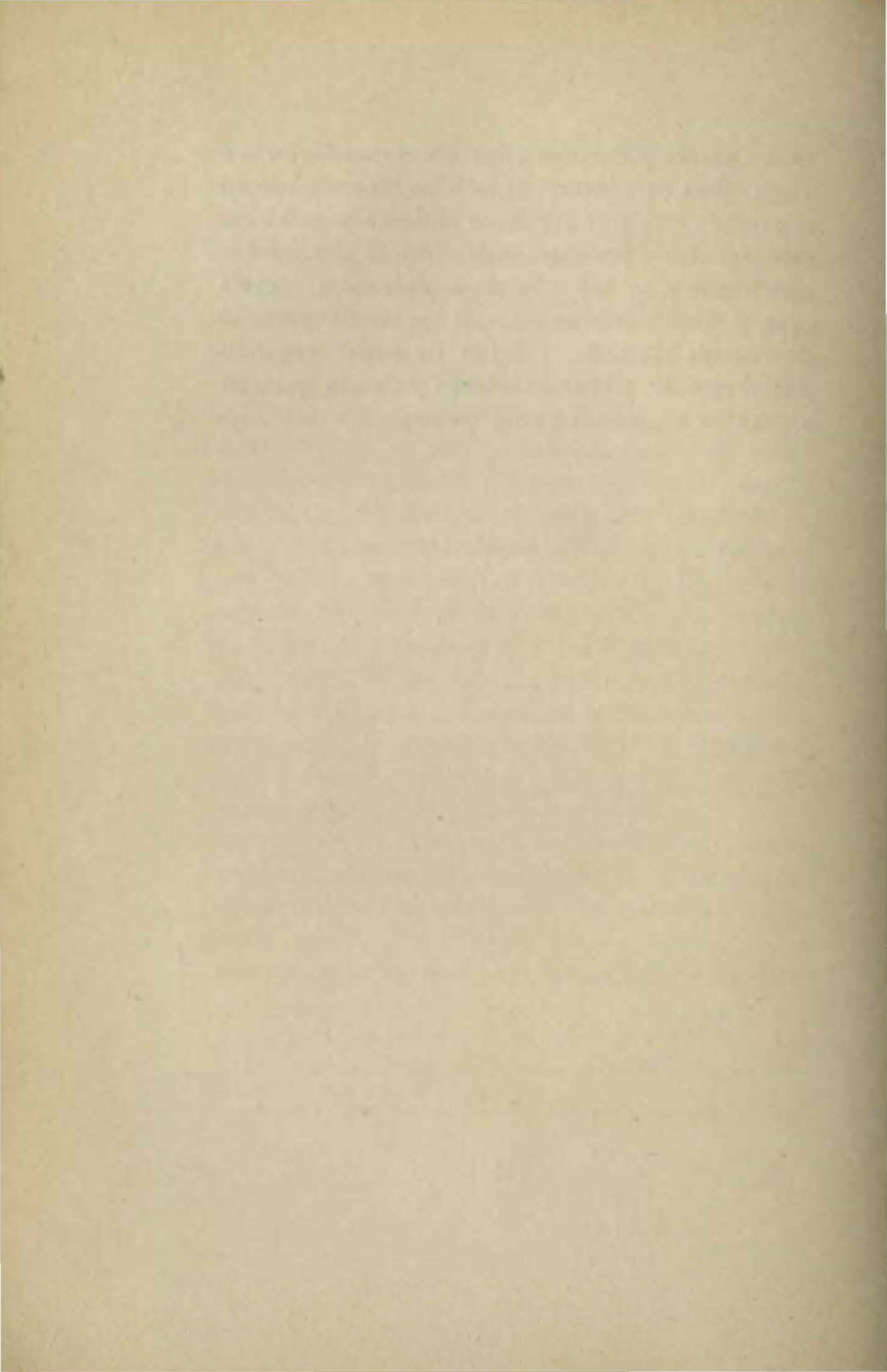
---

(1) Domínguez, Manuel: *La Sierra de la Plata*. Asunción, 1904.

(2) Lachtman, Ricardo E.: *La leyenda de los Césares*. Santiago de Chile, 1929.

Morales, Ernesto: *La ciudad encantada de la Patagonia*. Buenos Aires, 1944.

Don Quijote y decirles a los conquistadores: «Y a vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que venceis gigantes y prendeis malandrines? Andad enhorabuena y en tal se os diga: volveos a vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, popando viento y dando que reir a cuantos os conocen y no os conocen».



CAPITULO VII

ESTRATEGIA DE LA PENETRACION

Una geografía imposible

LA entrada en América se hizo por las Islas Canarias. El Archipiélago atlántico africano fué el trampolín colombino y estación forzosa de toda nao en ruta a Indias. Pero no es su enclave geográfico el que le alza al rango de primera etapa de la Conquista, no; es su propia anexión, donde el europeo ensayará métodos y sistemas que luego remite al Nuevo Mundo. [1] De la geografía física, humana y política canaria, los navíos reanudaron la navegación y los hombres las con-

(1) *La Conquista de Canarias y América. Estudio Comparativo.* Apud. *Estudios Indianos.* México, 1948. pp. 1-94. Anteriormente Bernardino de Sahagún y Antonio de Herrera hicieron idéntica apreciación.

quistas, hasta tropezar con algo que llegó más pronto de lo esperado.

Puede afirmarse que el conquistador en América se movió en todas las geografías posibles. Desde el trópico verde y ardiente, a las tierras australes frías y blancas; desde los desiertos a la manigua; desde los litorales lluviosos y pantanosos, a las alturas nevadas y azotadas por el viento. Considerando las formas y dimensiones de las zonas sometidas, el carácter de los mares que las bañaban, el relieve de las montañas que las accidentaban, la dirección de los vientos, etc., etcétera, tendremos idea de los diferentes climas dentro de los cuales tuvo que actuar, las penalidades que tuvo que sufrir y los obstáculos que salvó. «Cualquiera que esto sepa, —declara Fernández de Oviedo—, dará muchas gracias a Dios con un pan que tenga en su patria, sin venir a estas partes a tragar y padescer tantos géneros de tormentos y tan crueles muertes, desasosegados de sus tierras, después de tan largas navegaciones, e obligados a tan tristes fines, que sin lágrimas no se pueden oir ni describir, aunque los corazones fuesen de mármoles y los que padescen estas cosas infieles; cuanto más siendo cristianos y tan obligados a dolernos de nuestros prójimos».

En la región mesoamericana, la baja altitud y el hecho de ser tropical, les obligó a vivir dentro de una temperatura elevada, sólo suavizada en las alturas. Sobre Antillas y el flanco atlántico de

Mesoamérica han actuado siempre los alisios produciendo abundantes lluvias que encharcan las tierras y las hacen miasmáticas. En cambio en la costa del Pacífico no tuvieron que sufrir los torrenciales chubascos tropicales. Ciclones o huracanes, de agosto a septiembre, azotaron a todo el Mar Caribe dificultando la navegación y anulando la vida en tierra.

En Suramérica la geografía se impuso por su enorme proporcionalidad. Las ingentes cordilleras constituyeron obstáculos que sólo un esfuerzo de titanes fué capaz de vencer. Los climas se presentaron en todas sus formas, desde los manglares del Pacífico a la puna helada. La selva, tupida, cuajada de enemigos, equívoca, constituyó un factor más de oposición que el conquistador, aunque no domeñó, desfloró llegando a sus objetivos. Las pampas ilimitadas, las catingas, las sabanas ardientes...

Tan variada e inmensa geografía no fué extraña al conquistador, ni le amilanó. Andaban sin parar, mientras «se quedaba el compañero arrimado a un árbol muerto de hambre; en la otra arrebataba el caimán al pariente; en la otra llevaba el tigre al amigo; en la otra morían rabiando los soldados de las heridas que con hierba le habían dado; enfermedades, hambres que suelen hacer más intolerables los trabajos; y sobre todo sin saber adonde van y qué galardón habrán, si serán tomados a manos de gentes no vistas ni co-

nocidas por ellas hechas pedazos, se meten ahora con ánimo invictos cargados de sus comidas y con sus armas a cuesta, por una sierra adelante que sólo el mirarla ponía temor, sujetándose en todo y por todo a la fortuna, que pocas veces suele dar esperanza con entero contento» (P. Aguado).

Carecían del sentido de lo imposible y de las distancias. Por eso pudieron caminar como lo hizo Alvar Núñez Cabeza de Vaca o Nuflo Chavez. La luminosidad del trópico no era nada nuevo para un andaluz acostumbrado a la luminosidad de su tierra, ni la brevedad del crepúsculo para un canario, ni la pampa ingente para un manchego... Todos habían tenido su antesala. Si algo les impresionó de la nueva geografía fué su flora y fauna, porque la hallaron distinta a la europea. La admiración o el asombro, se les fué en comentarios, comparaciones o en citaciones. Pero no debió serles muy extraño el nuevo mundo cuanto que en sus relatos hablan siempre de que les recuerda a tal o cual ciudad hispana. La toponimia que van sembrando es una prueba patente de esto, de la identificación que hacen entre lo recién conocido y lo que les es familiar, o del empeño por hacer de aquello una réplica de sus patrias pequeñas. Ni física ni espiritualmente, se perderán en la nueva realidad telúrica que bautizan con nombres familíares, robándole toponímicos al Santoral o a la geografía ibérica. Semejando

un vínculo cordial este rosario de nombres enlazará el suelo europeo con el americano, o lo que es lo mismo, la vieja patria con las nuevas patrias. En su remembranza llegaron a ser poetas e incrustaron sobre el mapa americano toponímicos tan bellos como: *Puebla de todos los Angeles, Cartagena de Indias, Santa María de la Antigua, Santa Cruz de la Sierra*... Otras veces, los propios nombres de los conquistadores se quedaron agarrados al suelo alzando una geografía heróica: *Valdivia, Cortés, Almagro, Mendoza, Pizarro*... [1]

La entrada en esta realidad física difícil y atormentada, la harán siguiendo unas rutas lógicas de penetración.

Cuando hablamos de los mitos impulsadores hemos podido pensar que el español se movió atolondradamente, sin rumbo, de un lado a otro, siguiendo la versátil indicación de un indio astuto deseoso de sacudirse al advenedizo. Nada de eso. Las entradas se hicieron con estrategia, tal como si hubieran conocido de antemano la geografía americana y se hubieran sentado ante una mesa de estado mayor a trazar el plan de operaciones. [2]

(1) Rubio y Muñoz-Bocanegra, Angel: *Extremadura y América*. Emocionario y breves notas previos a un estudio histórico. Mapas. Rutas conquistadoras de los extremeños indianos. La toponimia extremeña en América. Sevilla, 1929.

(2) Vid. Para un análisis de la estructura geográfica en relación con la historia, la obra de Derwent Whittlesey: *Geografía Política*. México, 1948, pp. 435-472.

Carrasço, R.: *Historia de los Caminos del Nuevo Mundo*. Buenos Aires, 1945. (Estudia las rutas seguidas por los conquistadores. Más sentido literario que criterio histórico).

El físico de América se fué destapando paulatinamente. En la Cartografía es posible seguir, paso a paso, tal descubrimiento y aumento. Lo que se cree un continente, son unas islas; lo que se piensa una isla, es una península; donde se supone un estrecho, hay un istmo... Dos libros: la *Summa Geographica*, de Martín Fernández de Enciso, y el *Arte de Navegar*, por Pedro de Medina, se erigen en los clásicos tratados náutico-geográficos de la primera mitad del XVI. Uno atestigua la geografía conocida, el otro un manual técnico, que, unido a otros clásicos, servirían de textos de consulta. Pero el conquistador no poseía un atlas sobre cuyas láminas trazar rutas. América era algo más que un mapa mudo; era un mundo que se presentía y que había que desentrañar. Apenas sin más que una primitiva brújula, quizá un astrolabio, unas toscas indicaciones y las estrellas, el conquistador se sumergió en las selvas, ríos y montañas. «Y como Cortés en todo era diligente —aclara Bernal—, y por falta de solicitud no se descuidaba, trayamos una aguja de marear, y a un piloto que se decía Pedro López, y con el dibujo del paño que trayamos de Guaxacoalgo, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abríamos camino hacia el Este...»

Navegaban con pilotos por las selvas, como si

fueran por el mar, ayudados por la técnica rudimentaria y por los astros. [1]

Proyección desde la plataforma antillana

Es imposible analizar la conquista de un territorio, sin relacionarlo con un proceso anterior, paralelo o inmediato. De las Islas antillanas se saltó al continente, en cuyas márgenes siempre se fundó un núcleo —Veracruz, San Miguel de Tangarará, Buenos Aires, Santa Marta, Coro, etc.— desde donde se iniciaba la entrada y a través del cual se mantenía la conexión con el foco matriz.

La Isla Hispaniola constituyó la célula de la conquista. En ella se aposentaron los españoles llevados por los vientos alisios del noroeste y de ella se proyectaron a las islas hermanas. Juan Ponce de León parte, en 1508, hacia Puerto Rico; Juan de Esquivel, en el mismo año, a Jamaica; y Diego de Velázquez, en 1511, a Cuba. La primitiva célula dominicana quedó, de este modo, convertida en toda una plataforma insular desde donde saldrán disparadas, como en surtidor, expediciones sobre Florida, México, Centro América, Yucatán y Suramérica.

---

(1) Una idea de los conocimientos de aquella época la tenemos en las dos obras siguientes. Muy interesante la segunda para enmarcar el Descubrimiento y la Conquista en el gran panorama histórico universal.

Rey Pastor, Julio: *La ciencia y la tecnica en el descubrimiento de América*. Buenos Aires, 1951.

Parry, J. H.: *Europa y la expansión del mundo*. (1415-1715). México, 1952,

Las islas cayeron prontamente dominadas debido al natural manso del indígena arawaco, agravado, además, por la infiltración caribe que los eliminaba, y por la carencia de grandes zonas donde huir y refugiarse. España aprovechó las condiciones estratégicas y económicas insulares para su proyección continental, empleándolas como avanzadas. Sin estar plenamente sometidas las islas se convirtieron en eficaz cabeza de puente: proporcionaban puertos de partida, alimentos y animales y hombres. Balboa, en conocida carta al Rey de enero de 1513, le indica tal interés estratégico y le pide hombres antillanos y no de los recién llegados de Castilla ya que «no valdrían mucho fasta que se ficiesen a la tierra».

El nódulo de la plataforma era Santo Domingo, pero con los años Tierra Firme atrae como un imán y se nota, dentro de la plataforma, un deslizamiento de su centro hacia el Oriente. Cuba suplanta a la Española, y La Habana se convierte en la base naval del Caribe en lugar de Santo Domingo; su enclave como puente del Golfo de México y centro caribeño, le mereció el apelativo de «llave del Nuevo Mundo».

El tremendo señuelo continental impelió —pese a prohibiciones— al abandono de las islas. El éxodo dejó desguarnecidas a las tierras insulares cuyos flancos comenzaron a ser guarida de piratas, corsarios, forbantes, bucaneros, pechelingues y filibusteros.

En 1517 las Indias aparecen aún como un rompecabezas geográfico. Se conocen las islas y una línea costera que va de la península de el Labrador hasta la de la Florida, y otra que se extiende desde Honduras al Río de la Plata. Detrás de esta línea litoral yace un gigante mar con el cual se ha tropezado en 1513 y al cual se intenta ir por agua mediante un estrecho que se busca sin parar: *el estrecho de Aniam.* Los navíos se revuelven en esta geografía un tanto laberíntica o inexplicable sin encontrar todavía el pedazo de tierra que une a la Florida con Honduras. Es México la pieza que falta para completar la armazón telúrica de la fachada atlántica americana. En 1517 se asoman al mapa mexicano los primeros navíos hispanos. Es un mapa verde, tropical, arenoso, exótico, bélico y tentador en sus bordes. Pero completamente desconocido en su interior. Mas, nos estamos adelantando al caminar conquistador. Estábamos en 1513, vísperas de la hazaña balboana.

La Florida y tierras marginales a la desembocadura del Mississipi, fué el único territorio hoy norteamericano que, firmemente, conquistaron los españoles. No hablamos de los territorios también hoy norteamericanos que EE. UU. le arrebató a México. Buscando la *Juvenilia* o fuente de la eterna juventud arribaron Ponce de León y los suyos (1512) a una tierra que, con la ríoplatense, se transformó en la «fuente» de mayores acciones diplomáticas europeas.

Antes que México, Santa Marta y Cartagena, surgió el foco expansivo de Panamá (1513-19). La población istmeña se convirtió en la vía de acceso al Pacífico y, más tarde, al Perú. Desde ella, la expansión conquistadora saltó hacia el Sur, buscando el Tahuantinsuyo peruano; y hacia el norte, chocando en el corazón de América Central con las corrientes originarias de México. Por su origen, geopolíticamente, Panamá perteneció a las Antillas; por su posterior función, históricamente, al Perú y Nueva Granada; de siempre, geológicamente, a la América Central.

La meseta triangular de México, ganada casi diez años más tarde que el Istmo (1521), lanzó hacia el Sur, vía Tehuantepec o por el mar Caribe, ejércitos cuya misión era anexar a la Nueva España las regiones centroamericanas. Como un núcleo de equilibrio entre México y Panamá, quedó fijado el foco excéntrico de Guatemala (1524). Pero no sólo México se acusó rumbo al Sur, sino que dejó sentir su fuerza expansiva hacia el Oeste —Filipinas— y hacia el Norte. El archipiélago oceánico se sometió sobre todo por obra de misioneros y quedó flotando en el mar tagalo como un exponente de la abrumadora fuerza expansiva hispana. Acapulco, en México, era el extremo de una ruta que terminaba en Manila y que andaba y desandaba anualmente el denominado *Galeón*

de Manila. De Acapulco las recuas iban y venían a Veracruz, y de aquí y hasta aquí zarpaban o llegaban los barcos que venían de España. De este modo se unió Oriente y Occidente, primer móvil del Descubrimiento y Conquista.

La marcha al NE. y NO. de EE. UU. fué una expansión fracasada, ya que las regiones norteñas no quedaron suficientemente pobladas y anexionadas. La distancia y los desiertos hizo de la región una zona insegura, poco cohesionada, que en el XVIII se intenta incorporar mediante labor misionera, y que, con el tiempo, será de EE. UU.

Del marco geográfico recorrido —Mesoamérica y Antillas— sólo nos queda ver la península de Yucatán antes de poner nuestra atención en Suramérica. El índice yucateco fué vulnerado, como el sector rioplatense, desde la Península ibérica. Naves exploradoras, cuya base de partida estaba en las Antillas, recorrieron su contorno en los primeros años del siglo XVI; pero la auténtica conquista se hace teniendo por trampolín la metrópoli. Podía haberse hecho la conquista desde Cuba, pero no se hizo; podía también haberse hecho desde México, pero las selvas y los ríos constituyeron siempre un obstáculo insuperable. Desconectada el área yucateca, sin interés económico alguno, relegada a segundo término por el relumbrón de México y otras regiones, sucumbió partiendo la expedición de Sevilla, vía Santo Domingo, y con ayuda mexicana (1527-35). Que-

de claro una cosa: aquí no se iba en pos de riquezas. Casos que se repetirán en Chile, Tucumán, Argentina...

Los núcleos expansivos de Suramérica

Al Norte de Suramérica arribaron expediciones que alcanzaron los núcleos de Santa Marta (1525), Coro (1527) y Cartagena de Indias (1533). De Cartagena de Indias descenderán tropas rumbo a Antioquía y Popayán, entremezclándose con otras que han salido de Panamá en la misma dirección, y con las procedente de Quito.

En Santa Marta tomará ímpetu la penetración que, en oposición al caminar del Magdalena, alcanzará la meseta de Bogotá (1538) y se dará de boca con los que ascienden de Quito con Belalcázar y bajan de Coro con Federman.

De Coro se avanzará hacia todos los rumbos, menos al Norte, llegándose a Bogotá como dijimos, al limen del Orinoco, y al triángulo también expansivo de Trinidad-Cubagua-Margarita. A este último núcleo seminsular, semicontinental, aportaron barcos y hombres que venían de las Islas Antillanas o de España atraídos por las perlas de Margarita y Cubagua, Eldorado o la simple colonización. Su constante empeño consistió en entrar por el Orinoco y Amazonas. La fama de Eldorado les obligó a poner su hombro junto a extranjeros deseosos de hallar lo mismo, o los

colocó en el trance de combatirlos (ingleses, holandeses y franceses). A la larga quedó para los frailes capuchinos la colonización (Guayanas) y, también a la larga, la zona se descuidó y entró en el área de las «islas inútiles» (Antillas Menores), verdadero talón de Aquiles de la Monarquía Indiana considerado como «arrabal» de América por el P. José de Acosta ya que allí se aposentó con preferencia la piratería.

Panamá, que se nos ha quedado atrás, fué empleado para alcanzar el Incario (1522-35). En el extremo sur del Golfo de Guayaquil, en la zona de transición entre las selvas lluviosas y el sideerto, alzaron Pizarro y compañía la base militar costera de San Miguel (Piura), por donde penetraron al interior en demanda del corazón, mejor dicho ombligo, del Incario. Este tenía su centro en el Cuzco (*ombligo*), pero los españoles, siempre atentos a situarse cerca del mar, fundaron el centro de expansión a orillas del Río Rimac (Lima, 1535). Desde allí arrancó una corriente que buscó la cuenca intermontana de Quito; corriente que torció al Este y, navegando por el Amazonas o el Orinoco, salió al Atlántico (1540 y 1560).

Quito, como consignamos, también se proyectó hacia ese rumbo, y hacia el norteño por el valle del Cauca hasta converger en Santa Fé con las corrientes que venían de Santa Marta y Coro. Así mismo tropezó con la proyección que tenía

por punto de partida a Cartagena, y que sirvió para conquistar las tierras colombianas de la vertiente del Pacífico.

Bien por la región costera, bien por el interior —a través de Bolivia— las huestes que llegaron a Lima prosiguieron su marcha hacia el Sur. De esta manera no sólo anexionaron la región altiplánica boliviana y Tucumán, sino que alcanzaron Chile desde donde, a su vez y con centro en Santiago (1541), se lanzaron a las regiones australes y al otro lado de los Andes. —(Salta, Jujuy, Tucumán—, (1543-84). Pedro de Valdivia, dándose cuenta de las posibilidades estratégicas de Santiago para la expansión comunicaba al emperador lo siguiente: «Así que V. M. sepa que esta cibdad de Sanctiago del Nuevo Extremo es el primer escalón para armar sobre él los demás y ir poblando por ellos toda esta tierra a V. M. hasta el Estrecho de Magallanes». Chile, con una frontera natural más acentuada, se englobó dentro del virreinato peruano.

Tanto en el ámbito del Alto Perú o Bolivia, como detrás de la cordillera andina, —Tucumán— los soldados conquistadores entraron en contacto con otros cuyo punto de proyección estaba en la fachada atlántica de Suramérica.

Eran los hombres del Río de la Plata puestos en movimiento entre la fundación de Lima y la de Santiago de Chile. Habían abordado al continente independientemente desde la metrópli, fun-

dando un primer blocao expansivo en las bocas del Plata (1536). Diversas circunstancias les conminó a desalojar este centro, que cambiaron por el de Asunción del Paraguay (1541), en la juntura del río Pilcomayo con el Paraguay. De Asunción nació la línea conquistadora que, cruzando el Chaco, llegó a los contrafuertes andinos y se ligó a los «peruleros». También de Asunción se apartó una corriente hacia el Uruguay, y otra, más tardía y regresiva, que murió en la desembocadura del río y motivó la segunda fundación de Buenos Aires (1580), sede de próximas expediciones hacia el interior.

Sacrificando el interés económico por el político, se subordinó el Río de la Plata al poder sito en la altiplanicie peruana. Como una hijastra, hasta el XVIII, permaneció la región comunicándose con España a través del Perú y Panamá.

Cincuenta años costó recorrer y domar en lo fundamental esta geografía, llena pronto de sonoros y evocativos toponímicos hispánicos. Desvinculado de este proceso, los portugueses se asentaron en la faja litoral brasileña, donde tres fundaciones cobran personalidad: Pernambuco, Bahía y São Paulo. El proceso expansivo lusitano se desarrolló desde esas tres poblaciones o línea crítica costanera, teniendo como principales actores a los *bandeirantes* y como ayuda una magnífica red fluvial. De Este a Oeste, sobre todo, se marcaron dichas penetraciones y su empeño

semejó el de llevar la línea de Tordesillas hasta los Andes, y sus colonias hasta las riberas del estuario rio-platense.

CAPITULO VIII

EL MUNDO INDIGENA

Choque de culturas

DOS pigmentos, dos culturas, dos concepciones de la vida, entran en maridaje al alborear el siglo XVI en el contorno y dintorno antillano. Los que llegaban venían empujados por todo el desarrollo de Occidente, inaugurando la imprenta y las armas de fuego, pretensiosos de acabar de hinchar el globo terráqueo. Los que contemplaban el advenimiento se asomaban a los bordes de un continente primitivo, llevando una forma de vida ahistórica. Ignoraban la gran evolución espiritual que se les echaba encima inesperadamente.

El proceso que llevaba a la cultura occidental

hasta las playas americanas estaba determinado por razones económicas, geográficas, políticas, etc. Era un fenómeno de avance cultural en la dirección Europa-América que se ha considerado semejante al caminar de la frontera norteamericana hacia el Oeste. Walter Prescott Webb sostiene la tesis de que en el XVI comenzó un período expansivo en el cual la Europa Occidental, a manera de una gran metrópoli, inició un desplazamiento creando una gran «frontera» en el sentido que los historiadores norteamericanos dan a esta palaera. A consecuencia de este hecho vino la incorporación de la América y, como secuela, el nacimiento del capitalismo y el singular desarrollo de todas las actividades humanas.

«América —en palabras de Edmundo O'Gorman— aparece en el horizonte de la cultura cristiana precisamente en el momento en que, al declinar la Edad Media, el hombre se ha quedado sin Dios». [1] Es decir —y aclaramos la frase— en el instante en que a una época eminentemente teocéntrica cual fué la Edad Media, sucedía otra fundamentalmente antropocéntrica —Renacimiento—. El hombre hispano, que arriba a la otra orilla del Atlántico y pone a sus habitantes en condiciones históricas, es un ser cargado de Dios que por igual participa, como vimos, de ambas épocas. Y que si se inclina por una, ella sería la Medieval.

(1) *Los fundamentos de la Historia de América.* México, 1942.

Este hombre hispano destapa un mundo desconocido y lo unce a su ritmo histórico obligándole a, en adelante, hacer historia occidental. El minuto trascendental en que ambas culturas entran en contacto podemos considerarlo como lo que Jasper denomina *Tiempo Eje*. ¿Qué se entiende por éste y qué aplicación tiene en América?

El Tiempo-Eje constituye el corte más radical de la Historia. Se da unos quinientos años antes de Jesucristo. En estos años viven personajes decisivos: Confucio. Laotsé, Buda, Zarathustra, Elías, Isaías, Jeremías, Homero, Parménides, Platón, Tucídides, Arquímedes... Lo interesante de esta época radica en que el hombre se eleva a la conciencia de la totalidad del ser, de sí mismo y de sus límites. Siente lo terrible que es el mundo y nota cuán impotente es. Entonces se propone las finalidades más altas. Es el momento en que nacen las religiones que aún nos alimentan y se construyen las categorías fundamentales con las cuales aún pensamos. La Edad Mítica queda atrás.

Ahora bien; América permanecía al margen, envuelta todavía en la Edad Mítica, rodeada de demonios, poblada de hombres que aún no se han elevado al sér mismo. Este hombre continuaba ocluso a sí mismo, sin tener conciencia de la totalidad de su sér, sin que se le hiciera manifiesto lo que se llamará razón y personalidad. Estaba fuera del Tiempo-Eje, fuera de la Historia porque su existencia no había sido hecha objeto

de reflexión. No participando del Tiempo-Eje (limitado en espacio, pero históricamente universal) permanecía como continente primitivo dentro de una forma de vida ahistórica. Así hasta que entra en contacto con algunos de los centros de irradiación: Occidente, en nuestro caso.

La llegada del hispano puede ser considerada como tal puesta en contacto y, también puede ser considerada esta llegada, como el Tiempo-Eje de América, ya que Jasper entiende por tal una revolución espiritual por la cual las grandes culturas pierden su configuración y los pueblos que las detentan desaparecen de la vista y quedan incluídos en la marcha general del Tiempo-Eje. Como lo que sucedió en el Nuevo Mundo. Porque las grandes culturas indoamericanas, que vivían aisladas y como dormidas, al comenzar el siglo XVI experimentan el impacto de Occidente que «las derrite, las toma y las hunde», inyectando en ellas un proceso espiritual que denominamos Tiempo-Eje. Los españoles traían la cultura occidental cuyos pivotes lo constituían la filosofía griega cristianizada, el Derecho Romano, la concepción política germánica y la moral cristiana, elemento aglutinador cuya aparición en el siglo I señala, para nosotros, el auténtico Tiempo-Eje de Occidente.

Cuando hemos transcrito que las grandes culturas indígenas se «hunden», no hemos deseado significar que toda una civilización queda extin-

guida, sin dejar rastro alguno, al golpe de las innovaciones occidentales. No hay duda que lo anterior al choque ha sido grandioso, y que algo pervive. Las viejas civilizaciones americanas, heridas por el Tiempo-Eje que traen los europeos, se prolongan y persisten en todos aquellos elementos que son recogidos por el Tiempo-Eje, aunque su sentido sea impregnado de nuevas concepciones.

En el instante en que la Sociedad Arábiga era absorbida por la Iránica en el Viejo Mundo, en América hombres de la cultura occidental incorporaban tres grandes Sociedades prehispánicas: la Azteca, la Maya y la Incaica. Siguiendo muy de cerca este proceso se integraban subgrupos culturales, adheridos a estas grandes civilizaciones.

Los escritos de primera hora nos permiten percibir que las tres sociedades fueron sorprendidas —al decir de Toynbee— en el momento que acababan de salir de unos *tiempos revueltos.* Tiempos concluídos ya por completo en el Tahuantinsuyo Andino donde terminaba de formarse un estado universal presidido por los Incas, agrietado y debilitado al avanzar la hueste pizarrista, por una guerra civil que facilita la conquista. Estos tiempos no habían terminado en las sociedades de México y Yucatán, en las que aún se notaban los finales estertores.

En el Tahuantinsuyo, el dominio inca con

cuartel general en el altiplano, se había impuesto a la costa, que siguió sin embargo manifestando su superioridad cultural. En Centroamérica, hacia mediados del siglo XV, la crisis social y política se hizo aguda y cuando parecía que la sociedad azteca se iba a imponer completamente desde la laguna de Tenochtitlán hasta la península yucateca formando un estado universal, llegaron los españoles y truncaron el proceso. Porque no olvidemos que el poder militar nahua en la época tolteca, había hecho acto de presencia entre los mayas debido a que éstos envueltos en guerras intestinas, que rompieron la célebre Liga de Mayapán integrada por tres Ciudades-Estados, (Mayapán, Uxmal y Chichén-Itzá) llamaron a aquéllos para que interviniesen. Este momento de la historia maya se denomina (según Morley) *Período Mexicano* o Hegemonía de Mayapán (Nuevo Imperio: 1194-1441). A él siguió el *Período de Desintegración*, de 1441 a 1697 (Nuevo Imperio III), testigo ya de la arribada hispana.

Las huestes europeas que desembarcan tras estos tiempos revueltos portaban una serie de ventajas técnicas e ingredientes espirituales que les permitirá en muchas ocasiones la fácil conquista del territorio. Podemos traer al campo histórico americano la teoría de Alfred Weber, en su *Historia de la Cultura*, sobre los pueblos jinetes. Estos invaden hacia 1200, movidos por un nuevo impulso, el Mediterráneo y Europa, Irán y

la India. Y la China a fines del segundo milenio. Son pueblos indoeuropeos, salidos del Asia Central, que llevan caballos y carros de guerra sobre los que correrán sobre estas sociedades matriarcales o «culturas de ganaderos sedentarios», o simplemente sobre masa de población. La consecuencia de esta invasión fué igual en los tres mundos: China, India y Occidente; es decir, imprimieron un viraje total a la historia de aquellas culturas que fueron conquistadas.

Igual aconteció en América, donde las grandes civilizaciones o los subgrupos culturales, fueron invadidos por un pueblo jinete que acabó con la oclusión de aquellas civilizaciones. La nueva potencia les despertó la conciencia. La comparación es aventurada, porque Webeer se refiere a unos pueblos jinetes nómadas, condición esta última que no atañe a los hispanos. Sin embargo sí es exacta y válida en cuanto a lo que significó y fué decisivo para la conquista el factor caballo. [1]

Hubo una pasividad natural por parte del mundo indígena en el choque cultural y civilizador. Pero, sin querer queriendo, la América Indígena impuso su marca sobre el europeo y sobre su mundo ambiental. La Vieja Europa experimentó un notable sacudimiento en su personali-

(1) «Falta una psicología de las armas. Cada arma explica el estilo de guerra y por consiguiente la concepción vital de su portador». Spengler. Oswald: *El hombre y la técnica y otros ensayos*, p. 87. (Ensayo: El carro de combate y su significación en el desarrollo de la Historia Universal). «Col. Austral», vol. 721. Buenos Aires, México, 1947.

dad económica al intervenir en ella el Nuevo Mundo. Los metales americanos transformaron concepciones —bien examinado por Hamilton— y dieron un nuevo rumbo a la economía mundial. [1] Mas, no fué únicamente lo que guardaban las entrañas de la tierra lo que verificó tal cambio, sino lo que vivía en su faz: flora y fauna. La alimentación europea se enriqueció con *mandioca, maíz, patata, tomate, batata*... Los paladares hallaron desconocidos placeres, en el *cacao, la piña, la chirimoya, el mango, aguacate, mamey, zapote, vainilla*... Los enfermos y no enfermos encontraron la *quina*, la *coca* y sus derivados. El mismo paisaje del Levante mediterráneo y de las Islas Canarias añadió un nuevo elemento decorativo con la *pita* o *mangüey* y la *chumbera* o *nopal*.

Las hambres de Europa Central se mitigaron con la patata y, algo más asombroso, la sobremesa se hizo mucho más agradable con un buen cigarro elaborado con tabaco americano. Porque el indio tuvo que abandonar precipitadamente su pacífico fumar y cederle el cigarro al europeo cuando éste desembarcó en sus playas antillanas.

Diversidad indígena

En el siglo XVIII, dos científicos españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, dijeron en un es-

(1) Earl J. Hamilton: *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de Historia*. Madrid. 1948.

crito que «visto un indio, visto todos». Nada más lejos de la verdad. La diversidad etnográfica era compleja en América, aunque a los españoles conquistadores también le parecieron iguales todos los indígenas. Nunca pensemos tampoco, con mentalidad lascasiana, que los indígenas eran en su totalidad «gentes flacas, delicadas y tiernas de complexión», seres felices, pacíficos, naturalmente buenos y justos, que vivían en una maravillosa edad dorada. Los habría así, y los habría sencillos, escasamente preocupados por el trabajo y por lo tuyo y lo mío. Pero también los había holgazanes, reos de antropofagia, aunque Las Casas los defiende citando a Plinio; invertidos, pese a que el mismo fraile explique su pecado mencionando a Galeno... El aspecto de un guerrero azteca, a juzgar por modernas reproducciones, no debía ser nada agradable; y el panorama de los templos e ídolos hediondos de piltrafas y sangre humana, tampoco sería reconfortante. El saber que el enemigo bebía en cráneos humanos, tocaba tambores hechos de pieles de contrarios, o reduciría su cabeza al tamaño de una pelota, si no es que lo cebaba para comérselo, no debió ser nada estimulante.

El encontronazo de las huestes hispanas fué contra diversas gamas de las civilizaciones americanas y contra distintas clases de indios. En el conglomerado racial-cultural es posible distinguir perfectamente la existencia de los tres núcleos

referidos: el azteca o mexicano, el maya-quiché (ya hundido) y el quechua o peruano. [1]

En aquellas regiones donde la organización política era más acabada —México y Perú— la conquista fué obra de días, por no decir que de horas. La peculiar estructura gubernamental hizo que caída la cabeza soberana, cediese todo el cuerpo de la pirámide. En cambio otras regiones como Chile o el Plata, demandaron un avance lento, de sometimiento individual —tribu por tribu— al que seguía la cohesión política única y la clavazón a las tierras de las tribus nómadas. En la América Central, como un nexo con Suramérica, tropezaron con los vestigios de la cultura *maya, quichés* y *cakchiqueles, pipiles* y *chorotegas* En las Antillas, *tainos, caribes* y *arawakos* forman el tresillo por todos conocidos, mas los *ciboneyes.* En la América del Sur podemos distinguir un sector atlántico y otro pacífico. En el sector primero vivían *caribes, arawacos, tupis, guaranies, tapuyas, chiriguanos, atacamas, omaguas, diaguitas, calchaquies, charrúas, querandíes, araucanos,* etc., etc. En el área

(1) La historia y el grado cultural de las tres grandes civilizaciones mencionadas puede verse en:

George C. Vaillant: *La Civilización Azteca.* México, 1944.

Sylvanus G. Morley: *La Civilización Maya.* México, 1947.

Louis Baudin: *El Imperio Socialista de los Incas.* Santiago de Chile, 1953.

Fuentes e ideas sobre estas culturas y las restantes se hallarán en *Programa de Historia de América.* Periodo Indígena, compuesto de 11 volúmenes a cargo de diversos especialistas y distribuídos según áreas. Publicación del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, 1953-4.

Importante obra de tipo general e introductoria: *América Indígena* del Dr. Luis Pericot. Barcelona, 1936.

andina, cara al Pacífico, coexistían: *taironas, pijaos, chibchas, panches, colimas, turbacos, quimbayas, andaquíes, muzos, muiscas, pastus, cañaris, jíbaros, quijos, esmeraldas, barbacoas, huancavilcas, punaes, tumbecinos, caras, sciris, quechúas, aymaras, atacameños,* etc., etc. La heterogeneidad, y diversidad cultural, era enorme. Era un mundo pobremente tecnificado, abrumado por el fatalismo cosmogónico de sus creencias. Mundo inseguro, cuyas teogonías le mostraban la vida como una continua destrucción.

Mientras unos se encontraban en un neolítico, otros se hallaban en condiciones infraculturales. Mientras unos poseían una organización estatal definida, otros se aglutinaban en tribus nómadas, sin nexo alguno a nada ni a nadie. Mientras unos gozaban de una civilización agrícola y permanecían unidos por un sometimiento militar, otros carecían de esto y arrastraban una vida contraria a todo avance.

Eran en total unos trece millones de los cuales unos ocho vivían en los tres grandes centros citados. A los españoles les parecieron siempre fabulosas las cantidades de indios que les hacían frente. Por su imaginación meridional y por sugestión de los libros de Caballerías, exageraron extraordinariamente el número de la población. La hipérbole desmesurada la lleva al cénit fray Bartolomé de las Casas, para el cual matar cuentos (millones) de indios es cuestión de minutos.

Los conquistadores desorbitaron para que sus hazañas parecieran más ingentes; los misioneros para que su labor evangelizadora fuera tenida por grandiosa; y Las Casas, para acentuar la crueldad de sus compatriotas... A Cortés, y a otros que como él escribieron, les cuesta poco esfuerzo decir una y otra vez que «otro día, en amaneciendo, dan sobre nuestro real más de 149.000 hombres, que cubrían toda la tierra». Y a Las Casas nada le estorba para escribir tranquilamente que «habiendo en la isla Española sobre trescientos (millones) de ánimas, que vimos, no hay (en 1542) de los naturales della dozientas personas». [1]

La curiosidad, característica de esta época descubridora del individuo según Burkhardt, apareció en los cronistas más cultos y, sobre todo, en los clérigos. Al contacto con lo autóctono indagaron sus costumbres, sus instituciones, su pasado. Colón, como siempre, fué el primero en proporcionar noticias sobre «lo americano». Pedro Mártir, con psicología de periodista, y Andrés Bernáldez, «el Cura de los Palacios», también brindaron datos de etnología e historia natural. No digamos nada de Fernández de Oviedo, el Plinio español; ni de Cortés; ni de Las Casas y de Acosta... etc., etc. En los cronistas soldados del Perú, Miguel de Estete abre la marcha como es-

(1) Ponderadas valoraciones, abundante bibliografía e interesantes datos sobre la población indígena se hallará en la obra de Angel Rosenblant: *La población indígena de América*. Buenos Aires, 1945.

critor etnógrafo pues describe las fiestas y riquezas del Cuzco, las costumbres funerarias de los Incas, la geografía de la Costa y de la Sierra... etcétera. Ninguno, desde luego, como los frailes. Estos tuvieron más tiempo para indagar y les fué necesario para su labor evangélica. Mendieta, Torquemada, Sahagún, Landa, Morúa, etc., etc., construyeron sólidamente toda una historiografía consagrada exclusivamente al mundo indoamericano, a la par que, muchas veces, morían bárbaramente atormentados.

El estado social de este conglomerado indígena determinó la marcha de la Conquista y, aunque parezca increíble, configuró la forma actual de bastantes naciones. El español no estableció distingos en sus campañas bélicas. Trató más duramente a los antropófagos y a los invertidos —*extra vas debitum*, los denomina Fernández Oviedo— por ser reos del pecado nefando.

Reacción bélica indígena

En todos lados no fué idéntico el recibimiento que se hizo a los españoles. La reacción violenta y obstinada se dió junto a la sumisión pacífica. No siempre hubo sorpresas, agasajos, obsequios y convivencia tranquila. Ni pacíficos cambios de nombres como aquel Cotubano de Higuey (Española) y Juan de Esquivel su dominador. La relativa mansedumbre antillana está

muy lejos del ardor bélico azteca. El indio continental no era como el insular. En México y Perú contaban con una organización militar irreprochable. Tenían ejércitos en pié de guerra y fortificaciones ejemplares, y poseían el concepto de que la pugna era una loable actividad. [1] Su entereza frente al enemigo fué ejemplar, aunque al principio luchase bajo el *fatum:* el terror y la divinización de los que llegaban y acorralados por la novedad de la pólvora, el hierro, el caballo y el perro. El español también encontró algunos inconvenientes: el misterio, las trampas, la fauna y flora traicionera, el clima, el desconocimiento del terreno, la cantidad numérica del enemigo, las flechas y el veneno. El indio luchó encarnizadamente, jugándose el todo, haciendo derroche de valor. Por falta de éste no cayó tan rápidamente México y Perú, sino por otras razones.

Para denotar el valor de los aztecas se escribe que luchaban como «perros dañados»; y de los araucanos se dice por los autores que estaban «españolados». Combatieron con ardor los españoles; y los «españolados» pelearon con denuedo, sin límites, con pasión, utilizando todos los recursos de la nigromancia y de su primitiva técnica guerrera.

El derroche de coraje indígena, no lleva parejo el espíritu de sacrificio. Apunta certeramente

(1) Vid. el capítulo «La Milicia Indígena». Apud. Alberto Mario Salas: loc. cit., pp. 273-321.

Menéndez Pidal que Cuauhtemoc no piensa ni un momento en imitar al héroe galo Vercingétorix ofreciéndose al vencedor para salvar a su pueblo. Huye, cuando ve la ciudad de México perdida... [1] La terca oposición autóctona en determinadas zonas vino, como apuntamos, no sólo encaminada por la geografía, el mayor valor, o la organización política, sino por el mejor conocimiento de la táctica hispana y, por consiguiente, por el empleo de una contratáctica «adecuada». E, igualmente, por la utilización de los materiales bélicos que, en un principio, fueron patrimonio del soldado hispano, pero que el indio adquirió y aprendió a manejar.

Las armas y la táctica hispanas, que ya mencionamos, hallaron respuesta en las armas y sistemas indígenas. Convocatorias de hombres mediante tambores o columnas de humos; parlamentos; areytos guerreros; sacrificios y ceremonias; danzas y pinturas corporales, precedían al estado de guerra. Declarado, corrían cautos y silenciosos, al encuentro del invasor. Acechaban armados de la astucia, el silencio y material ofensivo. Iniciada la pelea, se elevaba al cielo una gritería infernal de insultos, loas propias, e incitaciones.

Arcos y flechas fueron las armas más corrientes. Los arcos, según regiones y tipos humanos, eran distintos en su forma aunque siempre de

(1) Menéndez Pidal, Ramón: Loc. cit., p. 31.

madera. Las flechas también ofrecían diversos modelos. Podían tener la punta de huesos de pescado o de madera endurecida al fuego, o de silex. Con el fin de que permaneciese dentro de la herida, se hacían frágiles estas puntas, partiéndose el astil de la flecha al darle el herido un manotazo. Atrás le ponían plumas multicolores o cáscaras de nueces agujereadas que producían un silbido sobrecogedor. La rapidez de disparo era admirable, pudiendo lanzar veinte flechas en un minuto. El impulso era también enorme, llegando a atravesar pierna del jinete y todo un caballo. Contra ellas sólo cabía el salto oportuno, la rodela o el escaupil. El blanco era posible desde 140 metros de distancia.

Aún cuando casi todos los pueblos americanos usaron el arco, algunos como los aztecas y los quechuas emplearon para impulsar la flecha el aparato llamado *estólica*. Pese a que son sencillas, su descripción es difícil. «Eran unas varas de madera en uno de cuyos extremos había un pequeño gancho sobre el que se apoyaba la parte posterior del dardo. Algo similar al *amentum* latino o correa de cuero con que impulsaban los romanos el dardo». La fabricación de todos estos objetos requería un ceremonial religioso. El rigor de las flechas vino acrecentado por el uso del veneno en ellas. En el Caribe, en Tucumán, en los Mojos, hallaron los hispanos las terribles flechas untadas. La agonía que producían eran ho-

rripilantes, y los remedios que los heridos tomaban para contrarrestarlas eran espantosos: succiones; zumo de tabaco; o se cauterizaban como Ojeda, con un hierro candente la herida y luego se envolvían en mantas empapadas en vinagre. Es curioso observar que los indios que disparaban flechas emponzoñadas fueron pueblos pobres y en estado atrasado. Podemos decir que en México, Perú y parte del Ecuador faltó la flecha envenenada. La fabricación del veneno corría, generalmente, a cargo de las viejas. De árboles como el que los españoles denominaron «manzanillo» extraían el jugo necesario para su fabricación, al cual le agregaban otros ingredientes... Al final resultaba un líquido en el que se mojaban las flechas o una pasta que se untaba. Los españoles buscaron el contraveneno, pero sólo lo encontraron los soldados del Tucumán. Para ello inyectáronle el veneno o yerba a un indio y luego acecharon. Viéronle ir en busca de una yerba que le sirvió para hacer un zumo antivenenoso que se frotó en la herida... El veneno no sólo iba en la rapidez mortal de la flecha, también aparecía en púas que dejaban caídas en el suelo o prendidas de los árboles. A la flecha envenenada, la más eficaz y temida arma indígena, puede añadirse la utilización de gases. Contra el invasor se lanzó las columnas de humos producidas por maderas verdes quemadas, o el sahumerio de ají y pimienta quemada. Este tenía la ventaja de

producir quemazón en los ojos. El ají, bajo la forma de polvo molido, lo arrojaron a los rostros de los españoles ocasionando un intenso estornudo. Lo que se pretendía con ello era que el soldado hispano descuidase cubrirse con la rodela y ofreciera buen blanco a las flechas. Como siempre, los españoles emplearon el sistema indígena en ciertas ocasiones; por ejemplo Coronado en Cíbola desalojó a las tribus de sus pueblos a base de columnas de humo, y los de Chile emplearon humo de ají para desalojar algunas cuevas refugios de indios.

La cerbatana, lanzas endurecidas al fuego, macanas, porras, hachas, hondas y boleadoras, púas, estacas, hoyos tramperos, hondas, puentes falsos y galgas, completaban el arsenal indígena ofensivo y defensivo. Casi todos los indios americanos se armaban con la lanza hecha de cañas y palmas cimbreantes, cortas o largas. Las últimas eran las más eficaces, pues detenían al caballo a distancia. Con guayacán, chonta, mistol y otras maderas construyeron potentes macanas eficaces en el cuerpo a cuerpo. De semejante uso y utilidad a macanas y porras fueron las hachas de piedra. En los pueblos de llanura se tropezaron las huestes conquistadoras con la boleadora de dos y tres piedras. Aparece con familiaridad en las crónicas del Río de la Plata y algunas veces en las del Perú. La boleadora, arma típica del gaucho posteriormente, fué el mejor antídoto contra

el caballo. Las dos o tres piedras estaban unidas a sendas cuerdas que paraban en un solo cabo; el indio las agitaba sobre su cabeza y las tiraba a los pies del guerrero o del caballo, enredándolo, e imposibilitándole todo movimiento. [1]

Con tales elementos bélicos en la mano es de presumir que las entradas no fueron simples paseos militares y prolongadas y pacíficas marchas al final de las cuales un rico botín de metales y mujeres les esperaba. No, no hubo tales «buenos salvajes». Hubo fieros enemigos y mansos amigos. Más los primeros que los segundos. El aspecto del indio en la guerra no era tranquilizador. Pintados terroríficamente, con cascos que podían ser cabezas de tigres u otros animales, como los *Caballeros Aguilas* aztecas, con pelos largos, en trenzas o afeitados, con colas, orejeras, aretes en las narices o colmillos, aupados por su algarabía y el ruído de tambores, caracoles, trompetas y fotutos... se lanzaban a la *guazabara* (lucha) abiertamente o en emboscadas mortales.

La nota trágica y lúgubre del tambor puso un fondo musical terrorífico a los encuentros y a los preliminares. Bernal Díaz semeja sacudirse en una pesadilla aún al escribir: «tornó a sonar el tambor muy doloroso de Huichilobos»... «tañía el maldito tambor, que digo otra vez que era el más maldito sonido». Maldito le resulta, y mal-

(1) Hemos seguido el libro de Alberto Mario Salas. Primera Parte: Armas Indígenas, pp. 29-106.

ditamente aún le suena en el corazón el lúgubre tam-tam del *teponaztli*, tal vez hecho de cuero humano. Debió ser horrorosa la retirada en la Noche Triste. La oscuridad, la neblina, la llovizna, las calzadas rotas, el acoso indio desde las piraguas... y los malditos tambores. «Oíamos —recuerda Bernal— oíamos el tañer del Cu Mayor (*templo*), adonde estaban sus ídolos Huichilobos y Tezcatepuca, que señorea el altar mayor de él a toda la ciudad, también un tambor (el *panhuéhuetl*), el más triste sonido, en fin como instrumento del demonio, y retumbaba tanto que se oyera a dos leguas...» La ráfaga de aires le metían en los oídos el fúnebre y nervioso percutir al tiempo que le obligaba a pensar que su pellejo podría convertirse en parche del teponaztli. Lo pensó Bernal aquella noche y lo pensaron otros en diversas ocasiones y honas. Porque el *huanca* incaico, o tambor guerrero, también intervino en esta lúgubre sinfonía de la América Indígena y pentatónica. Los indios de Jauja —¡qué lejos del conocido significado de ésta palabra!— «desollaban a los prisioneros y algunos de los pellejos los llevaban como trofeos a sus templos y otros los ponían en sus tambores, diciendo que sus enemigos se acordaban viendo que eran de los suyos, y huían en oyéndolos», dicen los *Comentarios Reales* de Garcilaso Inca. Aquello no era Jauja. Una vez, el primer día de 1542, pudieron oir los españoles con alegría a los tambores indígenas: cuan-

do a Orellana y a sus amazonautas les llega el tam-tam como un mensaje de humanidad en la soledad de su navegación por el Amazonas.

El indio desde el español. La conquista y el conquistador desde el indio

Sobre estos seres de pigmentación nueva, el español elucubró prontamente. La ideología hispana se vertió en dos corrientes: para unos eran «nobles salvajes»; para otros, «perros cochinos», como si fueran sarracenos. [1] La naturaleza del indio, como el problema de los Justos Títulos, acarreó una procesión de discusiones. Se discutía su capacidad para vivir de acuerdo con las costumbres españolas y para recibir la fe católica. En la vehemencia desplegada, la corona se inclinó por el término medio y adoptó una actitud paternalista, como si los indios fueran menores de edad, reglamentando su existencia. Se les reconoció su racionalidad y se consideró que su retraso era fruto del pecado o caída, pero no de una inferioridad natural como pregonó la Europa del XVIII.

Mientras en España se polemizaba en torno al derecho de conquistar las Indias, y a si el indio poseía alma o no, éste permanecía ignorando todo y contemplando asombrado la *aparición por Oriente* de extraños seres. Acostumbrados noso-

(1) Hanke, Lewis: Loc. cit. Cap. III, pp. 96-125.

tros a ver la Conquista desde nuestra vertiente, se nos hace unilateral el enfoque de la misma. Nunca nos ponemos del lado indígena para saber como él vió la Conquista. Carecemos de la necesaria historiografía indígena para comprender el enjuiciamiento que el indio hizo de la invasión.

Se hace difícil situarse en su alma e intentar ver la Conquista desde su plano. Obras como los *Anales de los Cakchiqueles* no reflejan el *status animi* del pueblo sojuzgado en el momento de verificarse la invasión de sus tierras. Allí lo que está patente es el lamento de una raza cuyo dominio por otro pueblo ya se ha consumado.

Para captar la posible apreciación india de la Conquista es preciso, antes que nada, concederle al amerindio capacidad de juzgar e interpretar una serie de hechos que se le presentan complicados con un aparato civilizador desconocido. Quizá la única vez en que conquistador y conquistado queden frente a frente, en tremenda e igualitaria desnudez, fué en el caso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (*Naufragios...*)

Un autor ha dicho que para el indio «la conquista es lo que amojona y lotea». En la mente indígena se apreció, primero, la conquista en relación con su yo y con sus tierras, si es que tuvo noción de su «yo» como algo individual y libre, y si es que llegó a calibrar el sentido de posesión. En pueblos comunistoides, como el Inca, la personalidad humana, dotada de libre albedrío, es-

taba muy recortada; tampoco se daba la posesión particular. La conciencia de patria no existía, porque no había un conocimiento de límites territoriales ni una comunidad espiritual. Sobre la raza o comunidad de origen y el territorio o comunidad de lugar, se asienta, principalmente, el concepto nación. La religión, la lengua, la historia, el espíritu y vida social, han sido las demás bases para apoyar este concepto. No podemos decir que estos factores se dieran en la América indígena, carente, en sus atomizaciones culturales, de una unidad de destino. En las zonas marginales, de subculturas, no es posible encontrar idea de «nuestras tierras», ni, por tanto, el amor a ellas y la idea de posesión jurídica. El español adhiere al indio a la tierra, y le proporcionará el concepto de patria.

El encuentro entre las dos razas se tradujo, con todas sus consecuencias, en un titánico esfuerzo por parte del pigmento europeo tendiente a elevar a su nivel cultural al pigmento americano, hundido en tres mil años de atraso.

Para el indio el invasor fué un intruso o un dios. Alguien que venía a aposentarse en su horizonte geográfico, a derribar sus dioses y a tomar las mujeres de su tribu. Se defiende de él, lo rechaza, o acaba replegándose mientras sus mujeres se entregan al blanco para originar lo mestizo. Es a través de la india como le llega al mestizo el

pigmento amarillo, para vejamen del indio que no tiene acceso a la mujer blanca. [1]

Los primeros españoles, constituían para los invadidos de las Antillas, dioses y espíritus de sus antepasados. Por eso huían de inmediato. Los regalos que presentaban era a manera de ofrendas y su mayor deseo consistía en retenerlos algunos días más con el fin de que ejercieran sobre la población su magia e hicieran abundantes a las cosechas y fecundas a las mujeres. La india, creyendo poder dar vida a espíritus antepasados, se entregó fácilmente al blanco considerado como dios. El soldado hispano, con armadura, cabello corto y barba, ejercía cierta atracción sobre la mujer cobriza primitiva que, por otro lado y según autores, comprobó que el blanco era un instrumento de mayor plaçer que el indio.

Milagro final: mestizaje

Los mismos indígenas fomentaban esta unión como lo demuestran diversas escenas similares a la que Bernal refiere. Parece, según éste, que en Cempoala los indígenas dijeron a Cortés que «pues éramos ya amigos, que nos quieren tenei como hermanos, que será bien tomásemos a sus hijas y parientas para hacer generación...». Hechos como éste se multiplican en la prosa bernalina.

(1) Canal Feijóo, Bernardo: *Proposiciones en torno al problema de una cultura nacional argentina*. Buenos Aires, 1944, p. 38.

Si el indio no la ofrecía, el español la tomaba. Eran pocas las mujeres blancas que le acompañaban. «Mira Malinche, le dijo Moctezuma a Cortés, que tanto os amo que os quiero dar una hija mía muy hermosa para que os caseis con ella y que la tengais por legítima esposa...» Y el Malinche, como otros, no ofreció reparos en tomarla y procrear hijos —hijos en este caso— con la india ofrecida. El hidalgo de Elvas, aquel portugués que fué con Hernando de Soto a ver como descubría el Mississipi y se moría en sus bordes, nos cuenta que «otro día vino el cacique de Casqui e hizo al gobernador un servicio de muchas mantas, cueros y pescado. Y dióle una hija, diciendo que el mayor deseo que tenía era juntar su sangre con la de un tan grande señor como él era y por eso le traía su hija y le pedía la tomase por mujer». Buen presente el del cacique: mantas, cueros, pescado y una hija.

Lo expuesto es un ejemplo de que las ofrecían; lo que sigue lo es de que las tomaban. Habla Mariño de Lobera, cronista de Chile, y alude a un indio que se acerca al fuerte de Arauco y le grita a su capitán que la indiada ha arrasado la ciudad de Concepción. Respuesta del hispano: no importa, pueden matar a todos los españoles que ellos seguirán resistiendo y recuperarán lo perdido. Interrogación del indio: «¿Pues qué mujeres teneis vosotros para poder llevar adelante vuestra generación, pues en la fortaleza no hay nin-

guna? Contestación: «No importa: que si faltan mujeres españolas ahí están las vuestras, en las cuales tendremos hijos, que sean vuestros amos».

Casi todos los conquistadores tuvieron hijos naturales mediante amancebamiento con las indias: Cortés, Alvarado, Pizarro, Martínez de Irala, Almagro... fueron padres de hijos mestizos. De estos, muchos adquirieron la celebridad: Martín Cortés, Garcilaso Inca, Huaman Poma de Ayala, Fernando Alba Ixtlixochitl, Hernando de Alvarado Tezozómoc, Inca Tito Cusi Yupanqui, Domingo de San Anton Chimalpain, Blas Valera, Diego de Almagro el Joven, Lucas Fernández de Piedrahita... Mestizos que ya calaron más hondamente en América, redescubriéndola. Son los primeros criollos que sienten orgullo siéndolo. (Al menos Garcilaso) que habla así: «a los hijos de español y de india o de indio y española nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fué impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en indias y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación me lo llamo yo a boca llena y me honro en él».

El papel de la indígena fué múltiple y ya en el epígrafe dedicado a la mujer ha quedado consignada su importancia. Aquí nos incumbe ver tan sólo las consecuencias del choque fisiológico hispano-indio. El constituyó el gran milagro de la Conquista, pues junto al mestizaje cultural dió

vida a una nueva planta humana. No hubo mera satisfacción carnal en este injerto fisiológico; el español amó a su oscura compañera [1] y recibió a cambio, el despego del hijo mestizo. El Estado toleró y fomentó los matrimonios mixtos desde un principio (1514), pensando no sólo en la falta de mujeres europeas, sino en que tal unión facilitaba el dominio y la transculturación. Ante el concubinato adoptó una actitud recriminativa, como se ve en las *Instrucciones* de Conquista, pero consciente de la imposibilidad que había de eliminarlo, tomó una postura de visto bueno transitorio. Lo malo del contubernio hispano-indio estaba en que, habiendo logrado por su fijeza y duración los caracteres de un matrimonio legal, quedaba en un momento disuelto —con graves consecuencias sociales— al decidir casarse el blanco con una española. [2]

El elogio del mestizaje está mal que sea una parte de él quien lo haga. Y aunque el abuso de citas —necesarias de insertar dada la índole de estas páginas— casi nos veda escamotear una

---

(1) Enrique de Gandía, que ha aireado muchos documentos, nos brinda el trozo de uno donde este amor del español por la india se patentiza a la hora de la muerte. Hace referencia a los deseos del moribundo porque la indígena quede a su lado en el minuto que expira y a la cual llama diciendo: «Hulaneja ¿por qué no vienes aquí delante de mí? ¿No ves que me quiero morir? ¿No sabes que te quiero bien? No te vayas de aquí que me da pena no verte...» Carta de Martín González. Asunción del Paraguay, 1 de julio de 1556. Apud. *Indios y Conquistadores en el Paraguay*, p. 89.

(2) Durand, José: Loc. cit. p. 34.

donde queda especificado el alcance de la mestización, vamos a consignarla. Su autor: el norteamericano Waldo Frank. Su obra: *América Hispana*. La cita: «El elemento creador de la conquista española es la presencia humilde, pero penetrante, del amor cristiano. Otros europeos han explotado y asesinado a los indígenas tanto como los españoles y han dormido con sus mujeres. Pero sólo el español, al cruzarse con la india, comenzó a vivir espiritualmente con ella hasta que sus vidas crecieron juntas. El español... supo que había hecho una cristiana de la india, y que su hijo sería cristiano y súbdito del Rey. Vivía en un universo de sencillos y defectuosos conceptos: Dios estaba en el cielo, Satán en el infierno; la verdad era su verdad y su justicia la única. Con todos sus escrúpulos ordenados labró una complejidad nunca soñada, y... porque amó, su hazaña vive aún». [1]

Dejemos, sin embargo, que sea un español quien cierre estas páginas —el mismo que las abrió—: «Tantas tierras como dicho tengo, han descubierto, andando y convertido nuestros españoles en sesenta años de conquista. Nunca jamás Rey ni gente mandó y sujetó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merecido lo que ella hizo en armas y navegación como en la predicación del Santo Evangelio y y conversión de idólatras. ¡Bendito sea Dios que les dió tal gloria y poder!».

(1) Buenos Aires, 1950. p. 68.

INDICE



ALFONSO XII, 12
TELÉFONO 22843
SEVILLA



ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS DE SEVILLA
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS